

Jazmín®

Herida de amor

Diana Palmer

¿Estarían contados sus días de soltero? Él era fuerte, seductor y testarudo. Ella, tímida, apocada y dolorosamente inocente. Cuando estaban juntos, Jordan Powell y Libby Collins eran como el agua y el aceite. Pero cuando Jordan se empeñó en ayudar a Libby a conservar la granja familiar, todo el pueblo supo que era cuestión de tiempo que la parejita pasara por el altar. Y lo cierto era que el taciturno ranchero no podía negar la ternura que lo invadía cada vez que estrechaba a Libby entre sus brazos. Pero el orgullo de un texano era un arduo enemigo con el que luchar. ¿Conseguiría Libby lo que ninguna otra mujer había logrado… domar el inquieto corazón de aquel guapo texano



Diana Palmer

Herida de amor

Hombres de Texas - 25

ePub r1.0

Capítulo 1

Libby Collins no entendía por qué su madrastra, Janet, estaba hablando con un agente inmobiliario. Su padre había muerto hacía unas semanas, y Libby tenía el funeral tan reciente que todas las noches se dormía llorando. Su hermano Curt estaba igualmente destrozado. Riddle Collins había sido un hombre fuerte, alegre e inteligente que nunca había tenido una enfermedad seria, por lo que su muerte de un repentino ataque al corazón fue un golpe más duro aún por lo inesperado. De hecho, su vecino, el ranchero Jordan Powell, dijo que le resultaba un poco sospechoso. Aunque a Jordan todo le parecía sospechoso. Entre otras cosas, estaba convencido de que el gobierno estaba desarrollando un programa de clonación de soldados en laboratorios clandestinos y semienterrados en alguno de los desiertos del país.

Libby se pasó la mano por la larga melena negra y rizada, mientras recorría el horizonte con sus ojos verdes, en busca de su hermano. Pero Curt seguramente estaba hasta las cejas atendiendo los primeros partos del ganado aquella primavera, en los pastos más al norte del rancho de Jordan Powell, donde trabajaba cuidando el ganado. Aún no estaban en abril y las primeras novillas ya habían empezado a parir algunos terneros, tal y como era normal en aquella época del año. Libby sabía que Curt no aparecería antes de que el agente inmobiliario se fuera del rancho.

Libby oyó la voz del hombre y se acercó a la esquina de la casa con mucho cuidado para no ser vista e intentar enterarse de qué era lo que estaba ocurriendo. Su padre amaba aquel pequeño rancho con todas sus fuerzas, y sus dos hijos también. El rancho de los Collins llevaba en la familia casi el mismo tiempo que el Bar P. en la de Jordan Powell.

—¿Cuánto tardará en encontrar comprador? —estaba preguntando Janet.

—No le puedo asegurar nada, señora Collins —respondió el hombre—. Pero Jacobsville está creciendo mucho y hay muchas familias interesadas en viviendas accesibles. También puede haber alguna constructora interesada en urbanizar las tierras y ellos seguramente pagarían muy bien.

¿Urbanizar las tierras? ¡No podía ser cierto!

—Quiero vender lo antes posible —dijo Janet con firmeza—. Tengo el dinero del seguro y en cuanto venda el rancho me largo del país.

¡Otra revelación demoledora! ¿Por qué tenía su madrastra tanta prisa? El que había sido su esposo durante apenas nueve meses acababa de morir.

—Haré lo que pueda, señora Collins —le aseguró el hombre—, pero debe entender que el mercado inmobiliario está en crisis y no puedo garantizarle un comprador con la certeza que me gustaría.

—Bien —dijo Janet—. Pero manténgame informada de sus progresos, por favor.

—Desde luego.

Libby salió corriendo procurando que no la vieran. El corazón le latía con fuerza. La frialdad que estaba mostrando Janet en todo momento después de la muerte de su padre le había extrañado, pero ahora empezó a hacer una serie de desagradables asociaciones. Desde su escondite vio cómo el agente inmobiliario se montaba en su coche y se iba, y pocos minutos después Janet lo seguía al volante de su Mercedes.

Libby necesitaba ayuda. Por suerte, sabía a quién acudir.

Andando se encaminó hacia la magnífica residencia de estilo colonial de Jordan Powell. El único medio de transporte de Libby era una vieja camioneta que en ese momento estaba en el taller, por lo que la joven tardó más de diez minutos en llegar hasta la entrada del rancho, y otros diez en recorrer el sendero pavimentado que conducía hasta la puerta principal de la casa. A ambos lados de la valla que flanqueaba el camino había cabezas de ganado Santa Gertrudis, unas vacas de color rojizo oscuro, animales de pura raza que eran los únicos que Jordan criaba. Además, tenía un macho que estaba valorado en más de un millón de dólares, y el rancho

disponía de una sección dedicada a la inseminación artificial y a la obtención de semen para su venta, por el que se llegaba a pagar hasta mil dólares. Jordan lo vendía a ganaderos de todo el mundo, y a menudo recibía visitantes de otros países interesados en conocer de cerca las instalaciones ganaderas y su funcionamiento. Al igual que los hermanos Tremayne, Cy Parks y otros ganaderos de la zona, Jordan practicaba ganadería ecológica. No utilizaba hormonas ni pesticidas, y tampoco antibióticos que no fueran estrictamente necesarios para la salud de los animales.

Jordan era un hombre hecho a sí mismo y toda una leyenda en el condado. En sus comienzos había sido un humilde vaquero hasta que empezó a comprar y criar ganado. Era el único hijo de un hombre que se dedicó a la ganadería por afición y una joven de familia adinerada que fue desheredada por sus padres en el mismo momento en que anunció su boda con el joven Powell, y a quien sólo dejaron en herencia la propiedad donde estaba ahora el rancho de Jordan. Su padre bebía considerablemente y después de la muerte de su esposa se retiró del mundo y dejó a Jordan con una difícil decisión, la de recuperar el rancho que su padre había arruinado. Jordan empezó a trabajar como vaquero en el suntuoso rancho de Duke Wright y en su tiempo libre se ganó una buena reputación profesional en el circuito de los rodeos, montando toros bravos.

En lugar que disfrutar del dinero que recaudaba con el rodeo, Jordan pagó la hipoteca que su padre había pedido sobre el rancho. Con los años, añadió un toro Santa Gertrudis de pura raza y un granero, así como un par de hembras. Estudió genética con la ayuda de un ganadero retirado y aprendió a comprar semen de otros animales para inseminar artificialmente a las hembras. Poco después entró también en el circuito de concursos de animales, y no tardó en empezar a ganar premios y recibir peticiones de venta de semen. Fue un largo camino hacia la prosperidad, pero lo consiguió, a pesar de tener que hacerse cargo de un padre alcohólico que terminó empotrado en su camioneta contra un poste de teléfono. Jordan quedó solo en el mundo. Bueno, no tan solo. Si lo que decía Curt, el hermano de Libby, era cierto, una cosa que nunca le faltaba a Jordan eran mujeres. Las tenía de sobra.

A Libby le encantaba el rancho de adobe amarillento que Jordan

había construido hacía un par de años, con sus elegantes arcos y las filigranas de hierro fundido negro que decoraban las puertas y ventanas. En el patio central había una enorme fuente, donde nadaban peces tropicales de distintos colores que incluso disfrutaban de agua caliente para poder soportar el frío del invierno. La casa era un sueño. El lugar perfecto para una familia, aunque todo el mundo decía que Jordan Powell jamás se casaría. Tenía demasiado aprecio a su libertad.

Libby se acercó a la puerta principal y llamó al timbre. Sabía que no podía tener un aspecto muy atractivo, con los vaqueros y las botas manchados de barro y una vieja camiseta desteñida cubierta por una cazadora vaquera que había visto mejores tiempos. Había estado con el único mozo que les ayudaba en el rancho ayudando a nacer a un ternero. No era un trabajo muy limpio, algo que desde luego su madrastra jamás haría. Libby aún echaba de menos a su padre. Su muerte inesperada había sido un golpe durísimo para ella y para su hermano, que apenas estaban empezando a acostumbrarse a la nueva esposa de Riddle Collins.

Nada más enterrarlo, Janet se afanó por hacerse con el cuarto de millón de dólares del seguro que había dejado su padre, en el que ella aparecía como única beneficiaria, y empezó a gastar dinero a diestro y siniestro sin pensar en facturas pendientes ni en los hijos de Riddle. Eran jóvenes y podían trabajar, había razonado la viuda, y además tenían un techo. Al menos de momento. Por lo visto, también el nuevo testamento de Collins, del que sus hijos no sabían nada, nombraba a Janet única heredera de la propiedad y de la cuenta bancaria, no especialmente abultada, de su difunto esposo. O al menos eso les comunicó Janet en tono altivo. Curt estaba furioso. Libby no dijo nada. Echaba mucho de menos a su padre y todavía se sentía como si caminara en medio de una neblina de aturdimiento.

Libby tenía el ceño fruncido cuando la puerta se abrió, y dio un salto involuntario al ver que no era la criada quien salía a abrir, sino Jordan en persona.

—¿Qué demonios quieres? —le preguntó él secamente—. Tu hermano no está aquí. Está supervisando el nuevo vallado en la parte norte.

Libby no respondió.

—¿Y bien? —insistió él con impaciencia.

Era tan guapo, pensó ella para sus adentros. Tenía treinta y dos años y era muy alto, delgado y musculoso, con los ojos negros y el pelo negro y rizado. El rostro era viril y fuerte, bronceado por el sol, con orejas grandes, y pies grandes también. Pero era atractivo. Demasiado.

—¿Estás muda? —preguntó él, mirándola con el ceño fruncido. Libby negó con la cabeza.

—Sólo temporalmente —dijo con un suspiro—. Estás como un pan, Jordan.

—¿Quieres decirme qué es lo que quieres? —gruñó él—. Porque si es una cita, olvídalo. No me gustan las mujeres que me persiguen. Ya sé que no puedes quitarme los ojos de encima, pero eso no es excusa para presentarte así en mi casa buscando mis atenciones.

—Ya te gustaría —dijo ella arrastrando las sílabas con un divertido destello en los ojos—. Si quiero un hombre, buscaré a alguien accesible, una estrella de cine o un multimillonario.

—He dicho que tengo prisa —refunfuñó él.

—Vale, si no quieres hablar conmigo...

Jordan soltó un bufido de impaciencia.

—Está bien, pasa —mascculló—. Y date prisa, no sea que se cuelen las otras mujeres que me persiguen.

—Sería una lista muy reducida —dijo ella entrando en el vestíbulo—. Tienes fama de no tener modales y de no saber cuidar una casa.

—¿A qué viene eso? —dijo él, secamente. Libby le sonrió.

—Tienes las botas llenas de barro, que ahora también está en la carísima alfombra de lana que compraste en Marruecos —dijo ella, señalando la alfombra—. Cuando Amie lo vea, te matará.

—Mi tía sólo vive aquí cuando no tiene otro sitio —dijo él.

—Que dicho en cristiano quiere decir que se ha escondido. ¿Por qué estás furioso con ella esta vez? —preguntó. Jordan se quedó mirándola un largo rato y suspiró.

—Quería redecorar mi habitación. Poner cortinas amarillas y volantes —casi escupió la palabra—. Dice que es muy deprimente porque me gusta la madera oscura y las cortinas de color crema.

—Puedes pintarla de rojo y poner luces de colores —dijo Libby arqueando las cejas.

—He dicho que las mujeres me persiguen, no que traiga una

diferente cada noche —replicó él, furioso ante la insinuación.

—¿Ah, no? ¿Quién fue la semana pasada? La hija del senador Merrill, y antes que ella, Miss Condado de Jacobs, y...

—Eso no fue por mi culpa —dijo él—. La chica se plantó delante de mi coche en el aparcamiento de ese nuevo restaurante japonés y se negó a moverse a menos que la llevara conmigo —le explicó, y sonrió de oreja a oreja.

—Eres imposible —dijo Libby.

—Venga, venga, ¿qué querías? He quedado con tu hermano dentro de media hora para ver unas hembras preñadas —le dijo.

De repente, Jordan arqueó una ceja y empezó a recorrerla lentamente con la mirada de la cabeza a los pies.

—Si quieres, puedo hacerte un favor en quince minutos...

—A mí nadie me encaja entre unas hembras preñadas y la cena —le informó ella—. Además, ya lo sabes, yo soy célibe.

Jordan se llevó la mano derecha al corazón.

—A Dios pongo por testigo de que yo no le dije a tu hermano que te dijera que Bill Paine tenía una enfermedad contagiosa...

—No tengo nada que ver con Bill Paine —le espetó ella.

—Ibas a ir con él a Houston a un concierto que no había y yo sé que Bill tiene un piso en Houston y una pésima reputación de mujeriego —le replicó él con los dientes apretados—. Así que se me ocurrió mencionar a uno de los mozos, que por casualidad estaba al lado de tu hermano, que Bill Paine tenía una enfermedad contagiosa.

Libby no se podía creer lo insolente que era. Curt se enfureció cuando ella aceptó una invitación del rico y rubio Bill Paine, de una clase social muy superior a la suya. Bill era cliente del bufete de abogados de Blake Kemp, donde ella trabajaba. Bill reparó en Libby y empezó a coquetear con ella. Cuando Curt le dijo lo que había oído sobre Bill, Libby canceló la cita. Y se alegró de haberlo hecho. Más tarde se enteró de que Bill había hecho una apuesta con uno de sus amigos de que podía acostarse con ella cuando quisiera.

—Yo no tengo ninguna enfermedad contagiosa —le aseguró él, en tono más bajo y grave. Miró el reloj—. Nos quedan diez minutos, si nos damos prisa.

Libby hizo un gesto en el aire.

—Hoy no me puedes seducir. Tengo que ir a comprar. Lo que he

venido a decirte es que Janet quiere vender el rancho a un promotor para construir una urbanización.

—¿Una qué? —explotó él—. ¿Una urbanización? ¿Junto a mi nave de inseminación? —Jordan echaba chispas por los ojos—. ¡Y un cuerno!

—Bien. Tú quieres detenerla. ¿Tienes una soga fuerte?

—Esto es muy grave. ¿Qué demonios está haciendo, vender vuestra casa? No creo que Riddle se lo dejara todo. ¿Y Curt y tú?

—Dice que somos jóvenes y podemos trabajar para vivir.

Jordan no dijo nada. Su silencio era tan elocuente como si gritara.

—No os puede desahuciar —dijo—. Tienes que hablar con Kemp.

—Trabajo para el señor Kemp —le recordó ella, consciente también de que no podría pagar sus honorarios.

—Lo que me lleva a la pregunta: ¿por qué no estás trabajando?

Libby suspiró.

—El señor Kemp ha ido a una convención del Colegio de Abogados en Florida —le explicó—. Me dijo que podía tomarme un par de días de vacaciones en su ausencia, ya que Mabel y Violet se iban a quedar en el bufete para lo que pudiera surgir. Normalmente no tengo mucho tiempo libre.

—Ya sé que no —dijo Jordan—. Kemp es un abogado muy demandado en Jacobsville. Seguro que has aprendido mucho con él. ¿No te ha entrado el gusanillo de estudiar Derecho?

—No —respondió ella—. La licenciatura en Historia me basta. Tengo toda la educación que necesito. He estado pensando en dar clases en la escuela de adultos por las tardes...

—Tu padre era un hombre acomodado —observó él—. Tenía una colección de monedas que estaba valorada en medio millón de dólares, ¿no?

—Eso creímos, pero no la hemos encontrado. Supongo que la vendió para comprarle a Janet el Mercedes.

—Él os quería a Curt y a ti.

Libby tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—Cuando se casó con ella debió de cambiar el testamento y se lo dejó todo —contestó—. Janet dijo que todo estaba en su caja de seguridad del banco junto con la cuenta de ahorro, que también

estaba a su nombre. Tal y como estaban los documentos, el dinero le pertenecía también a ella y no ha tenido ningún problema legal para hacerse con él. Papá no nos dejó ni un centavo —admitió para finalizar.

—Aquí hay algo que huele mal —dijo él.

—Eso parece, sí, pero papá se lo dejó todo a ella. Estaba loco por Janet.

—¿Habéis legalizado el testamento?

Libby negó con la cabeza.

—Janet dice que se lo ha dado a un abogado y que está a la espera de su respuesta.

—Tú conoces la ley mejor que yo, Libby. Y necesitas un abogado —repitió él—. Contrata a Kemp y que la investigue. Aquí hay algo que huele mal. Tu padre era el hombre más sano que he conocido. Nunca tuvo el menor síntoma de problemas cardiovasculares.

—Lo mismo pensamos Curt y yo —dijo Libby y suspiró, clavando los ojos en la elegante moqueta azul y rosa—. Estaba loco por ella. Quizá pensó que nosotros no necesitábamos mucho. Sé que nos quería... —un sollozo la interrumpió. Jordan la abrazó y la atrajo hacia él.

—¿Por qué no lloras, Libby? —le preguntó—. Te hará bien.

—¿Tú también lloras? —preguntó ella, saboreando el olor masculino que le iba impregnando la ropa y el cuerpo.

—Muérdete la lengua —masculló él entre dientes, rozándole la sien con los labios—. ¿Qué sería del rancho si cada vez que pasara algo yo me echara a llorar? No saldrán lágrimas de esta alfombra persa, te lo aseguro, y si no pregúntaselo a mi tía.

Libby rió suavemente a pesar de las lágrimas. Era un hombre reconfortante, aunque solía perder los estribos sin demasiado motivo y su arrogancia hacía desear a muchas personas no haberlo conocido.

—¿Por eso gritas a tus empleados? ¿Para no llorar?

—A mí me funciona —rió él—. ¿Estás mejor? —le preguntó, dándole unas palmaditas en el hombro. Ella asintió, sonriendo a través de las lágrimas, que se secó con un pañuelo de papel que él le había metido en un bolsillo de los vaqueros.

—Gracias.

—¿Para qué son los futuros amantes? —dijo él, y cuando la vio

ruborizarse, soltó una sonora carcajada.

—Deja de pervertirme, eres una mala influencia —dijo ella.

—Yo no te estoy pervirtiendo —rió él—, sólo avisando de mis malas intenciones. Además, ha servido para detener la cascada de lágrimas.

—Eso no eran lágrimas, eran gotas de rocío.

—Habla con Kemp —repitió él sin añadir que él pensaba hacer lo mismo—. Si Janet tiene un testamento nuevo y un codicilo, tendrá que demostrarlo. No permitas que os eche de vuestras tierras sin luchar.

—Supongo que puedo decirle que me lo enseñe —dijo ella—. Oh, detesto las discusiones y las peleas.

—Lo recordaré la próxima vez que vengas persiguiéndome —prometió él. Libby sacudió la cabeza, dando media vuelta para irse —. Eh.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Avísame con lo que averigües —dijo él—. A mí también me afecta. No puedo permitir una urbanización al lado de la nave. Estresaría mucho a las hembras, y desmontar esa nave y volverla a montar en otro sitio me costaría una fortuna. Un juicio sería más barato.

—Buena idea —dijo Libby—. Denúnciala.

—¿Por qué, por querer vender una propiedad?

—Sólo intentaba ayudarnos a los dos —respondió ella. Jordan volvió a mirar el reloj.

—Sólo quedan cinco minutos y ni siquiera yo soy tan bueno —añadió—. Es una lástima. Si hubieras tenido la boca cerrada, ahora estaríamos...

—¡Cállate, Jordan Powell! En serio, de todos los rancheros arrogantes y salidos de Texas...

Cuando salió por la puerta aún seguía maldiciéndolo. Pero cuando se alejó de la casa sonrió. Jordan era como un tónico para su alma.

Aquella noche, Janet no dijo ni una palabra sobre el agente inmobiliario. Comió la cena ligera que Libby había preparado, como de costumbre, sin molestarse siquiera en darle las gracias.

—¿Cuándo vuelves al trabajo? —le preguntó a Libby en tono irritado. Janet llevaba el pelo teñido de rubio platino, con un corte

sofisticado y unos vaqueros con bordados de piedras que evidenciaban su nueva situación económica—. No puede ser bueno estar todo el día en casa sin hacer nada —añadió.

Curt, con un gran parecido físico a su hermana, excepto que era más alto y musculoso, miró furioso a la mujer.

—Perdona, ¿cuándo te has ocupado tú de la casa o de la cocina? Libby lo hace todo desde que tenía once años.

—No me hables en ese tono —respondió Janet—. Te puedo echar cuando quiera. Ahora todo es mío.

—Nada es tuyo hasta que se legalice el testamento —replicó Libby sin alzar la voz, dejando perplejo incluso a su hermano—. Puedes presentarlo, supongo, porque vas a tener que hacerlo. Pero ahora el rancho no es tuyo y quizá no lo sea nunca.

—¿Has vuelto a hablar con ese ranchero, verdad? ¡Maldito Powell! —exclamó Janet—. Todo le parece sospechoso. Tu padre sufrió un infarto. Me lo dejó todo. ¿Qué más quieres? —rugió, poniéndose en pie. Libby también se levantó, roja de ira.

—Pruebas. Quiero pruebas, y más vale que las tengas antes de empezar a vender las tierras de mi padre a un promotor.

—¿Pro... promotor? —balbuceó Janet.

—Esta tarde te he oído hablar con el agente inmobiliario. Quieres vender el rancho y mi padre aún no lleva muerto ni un mes.

Curt se puso en pie.

—Antes de vender este rancho, vas a necesitar un abogado, Janet —dijo arrastrando lentamente las palabras, para que quedara bien claro.

—¿Y cómo vas a pagar tú uno, Curt, si tienes un sueldo mísero que apenas te da para comer?

—Jordan nos prestará el dinero —dijo Libby con total seguridad. Janet arrojó la servilleta sobre la mesa sin ocultar su ira.

—Necesitas clases de cocina, esta cena está asquerosa. Voy a hacer unas llamadas —dijo, y salió del comedor.

Libby y Curt se sentaron de nuevo. Los dos estaban furiosos.

—No venderá el rancho mientras me quede un aliento de vida en el cuerpo —dijo Curt a su hermana—. De todos modos, no puede hacerlo hasta legalizar el testamento. Y más vale que tenga un testamento legítimo.

—Jordan ha dicho que le digamos al señor Kemp que le eche un

vistazo —dijo Libby—. Y creo que también necesitaremos un experto en caligrafía.

Curt asintió.

—Pero lo de que Jordan nos prestará el dinero era un farol —confesó Libby a su hermano.

—No creo que Jordan quiera una urbanización a la puerta de su casa. Hablaré con él —dijo Curt, consciente del daño que eso podía hacer al proyecto ganadero de su jefe.

—Ya lo he hecho yo —respondió Libby, sorprendiendo a su hermano—. Cree que algo huele mal.

—A Jordan no se le escapa nada —dijo Curt—. Desde la muerte de papá me he enfrascado en el trabajo para no pensar, pero debemos prestar más atención a lo que está ocurriendo con Janet.

—Yo también lo he pasado mal —dijo Libby con un suspiro y cruzó las manos sobre el mantel—. ¿No es sorprendente cómo ha cambiado, ahora que no está aquí papá? Antes se pasaba el día achuchándonos.

—Se casó con él por lo que tenía, Libby —afirmó él, amargamente.

—Parecía que lo quería.

—La noche que volvieron de la luna de miel en Cancún vino a mi habitación —confesó Curt con los dientes apretados.

Libby silbó. Su hermano era un hombre joven muy apuesto, mientras que a su padre, un hombre cariñoso y encantador, le sobraban kilos y le faltaba pelo. No era de extrañar que Janet prefiriera a Curt que a su esposo.

—Le di una buena bofetada y le dije que no se le ocurriera decirle nada a papá. Papá no lo supo nunca.

Curt calló un momento y se pasó la mano por la mandíbula. Después sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Cómo pudo casarse con una mujer así?

—Le halagaba todas las atenciones que le prestaba —dijo Libby con tristeza—. Papá habría hecho cualquier cosa por ella, incluso cambiar el testamento. Y si es así, Curt, lo tenemos que aceptar.

—No hasta que me demuestren que no lo falsificaron —exclamó Curt testarudo—. No renunciaré a nuestra herencia sin luchar y tú tampoco.

Libby suspiró.

—Vale, hermano mayor. ¿Qué quieres hacer?

—¿Cuándo vuelves a trabajar? —preguntó él.

—El lunes. El señor Kemp está de viaje.

—Bien. Entonces el lunes conciertas una cita para los dos.

—Está bien —dijo ella que ya se sentía mucho mejor. Curt se recostó en la silla y miró a su hermana con expresión divertida.

—Así que has ido a ver a Jordan —comentó—. Hasta hace poco, cada vez que lo veías salías corriendo.

—Siempre estaba gritándole a alguien —le recordó ella—. Me intimidaba. Sobre todo cuando terminé el instituto. Me gustaba mucho, la verdad, y no quería que se diera cuenta.

Curt miró a su hermana con afecto.

—¿Sabes?, yo pensaba que a Jordan tú también le gustabas. Sólo te lleva ocho años.

—¿Qué dices? Yo nunca le he gustado. Nunca se ha fijado en mí —Libby dirigió una mirada fulminante a su hermano—. En todos los años que hemos vivido aquí, casi nunca me ha sonreído. Sólo un poco en los últimos meses. ¡Si me trata siempre como si fuera una enfermedad contagiosa!

Curt sonrió. Se parecía mucho a su hermana. Los dos tenían el mismo pelo negro y rizado y los mismos ojos verdes.

—Se mete contigo, te toma el pelo, te hace reír —le dijo él—. Y tú haces lo mismo. La gente se da cuenta de esas cosas. Y se pone furioso si alguien hace algún comentario negativo sobre ti.

—¿Quién dice cosas negativas sobre mí? —preguntó Libby, abriendo mucho los ojos.

—Esa ayudante de dirección de los Almacenes Lord.

—Ah, Sherry King. No puede evitarlo —le explicó Libby recostándose en la silla—. Estaba loca por Duke Wright y él quería llevarme al Baile de los Vaqueros. Yo no quise ir y él no invitó a nadie más. Pobre Sherry, me dio lástima.

—Duke no es tu tipo —dijo Curt—. Además, no creo que se vuelva a casar. Su mujer se llevó a su hijo de cinco años a Nueva York, donde trabaja ahora. Duke dice que ni siquiera cuida de él, que sólo piensa en trabajar para que la asciendan. Y que al niño en realidad lo cuida su hermana, mientras ella viaja por todo el mundo vendiendo propiedades inmobiliarias.

—El mundo ha cambiado, Curt —observó Libby—. Las mujeres

ahora compiten con los hombres por los mismos trabajos. Y tienen que trabajar para obtener ascensos, igual que los hombres.

Curt entrecerró los ojos.

—Pues que las asciendan antes de quedarse embarazadas —gruñó.

—Siempre hay accidentes —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Ningún hijo mío será fruto de un accidente —exclamó él con firmeza.

—Vaya aire de superioridad —bromeó ella—. El que nunca comete errores.

Curt le dio en el hombro con la servilleta.

—Tú ni siquiera te arriesgas a meter el dedo del pie en el agua a ver si está fría, así que no me sermonees sobre ahogarse.

Libby soltó una risita.

—Soy sensata —le aseguró divertida—. No me gusta angustiarme. Prefiero la rutina de mi trabajo y no meterme en líos emocionales.

Curt la estudió un segundo en silencio.

—Tú siempre procuras evitar cualquier riesgo, ¿verdad? —musitó. Libby movió un hombro, inquieta.

—Papá y mamá se pasaban el día discutiendo, ¿te acuerdas? Y yo me juré que nunca me vería en una situación así. Mamá me contó que cuando papá y ella se casaron eran muy felices. Pero a los seis meses ella se quedó embarazada de ti y desde entonces no tuvieron una comida sin pelearse —Libby sacudió la cabeza—. Eso significa que no te puedes fiar de tus emociones. El amor es... difícil —concluyó—. Y causa locura, estoy segura de ello.

—¿Por qué no le preguntas a Kemp si es por eso por lo que sigue soltero? Tiene treinta y tantos años y ni siquiera ha estado comprometido.

—¿Quién lo aguantaría? —preguntó ella. Y riendo añadió—: Porque además es un broncas. El otro día sacó a otro abogado a golpes del despacho. Menos mal que había un felpudo en la entrada y suavizó la caída del pobre hombre. Si no, se parte el trasero.

—¿Qué quería? —preguntó Curt.

—No tengo ni idea, pero no creo que repita como cliente.

—Yo tampoco —rió Curt.

Aquella noche Libby se fue pronto a la cama. Echaba mucho de

menos a su padre y no podía creer que no les hubiera mencionado ni a ella ni a su hermano en el testamento. Su padre los quería, de eso estaba segura. También pensó en Jordan Powell y en el comentario de Curt sobre que creía que ella le gustaba. La sola idea hizo que un estremecimiento le recorriera todo el cuerpo. Pero no iba a pasar, se aseguró a sí misma. Jordan era guapísimo y podía tener todas las mujeres que quisiera. Libby Collins sería su último recurso, pero como aún no iba a llegar el fin del mundo, ella estaba fuera de concurso.

Se dio la vuelta en la cama, cerró los ojos y se durmió.

Capítulo 2

A la mañana siguiente Janet no se presentó a desayunar. El Mercedes nuevo que le había regalado su difunto marido no estaba y la viuda tampoco había dejado ninguna nota. Libby lo interpretó como un mal presagio.

El fin de semana pasó como siempre, con la única excepción de la ausencia de Janet. La camioneta de Libby estuvo lista el sábado y Curt fue a recogerla a la ciudad. No era tan lujosa como un Mercedes, pero tenía un buen motor y servía para cargar cosas como las balas de heno y los bloques de sales minerales que necesitaba para el ganado.

Libby volvió a trabajar en el bufete de Blake Kemp el lunes por la mañana con la sensación de no haber tenido vacaciones. Violet Hardy, la secretaria del señor Kemp, de pelo oscuro, ojos azules, una cara muy atractiva y con un ligero sobrepeso, sonrió al verla entrar por la puerta.

—¡Hola! ¿Has tenido unas buenas vacaciones?

—Las he pasado trabajando —confesó Libby—. ¿Qué tal las cosas por aquí?

—Ni lo preguntes —gruñó Violet.

—¿Tan mal ha ido todo?

Mabel, la señora ya abuela que trabajaba en la recepción, giró la silla tras transferir una llamada al señor Kemp.

—Mal no es la palabra, Libby —dijo en un susurro la mujer—. El abogado que el señor Kemp contrató como sustituto confundió los casos y mandó a los clientes a juzgados diferentes, en diferentes condados.

—Sí —continuó Violet—, y uno volvió y pegó al señor Kemp. El señor Kemp le devolvió el puñetazo y los dos terminaron

peleándose en la calle. El jefe de policía, Cash Grier, los separó y casi arresta al señor Kemp.

—Pero ¿y el otro tipo? ¿No fue él quien empezó?

—Era Duke Wright —confesó Violet—. Y el jefe Grier le dijo que, en lugar de culpar al señor Kemp por ocuparse del divorcio de la señora Wright, debería darle las gracias de que además no lo hubiera arruinado con la demanda de divorcio.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó Libby.

—El señor Wright le arreó un puñetazo al jefe de la policía municipal.

—Vaya. Eso es pensar con la cabeza —comentó Libby—. Y seguro que Duke estará en el hospital.

—No, pero estuvo entre rejas hasta que pagó la fianza —le explicó Violet—. No creo que tenga muchas ganas de repetir.

—Desde que tenemos al jefe Grier el crimen ha descendido en un cincuenta por ciento —dijo Violet, sonriendo.

—Con la colaboración de su ayudante, Judd Dunn —le recordó Libby.

—Pobre señor Wright. Tiene una suerte de perros. ¿Os acordáis de Jack Clark, el que trabajaba para él y lo condenaron por matar a aquella mujer en Victoria? Al señor Wright no le hizo nada de gracia toda la publicidad que le hicieron al caso. Todo pasó justo cuando intentaba hacerse con la custodia de su hijo.

—El señor Wright tendría menos problemas si no pasara tanto tiempo buscándolos —farfulló una voz grave a sus espaldas.

Las tres mujeres dieron un respingo en sus sillas. Blake Kemp, abogado y para ellas más que nada su jefe, estaba plantado ante las tres, con una taza de café en una mano y una carpeta en la otra. Era tan apuesto como Jordan Powell. Tenía el pelo negro y rizado, los ojos azules y una expresión plácida y agradable que engañaba a quien no lo hubiera visto plantado delante de un jurado en una sala de juicios. Lo cierto era que cuando se hacía cargo de un caso, nadie quería enfrentarse a él, por mucho que ahora llevara un cardenal entre malva y amarillento en la mejilla.

«Duke Wright», pensó Libby para sus adentros.

—Libby, antes de nada, ¿puedes preparar una cafetera, por favor? —pidió, y acto seguido dirigió una mirada fulminante a Violet—. Paso de lo que digan los estudios sobre lo que me

conviene o no me conviene. Quiero cafeína. Ca-fe-í-na —repitió, sílaba a sílaba. Violet alzó la barbilla y lo miró fijamente a los ojos, sin dejarse amedrentar.

—Señor Kemp, si no bebiera tanto café, no perdería tan fácilmente los estribos —le advirtió ella que llevaba un tiempo empeñada en que su jefe tomara el café descafeinado—. Por favor, ya ha echado a dos personas del despacho a puñetazos en lo que va de mes. El jefe de policía Grier dice que es un nuevo récord.

—Señorita Hardy —dijo Kemp echando chispas por los ojos—. ¿Quiere seguir trabajando aquí mañana?

—Pero, señor...

—Me gusta la cafeína, no pienso renunciar a un café bien cargado —dijo Kemp, dando el asunto por zanjado—. No cambie las costumbres del bufete, ¿de acuerdo?

—Pero, señor Kemp...

—Yo no recuerdo haberle sugerido nada personal, señorita Hardy, y le aseguro que podría —añadió, recorriendo con sus ojos azules la sinuosa figura femenina, dos tallas por encima de la que correspondía a su estatura.

Las tres mujeres contuvieron el aliento, indignadas, y miraron furiosas a su jefe. Violet se sonrojó y se puso de pie, como impulsada por un resorte.

—Mi... mi padre siempre decía que una mujer debe tener aspecto de mujer, no de esqueleto. Puede que yo esté un poco gorda, señor Kemp, pero al menos hago algo para solucionarlo.

El señor Kemp miró la caja de la tarta que había sobre la mesa de su empleada.

—Vivo cerca del Rancho Hart —añadió Violet para explicar la presencia de la tarta en su mesa—, y Tess me pidió que la recogiera. Es para una merienda de caridad —Violet estaba que echaba humo —. Yo no como tarta. Ya no.

Kemp se quedó mirándola hasta que Violet enrojeció y se sentó. Le temblaban las manos.

—Despídame si quiere, señor Kemp, pero nada de lo que le he dicho era tan cruel como lo que insinuaba su mirada —Violet se atragantó—. Sé que peso demasiado, no tiene que refregármelo por las narices cada vez que habla conmigo. Sólo quería ayudarlo.

Mabel y Libby seguían mirando a su jefe, quien se acercó a

Violet y le dijo, poniendo la carpeta encima de su mesa:

—Hay seis faltas de ortografía. Vuelva a escribirlo. Y avíseme cuando esté preparado el café.

Y se metió en su despacho dando un sonoro portazo.

—Como si alguien que no sea farmacéutico pudiera leer esta letra —murmuró Violet, furiosa.

Libby dejó escapar el aliento que había estado conteniendo y miró a Violet. Era la primera vez en los ocho meses que llevaba en el bufete que veía a Violet responder al señor Kemp de aquella manera.

—Ya era hora —dijo Mabel riendo encantada—. No está bien dejar que un hombre te pisotee, por muy loca que estés por él.

—Shh —exclamó Violet—. Te va a oír.

—Tranquila —dijo Libby—. Estoy orgullosa de ti, Violet.

—Yo también —añadió Mabel. Violet suspiró.

—Supongo que me despedirá. Y hasta puede que sea mejor. No puedo evitarlo, siempre intento cuidarlo y él lo detesta —explicó, con una gran tristeza en su azulada mirada—. He adelgazado siete kilos —añadió en un murmullo—, y uso una talla menos de ropa.

—¿Un régimen nuevo? —preguntó Libby, mientras echaba un vistazo a su correo electrónico.

—Un gimnasio nuevo, sólo para mujeres, y me encanta.

Libby la miró con admiración.

—Te lo has tomado muy en serio, ¿verdad?

Violet se encogió ligeramente de hombros. Llevaba un vestido camisero de color malva con el cuello cerrado y muchos volantes en el corpiño y una falda recta que le marcaba las caderas. Era el tipo de vestido que peor le sentaba, pero nadie tenía el valor de decírselo.

—Tenía que hacer algo —dijo—. Mírame, soy enorme.

—No tanto, pero me parece muy bien que estés haciendo ese esfuerzo, Violet —le dijo Libby—. Y para no ponerte las cosas más difíciles, cuando comamos juntas ni Mabel ni yo tomaremos postre.

—No te preocupes por eso. Casi todos los días tengo que ir a casa a la hora de comer para ver cómo está mi madre —confesó Violet—. Ella no quiere que vaya. Dice que estoy echando mi vida a perder, preocupándome tanto por ella, y que debería divertirme más, pero desde la muerte de mi padre ya ha tenido dos infartos, y

no puedo dejarla sola.

—Violet, el cielo existe para gente como tú —murmuró Mabel—. Eres una mujer excepcional.

—Todo el mundo tiene problemas —dijo Violet restando importancia al cumplido de su compañera—. Al menos, el señor Kemp, seguro. Y es una buena persona. Cuando me avisaron de que mi madre había tenido un infarto, incluso me llevó al hospital.

—Sí, es una buena persona —dijo Libby—, y tú también.

—Más vale que prepares ese café —dijo Violet—. Pensé que podría hacerlo mitad con cafeína y mitad descafeinado, y que no se daría cuenta. Últimamente está muy tenso. Siempre deprisa, siempre estresado. Bebe cafeína como si fuera agua, y es terrible para su corazón. Mi padre murió el año pasado de un infarto. Yo sólo quería ayudar.

Libby sintió curiosidad al oír que el padre de Violet también había muerto de un infarto, como su padre, hacía tan poco tiempo.

—Violet es la única persona que conozco que podría decir algo bueno de un asesino en serie —dijo Libby—. Peor aún, incluso de mi madrastra.

—¡Ay! —gruñó Mabel—. Eso sí que sería difícil. La gente de Branntville aún habla de ella y de lo que le pasó al viejo Darby.

Libby, que acababa de preparar la cafetera, dio un respingo.

—¿Qué has dicho?

—¿No te lo he contado nunca? —dijo Mabel, sin prestar mucha atención. En ese momento sonó el teléfono y Mabel se interrumpió.

—Un momento. Buenos días, Bufete de Abogados Kemp —dijo —. Sí, señor, ahora le paso.

Empezó a pulsar la tecla del interfono cuando vio que ésta ya estaba pulsada. La luz del interruptor estaba encendida. Mabel intercambió una mirada de horror con Libby, que acababa de darse cuenta también de que seguramente Blake Kemp había escuchado toda la conversación. Rápidamente y sin decir nada a Violet, la recepcionista desconectó el interfono y lo volvió a conectar.

—Señor Kemp, la señora Lawson por la línea dos.

Mabel esperó unos segundos, colgó y se volvió a mirar a Libby sin atreverse a decirle a Violet que probablemente el señor Kemp había escuchado todo lo que había dicho sobre él.

—Tu madrastra —le dijo a Libby—, trabajaba en una residencia

para la tercera edad en Branntville y se cameló a un pobre anciano para que se lo dejara todo a ella —explicó, meneando la cabeza—. Dicen que ni siquiera le hizo un funeral decente. Que mandó incinerarlo, y que para ese día hasta se compró un modelito de diseño carísimo.

Libby empezó a tener escalofríos. Había demasiadas coincidencias para ser una mera casualidad. Janet también quiso incinerar a su padre, pero Curt y Libby amenazaron al director de la funeraria con demandarlo si accedía a los deseos de su madrastra.

Violet no dijo nada. Había palidecido visiblemente y en un momento en que Mabel estaba ocupada atendiendo una llamada, la mujer se acercó a la mesa de Libby y le dijo en voz baja:

—También quería incinerar a tu padre, ¿verdad?

Libby asintió.

—Será mejor que hables con el señor Kemp.

—Tienes razón. Mabel, cuando el señor Kemp termine de hablar por teléfono, dile que me gustaría verlo, por favor.

—Así me gusta —dijo Mabel—. Ya ha colgado. Un momento —añadió, presionando una tecla—. Señor Kemp, Libby desea hablar con usted cuando tenga un momento.

—Dígale que pase, señora Jones.

—Buena suerte —dijo Mabel, cruzando los dedos. Libby le sonrió.

—Pasa —dijo el señor Kemp abriendo la puerta para Libby y cerrándola tras ella—. Siéntate. No necesito telepatía para saber en qué estás pensando. Anoche me llamó Jordan Powell.

—Qué rápido —dijo ella, arqueando las cejas.

—Está preocupado, y seguramente con razón —añadió Kemp—. He pedido a un detective privado que comprobara el pasado de Janet y ha averiguado que no es la primera vez que tu madrastra se queda viuda. También la expulsaron de una residencia de ancianos por seducir a los pacientes más adinerados. Por lo visto, uno de ellos, viudo y sin hijos, murió por causas aún no muy claras y se lo dejó todo.

Libby sintió que se le helaba la sangre.

—¿Y no tuvo suficiente con eso? —exclamó en voz alta.

—Le salió el tiro por la culata. Al pobre anciano le gustaban tanto las carreras de caballos que necesitó toda su fortuna para

pagar las deudas.

—Así que después Janet decidió hacer lo mismo con mi padre.

Kemp negó con la cabeza.

—No inmediatamente después. También hubo un tal Hardy en San Antonio.

Libby dio un respingo en la silla. ¡No podía ser!

—¿Crees que a Violet le gusta vivir en un piso de alquiler con su madre inválida? Sus padres tenían dinero. Pero una camarera del restaurante favorito del señor Hardy empezó un romance muy apasionado con el viejo y lo convenció para que le prestara doscientos cincuenta mil dólares para evitar la bancarrota y el suicidio de su padre. El hombre le firmó un talón y, aunque pensaba dar orden en el banco de que no lo pagaran, tuvo un infarto antes de poder hacerlo. Murió precisamente poco después de que lo vieran con una atractiva rubia en un motel del centro de San Antonio.

—¿Cree que fue Janet? —preguntó Libby, preocupada—. ¿Qué no murió de un infarto, que ella lo mató?

—Lo que creo es que hay demasiadas coincidencias en su pasado para no sospechar —dijo Kemp secamente—. Pero se tiñó el pelo de otro color y ningún testigo logró identificarla en la rueda de reconocimiento de la policía.

Libby sentía que se le estaba haciendo un nudo en la garganta que le impedía respirar.

—¿Y cree que también mató a mi padre?

—Eso es algo que debemos contemplar como una posibilidad —dijo Kemp—. Si logro que se siente en el estrado, la obligaré a confesar...

Libby tragó saliva.

—Señor Kemp —empezó—, Curt y yo no ganamos suficiente dinero...

Kemp alzó la mano para interrumpirla.

—Todos los abogados aceptan clientes de oficio de vez en cuando. Yo hace meses que no acepto ninguno, así que Curt y tú podéis ser mi colaboración al sistema por este año —añadió y sonrió, algo raro en él y que le daba un aspecto más juvenil y menos peligroso.

—No sé qué decir —balbuceó Libby sin poder creerlo.

—No digas nada —respondió el abogado—. Compórtate como si no pasara nada, como si no sospecharas nada. No queremos que desaparezca de repente sin dejar rastro. Lo importante es ir presionándola poco a poco. De momento, sólo dile que has encargado a un abogado la legalización del testamento. Y por favor, no comentes con Violet... lo que te he dicho de su padre —añadió. Los anchos hombros se movieron incómodos bajo el traje de color crema, como si acarrearan sobre ellos una pesada carga—. Es muy... sensible.

Aquél era un comentario muy sorprendente en boca de un hombre tan insensible, pensó Libby, pero no se atrevió a decir nada en voz alta. Iba a girar el pomo de la puerta cuando su jefe la llamó de nuevo.

—¿Sí, señor?

—Cuando prepares otra cafetera, pon la mitad de descafeinado.

Esta vez la expresión del rostro de Libby no pudo ocultar su sorpresa e incredulidad.

—Pero ahora lo quiero bien fuerte y sin leche —añadió—. Avísame cuando esté listo y saldré a buscarlo.

—Ya debe de estar —dijo Libby.

Kemp siguió a Libby por el pasillo con una taza en la mano. Al pasar ante la mesa de Violet, la miró con expresión extraña pero no dijo nada. Violet mantuvo los ojos clavados en la pantalla del ordenador hasta que su jefe terminó de servirse una taza de café y volvió a su despacho.

Libby iba conduciendo por el camino de su casa en su camioneta cuando vio a Jordan a caballo, supervisando al grupo de hombres que trasladaba a unas cuantas vacas preñadas a pastos más cercanos al establo. Qué apuesto se le veía, pensó Libby, con la espalda recta sobre la montura y el sombrero vaquero de color crema de ala ancha que tanto le gustaba calado sobre las cejas.

Cuando Jordan oyó el sonido del motor por el sendero, volvió la cabeza y le hizo una señal para que se detuviera.

Libby aparcó junto a la valla, apagó el motor y se puso de pie en el estribo del vehículo para hablar con Jordan por encima del techo.

—¿Has visto a Kemp? —preguntó él, mientras desmontaba y saltaba la valla para hablar con ella.

—Sí. Me ha dicho que lo llamaste.

—Le hice unas cuantas preguntas y las respuestas me dejaron muy preocupado —dijo él, rodeando la camioneta.

Las manos masculinas la sujetaron por la cintura para bajarla hasta el suelo. Pero por un momento sus cuerpos quedaron muy cerca. Demasiado. Libby aspiró la fragancia de la loción masculina y sintió el calor que desprendía el cuerpo de Jordan junto al suyo.

—Cuando te arreglas un poco no estás tan mal —comentó él, refiriéndose al ligero maquillaje que llevaba y al sencillo traje de chaqueta gris que utilizaba para el trabajo y que realzaba el color verde de sus ojos.

—Cuando no te arreglas, tú tampoco —replicó ella—. ¿Qué respuestas?

—Te lo puedes imaginar —respondió él solemnemente—. No sé si es aconsejable que Curt y tú estéis solos con ella en casa. ¿Podéis cerrar las puertas de vuestros dormitorios con cerrojo?

—Es una casa vieja, Jordan —dijo ella.

—Dile a Curt que ponga cerrojos en tu dormitorio y en el suyo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Libby, sin entender muy bien las razones. Jordan la estudió en silencio unos segundos antes de responder.

—Hay formas muy sencillas de provocar un ataque al corazón, entre ellas una jeringa llena de... nada, sólo aire.

Libby se quedó sin habla durante unos segundos mientras en su mente se mezclaban las palabras de Jordan con las de su jefe.

—¿Crees que... que se podría saber si le hicieran la autopsia a mi padre?

—No estoy seguro, pero a juzgar por todos esos programas de la tele sobre crímenes y médicos forenses, yo diría que sí —dijo él. Le sujetó la barbilla con la mano y la obligó a mirarlo—. Tranquila — le aseguró—. Estoy tan cerca de ti como el teléfono. Noche y día.

—Gracias, Jordan.

Los dedos masculinos se deslizaron por la cintura de Libby mientras él estudiaba la expresión de su rostro con detenimiento. De repente, sus ojos se clavaron hambrientos en los labios femeninos. El mundo se detuvo. Libby lo miraba a los ojos sin casi poder respirar. Sentía el dolor de su cuerpo, la fiebre, el deseo. Tragó saliva, esperando que no se le notara.

—Si juegas bien tus cartas —murmuró él—, dejaré que me

beses.

—¿Perdona?

—¿Dónde si no vas a conseguir experiencia de verdad? —añadió él encogiéndose de hombros—. Duke Wright podría entrar en la residencia de ancianos local…

—¡Tiene treinta y seis años! —exclamó ella—. Eso no es ser viejo.

—Yo tengo treinta y dos —señaló él—. No me falta ningún diente. Y aún puedo correr más deprisa que al menos dos de mis caballos.

—¿Y eso es un incentivo para besarte?

—Piensa en las ventajas si me besas en mitad de una estampida —observó él. Libby se echó a reír. Jordan era un caso y ella lo adoraba.

—Lo tendré en cuenta —prometió—. Pero no te hagas ilusiones. El pueblo está lleno de solteros. Tendrás que ponerte a la cola y esperar.

—¿Esperar a qué? —preguntó Jordan acariciándole la cintura con los dedos.

—No sé. ¿Navidad? Podría besarte como parte de mi regalo.

Jordan arqueó las cejas.

—¿Y la otra parte? —preguntó.

—Aún no es Navidad —respondió ella—. Oye, tengo que irme a casa a preparar la cena.

—Ahora mismo mando a Curt.

—¿Para no dejarme sola con Janet? —preguntó Libby.

—Para quedarme más tranquilo —la corrigió él—. Me he acostumbrado a ti, como vecina quiero decir, y no me gustaría tener que amaestrar a nadie nuevo, a mi edad —dijo, y la atrajo hacia él hasta pegarla totalmente a su cuerpo, tan cerca que Libby sintió la dureza de los muslos masculinos contra las piernas—. Venga —susurró con una sonrisita—. Te mueres de ganas por besarme.

—¿Sí? —murmuró ella estudiando sus labios.

—Desesperadamente.

Libby sintió el roce de la nariz de Jordan en la suya. Cerca de allí, relinchó un caballo. El viento movía las hojas de los árboles cercanos pero ella sólo oía los latidos de su propio corazón. En el mundo no existía nada más que la boca de Jordan, apenas a unos

centímetros de la suya. Jordan nunca la había besado. Y ella quería que lo hiciera. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Las manos de Jordan le apretaron la cintura y la pegaron aún más a él.

—Venga, cobarde, hazlo.

Libby tenía las manos contra el torso masculino. Sintió el pecho fuerte y musculoso bajo la tela, saboreó el aliento que le quemaba cerca y deslizó los brazos hasta rodearle los hombros. Jordan la tenía hipnotizada. En aquel momento, lo único que deseaba era ahogarse en él.

—Así —susurró él.

Libby cerró los ojos y se alzó de puntillas a la vez que dejaba que sus labios se unieran a los labios masculinos por primera vez. Sintió que le flaqueaban las rodillas. Por un momento pensó que no iban a soportarla, pero entonces se dio cuenta de que Jordan no se movía ni reaccionaba. Frustrada, Libby se alzó un poco más, rodeándole el cuello con los brazos y atrayéndolo hacia sí, pero no logró moverlo.

—Maldito arroga...

Era la invitación que él estaba esperando. Jordan aplastó los labios contra la boca entreabierta de Libby y contrajo los brazos alrededor de su cuerpo. Ella gimió ante la oleada de sensaciones que recorrió todo su cuerpo. Nunca había sido así. Estaba ardiendo por dentro y por fuera. Toda ella era deseo, anhelo, entrega...

—¡Eh, Jordan!

El grito rompió el hechizo. Jordan volvió la cabeza para ver a uno de sus hombres haciéndole señas con un sombrero vaquero de ala ancha para avisarlo de la llegada de un camión.

—Es el pienso que pedí —murmuró soltándola lentamente—. ¡Qué inoportuno!

Jordan no sonrió y Libby era incapaz de pronunciar una sola palabra. Él le acarició con los dedos los labios ligeramente hinchados.

—Puedes invitarme a salir y podríamos perdernos en algún camino desierto —sugirió él. Libby respiró hondo y sacudió la cabeza para despejarse un poco.

—No seduzco a hombres en coches aparcados.

Jordan chasqueó los dedos.

—Lástima.

—Te vuelve a llamar —dijo ella mirando por encima de su hombro.

—Vale, tengo que trabajar. Pero le diré a Curt que vuelva a casa —dijo él. Le acarició la mejilla con la punta del dedo índice—. Ten cuidado, ¿vale?

Libby consiguió esbozar una ligera sonrisa.

—Vale.

Jordan saltó de nuevo la valla y montó en su caballo.

—Hasta luego —dijo, y se alejó hacia los pastos donde estaba el camión de pienso.

Libby asintió con la cabeza y vio cómo se alejaba, pensando que su vida acababa de cambiar de rumbo de la forma más inesperada.

Capítulo 3

Pero cuando Libby llegó a su casa, no había ni rastro de Janet ni de su Mercedes. En la mesa de la cocina encontró una nota que decía: «He ido a Houston de compras, volveré mañana». Cuando la estaba leyendo, Curt apareció por la puerta, sin sombrero y sudoroso.

—¿Se ha ido? —preguntó.

—Sí, a Houston. Volverá mañana.

—Estupendo —dijo Curt—. Así tendré tiempo para poner cerrojos en nuestros dormitorios.

—Has hablado con Jordan, ¿verdad?

—Sí, y por lo visto te ha besado —murmuró él, con una sonrisa de oreja a oreja—. El pobre Harry casi se desgañita cuando ha llegado el camión del pienso. ¿Le gustas o no?

—Quiere que lo invite a salir y me pierda con él en algún camino solitario —dijo ella.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no seduzco a hombres en coches aparcados, por supuesto —le aseguró ella.

—Hermanita, escúchame un momento —dijo él en tono solemne—. Creo que nunca hemos hablado en serio de Jordan...

—Y tampoco tenemos que hacerlo ahora —lo interrumpió ella—. Ya soy mayorcita y conozco su reputación. Estaba bromeando, lo sé.

Curt la miraba sin sonreír. Conocía perfectamente la fama de Jordan con las mujeres y no pensaba permitir que su hermana fuera una más en su lista.

—De eso nada.

Libby se aclaró la garganta.

—Bueno, de todos modos no importa. Él no es hombre de

casarse y yo no soy una mujer frívola. Además, a él le gustan más las reinas de belleza y las hijas de senadores.

Curt titubeó unos segundos, pero su hermana le sonrió antes de que pudiera decir nada más.

—Déjalo, ya tenemos bastantes problemas sin necesidad de añadir uno más. Vamos a la ferretería a comprar los cerrojos antes de que vuelva Janet.

Cuando Libby llegó a casa el martes por la tarde después del trabajo, aún no podía creer que Violet, harta ya de humillaciones, hubiera dejado su trabajo y estuviera ahora a las órdenes de Duke Wright. Blake Kemp no se lo había tomado nada bien. Pero a Libby le subieron los ánimos cuando vio la camioneta de Jordan aparcada delante de su casa. Él estaba sentado en un lateral de la parte de atrás del vehículo, tallando un trozo de madera con una navaja. Cuando vio a Libby acercarse saltó al suelo para saludarla.

—Llegas tarde —se quejó él.

—Me he tenido que quedar a escribir unas notas —le informó ella.

—Eso es tarea de Violet.

—Violet se ha ido —dijo Libby con un suspiro—. Va a trabajar con Duke Wright.

—Pero si está loca por Kemp —dijo Jordan.

—¿Qué dices? —preguntó ella, mirándolo extrañada—. ¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe. Violet está loca por Kemp desde siempre —Jordan miró a su alrededor—. Janet no ha aparecido. Curt dice que se ha ido a Houston.

—Eso ponía en la nota que nos dejó —dijo ella, caminando hacia el porche de la casa—. Curt ha puesto cerrojos en las puertas de su habitación y la mía —le informó—. ¿Te apetece un café?

—Con huevos revueltos, beicon y una tostada —dijo él siguiéndola hasta la cocina.

—¡Es la hora de cenar, no de desayunar! —exclamó ella—. Y pensaba preparar un estofado de ternera.

Jordan se acercó a ella y la sujetó por la cintura con las dos manos.

—Si quieres que me case contigo, tienes que demostrarme que eres una buena cocinera.

—¿Casarme...?

Pero antes de poder terminar la frase, Jordan aprisionó sus labios entreabiertos con la boca y la besó despacio, con ternura, pero con las manos asiendo firmemente la cintura femenina, como si quisiera mantenerla separada de él cuando en realidad lo que deseaba era apretarla contra su cuerpo.

Libby estaba segura de que Jordan le estaba tomando el pelo. Sin ninguna duda. Él no quería casarse con nadie. El condado entero lo sabía. Él lo había dicho muchas veces.

—Deja de hacer eso —dijo él separando la cabeza unos centímetros.

—¿El qué?

—Pensar. No puedes besar a un hombre y hacer cálculos analíticos a la vez.

—Dijiste que nunca te casarías.

—A lo mejor he cambiado de parecer —dijo él solemnemente. Y sin darle la oportunidad de responder, volvió a besarla, aunque esta vez fue un beso mucho más enérgico y exigente, invasor y posesivo. Jordan la abrazó apasionadamente y la pegó contra él, arrancando un gemido de placer de los labios femeninos. Libby sintió la repentina dureza del cuerpo masculino contra sus caderas. Como si no le gustara que ella se diera cuenta, Jordan se separó ligeramente.

—Esto está empezando a convertirse en un hábito —dijo ella casi sin respiración.

Los ojos de Jordan descendieron hasta los senos que se adivinaban bajo la blusa y los dos pezones erectos que se marcaban bajo la tela de algodón, y se iluminaron con un repentino destello.

—No me mires así —susurró ella.

—Me deseas —dijo él—. Lo noto, lo veo.

—Arrogante... —empezó a decir ella, furiosa. Jordan la sujetó por las caderas y la apretó contra su cuerpo.

—Es mutuo —dijo él.

—Ya me he dado cuenta —le espetó ella, apartándose con las mejillas rojas de vergüenza.

—No seas tan cría —la regañó él en tono suave—. Ya tienes edad para saber cómo es el deseo.

—No permitiré que me seduzcas en mi propia cocina para que te prepare algo de comer —dijo ella, dándole un empujón.

—¿Entonces me invitas? —insistió él, divertido, siguiendo con los ojos la figura femenina mientras ella se movía entre los armarios de la cocina y el fogón—. ¿No vas a cambiarte de ropa? —preguntó —. No me importa ayudar.

—Puedo vestirme sola —le respondió ella.

—Yo me estaba ofreciendo a desvestirte —observó él.

Libby sintió que le ardían las mejillas. Era una mujer moderna e independiente, pero la idea de los ojos oscuros de Jordan deslizándose sobre su cuerpo desnudo tuvo un efecto inmediato de placer que recorrió todo su ser. Sobre todo después del apasionado beso que le había dado.

—No deberías ir por ahí besando a mujeres, a menos que vayas en serio —lo reprendió ella poniendo unas tiras de beicon en una sartén.

—¿Qué te hace pensar que no iba en serio? —dijo él, sentándose a horcajadas en una de las sillas de la cocina.

—¿Tú? ¿El soltero empedernido por antonomasia?

—Siempre hay una mujer de la que no puedes mantenerte alejado —dijo él, sin dejar de mirarla con los ojos cargados de deseo.

—No para ti —dijo ella.

—¿Eso crees?

Libby encendió uno de los hornillos de la cocina y colocó la sartén encima. De repente, Jordan frunció el ceño.

—¿Qué haces? ¿No pensarás freír el beicon ahí? —preguntó horrorizado.

Y, levantándose de un salto, le quitó la sartén de las manos y colocó las tiras de beicon en un plato de papel. Después las cubrió con papel de cocina.

—Seguro que así se fríe —dijo ella riendo.

—En el microondas. ¿Dónde lo tienes?

—¿El qué?

—El microondas —repitió Jordan.

—No tenemos.

—¿Qué dices? Todo el mundo tiene microondas.

—Nosotros no —afirmó Libby.

Jordan estudió la cocina en silencio y dejó el plato en la encimera. El horno tenía al menos diez años y ni siquiera había

lavavajillas. Todo era viejo, como la sartén de hierro que se usaba diariamente para preparar la comida.

—No me había dado cuenta de que las cosas estuvieran tan mal —murmuró él—. Creía que tu padre tenía dinero.

—Hasta que se casó con Janet. A ella no le gustaba comer en casa —dijo Libby—. Mi padre quería cambiar la cocina, pero ella lo convenció para que le comprara un anillo de diamantes.

—Lo siento, lo siento mucho.

—No importa —dijo ella conmovida por la inesperada disculpa —. Estoy acostumbrada a vivir así.

—Nunca te quejas —dijo él enmarcándole la cara con las manos. Libby sonrió.

—¿De qué voy a quejarme? Soy joven, soy fuerte y soy muy capaz de hacer todo lo que haga falta.

Jordan la besó tiernamente.

—Esto es mejor que el postre —murmuró intensificando la presión del beso—. ¡Ven aquí!

Jordan la alzó contra él y la besó ávidamente, hasta dejarle los labios ligeramente hinchados y amoratados de la presión. A Libby le encantaba besarlo y deseó que aquel momento no terminara nunca. Pero de súbito él se separó.

—Esto no puede ser —murmuró ásperamente—. Curt llegará enseguida y no quiero que nos encuentre en la mesa de la cocina.

Libby abrió la boca escandalizada.

—¡Jordan!

El se encogió de hombros y la miró.

—Era ahí donde estábamos a punto de terminar —dijo él, refunfuñando de frustración. Le dio el plato de beicon—. Toma, será mejor que lo frías como siempre. Aquí no se va a cocinar solo.

Libby le sonrió. Puso de nuevo el beicon en la sartén y tiró los trozos de papel de cocina que lo cubrían a la basura.

—¿Por qué lo tiras? Se puede aprovechar —preguntó Jordan.

—Bacterias —dijo ella—. Es mejor no usar nada que haya tocado carne cruda.

—¿Eso os enseñan ahora en la universidad?

—Y muchas cosas más.

—¿También os enseñan cómo usar un preservativo? —preguntó Jordan maliciosamente, sin poder olvidar lo que acababa de suceder

entre los dos. Libby se ruborizó.

—Por supuesto que no.

—No importa —dijo él—. Yo te enseñaré cuando llegue el momento.

—No pienso usar ningún preservativo.

—¿Quieres niños enseguida? —insistió él.

—¡No pienso acostarme contigo en la mesa de la cocina! —exclamó ella.

De repente se hizo un extraño silencio. Jordan estaba mirado por encima del hombro de Libby hacia la puerta y la expresión de su cara no tenía precio. Libby giró la cabeza y vio a su hermano Curt de pie, apoyado en el marco de la puerta de la cocina y mirándolos con expresión de extrañeza.

—Cierra el pico, Curt —dijo ella—. Era una conversación hipotética.

—Lo del preservativo no —aclaró Jordan con una sonrisa diabólica—. ¿Sabías que no les enseñan a utilizarlos en la universidad?

Curt no pudo contenerse más y estalló en carcajadas. Libby le tiró el trapo de cocina a la cara.

—¡Los dos, fuera de mi cocina! Os llamaré cuando esté todo listo. ¡Fuera!

Durante la cena, Jordan informó a los dos hermanos de que había contratado a un detective privado en San Antonio para que investigara el pasado de Janet y trabajara en colaboración con Blake Kemp. Al mencionar al padre de Violet, otra posible víctima de su madrastra, Curt preguntó:

—Ella trabaja para Kemp, ¿verdad?

—Ya no —respondió Libby—. Se ha ido a trabajar con Duke Wright.

—Pobre Duke —dijo Curt—. Aún sigue intentando conseguir la custodia de su hijo.

—No es el primer hombre que pierde a su mujer por culpa del trabajo —dijo Jordan—, aunque en este caso es el trabajo de la mujer —añadió mirando a Libby—. Y para que quede claro, para mí tú eres más importante que un nuevo toro, por muy pura sangre que sea.

—Gracias —dijo ella con ironía.

—Es mejor dejar las cosas bien claras desde el principio —dijo él con la misma ironía—. Por otro lado, también me gustaría saber si tienes intención de estudiar Derecho y largarte a trabajar a algún elegante bufete de la ciudad.

—Nadie sabe lo que nos puede deparar el futuro, Jordan —dijo ella, pensativa—. Pero a mí no me gustan las ciudades. En cuanto a mi trabajo, me gusta investigar precedentes y otros casos, pero no defender uno ante un tribunal. No cambiaría mi trabajo por el de Blake Kemp.

Jordan la miraba con cierta desconfianza. Libby también era consciente de la extrañeza que se iba apoderando del rostro de su hermano a medida que avanzaba la conversación.

—Seguro que eso era lo que decía la mujer de Duke Wright cuando era secretaria —comentó Jordan—. Pero cuando terminó la carrera de Derecho, no le importó irse a trabajar a un bufete a San Antonio y dejar a Duke cambiando pañales y dando biberones cinco días a la semana.

Libby no entendía por qué Jordan se había tomado tan en serio lo que les había sucedido a los Wright. No tenía nada que ver con él. Al principio pensó que hablaba en broma, pero ya no estaba tan segura.

—No supo que quería ser abogada hasta que fue demasiado tarde —continuó él—. Ahora trabaja en un importante bufete de Nueva York y gana un montón de dinero pero no tiene tiempo para cuidar de su hijo. Por un lado le molesta y por otro no quiere renunciar a él. Y Duke está atrapado en medio.

—El mundo ha cambiado mucho —comentó Libby—. A lo mejor ella tardó en darse cuenta de qué era lo que de verdad quería. De todos modos, no es asunto nuestro —añadió sonriendo—. ¿Quieres un trozo de tarta de cerezas? La hice ayer.

—No, gracias —repuso Jordan poniéndose en pie—, tengo que irme. Os tendré informados de las investigaciones. Entretanto —añadió mirando a Curt—, ni una palabra a Janet.

Los dos asintieron.

—Gracias, Jordan —dijo Curt.

—¿Para qué están los vecinos? —dijo él, y rió. Pero se fue sin permitir que sus ojos se encontraran con los de Libby.

—Jordan estaba un poco raro, ¿no crees? —preguntó Libby a su

hermano después de recoger la cocina.

—Tiene muchas cosas en la cabeza —dijo Curt—. Calhoun Ballenger se presenta al puesto de senador que tiene el viejo senador Merrill desde hace tantos años, y dicen que tanto el senador como su hija Julie están preocupados. Últimamente Julie está muy interesada en Jordan. Recuerda que Merrill no tiene mucho capital, pero Jordan sí. Y eso no es todo —continuó—. Hace unos días dos policías municipales pararon al senador por conducir borracho, y ahora éste está utilizando todas sus influencias en el Ayuntamiento para que retiren las acusaciones contra él. Una cosa así podría perjudicar mucho su campaña.

—¿No pensarás que Jordan vaya a enfrentarse a Cash Grier, ni siquiera por Julie?

—Lo único que sé es que últimamente pasa mucho tiempo con el senador y su hija.

Eso dolía. Libby se mordió el labio inferior, e intentó apartar de su mente el calor y la fuerza de los besos de Jordan.

—Nosotros ya tenemos bastante con lo nuestro —dijo—. ¿Qué vamos a hacer con Janet?

—Tanto Kemp como el detective de Jordan la están investigando. Tranquila —dijo Curt—, no nos echará a la calle. Te lo prometo.

Aquella noche Libby no pudo conciliar el sueño, pensando en los comentarios de Jordan y en la mirada que éste le había dirigido al preguntarle si estaba segura de no querer estudiar Derecho y hacerse una abogada de postín. Libby estaba totalmente segura del futuro que deseaba, pero Jordan pensaba que era demasiado joven para saberlo con certeza.

«No voy a pensar ahora en eso», se dijo para sus adentros. Jordan no tenía la menor intención de casarse con ella, independientemente de sus ambiciones profesionales. Curt acababa de decirle que últimamente Jordan había visto mucho a Julie Merrill, y la sola imagen de los dos juntos la enfureció.

Capítulo 4

Janet regresó al rancho en su Mercedes a última hora de la tarde. Sin apenas saludar, se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo.

—¿Dónde has estado estos tres días? —le preguntó Libby enfadada.

—Tenía asuntos que atender —respondió la mujer.

—Más vale que no tengan que ver con la venta de esta propiedad —le dijo Libby con firmeza.

—¿Y quién me lo va a impedir?

—Blake Kemp.

Janet aplastó la colilla en el cenicero que Libby había dejado en la mesa al ver a su madrastra encender el pitillo.

—¡No me vais a quitar lo que es mío! —exclamó poniéndose en pie como impulsada por un resorte—. Me lo he ganado. ¡Con todo lo que tuve que aguantar al viejo idiota de tu padre! ¡Cada vez que me tocaba me entraban náuseas!

—Mi padre te quería —dijo Libby, llena de rabia al oír el comentario sobre su padre. Hizo un esfuerzo para calmarse y continuó—: Hemos puesto cerraduras en nuestras habitaciones y el señor Kemp tiene un detective privado investigando tu pasado.

—¿Qué? —balbuceó Janet incrédula.

—También cree que pudiste tener que ver con la muerte del padre de Violet, el señor Hardy de San Antonio. Sufrió un infarto igual que mi padre.

Janet palideció y se fue a su dormitorio cerrando la puerta de un portazo. Poco después, cuando Curt volvió de trabajar, se la encontró en la puerta con una maleta en la mano.

—¿Dónde vas? —le preguntó el joven.

—Lejos de tu hermana —le espetó su madrastra—. Oiréis de mi

abogado dentro de un par de días.

Curt arqueó las cejas.

—Qué casualidad, eso precisamente iba a decirte yo. Kemp ha encontrado información muy interesante sobre tu estancia en una residencia de la tercera edad en Branntville...

Janet lo apartó de un golpe y corrió hacia el Mercedes aparcado junto a la casa. No tardó ni dos minutos en salir de la propiedad.

—No volverá —comentó Curt a su hermana, que estaba en la cocina con expresión preocupada.

—No sé si es muy buena idea —dijo ella—. Ahora ya sabe que sospechamos de ella.

—Eso es exactamente lo que me ha dicho Kemp, que intentemos despertar sus peores temores para ver si da algún paso en falso —explicó Curt, quitándose el sombrero y sentándose a la mesa. Libby le sirvió la comida—. Jordan dice que la semana que viene te va a invitar al cine. Ten cuidado —le advirtió él.

A Libby casi se le cayó la ensaladera que llevaba en las manos.

—¿Jordan me va a llevar al cine?

—Eso es lo que pasa cuando un hombre empieza a besar a una mujer —dijo él, reclinándose en la silla y observando a su hermana con una divertida sonrisa—. Se hacen adictos.

—¿Cómo sabes que me besó anoche?

—No lo sabía —dijo él y esa vez la sonrisa le llegó de oreja a oreja.

Libby carraspeó y, ruborizándose como una adolescente, recordó el apasionado beso que Jordan y ella habían compartido la noche anterior antes de cenar. También recordó las palabras de Curt, acerca de que Jordan se veía mucho con Julie Merrill. Pero si quería invitarla a ella al cine, no podía estar muy interesado en la hija del senador.

—¿Qué le estabas diciendo a Janet sobre el detective privado y la residencia de ancianos?

—Ah, sí.

Curt esperó a que estuvieran los dos sentados a la mesa, rezó para bendecir los alimentos y continuó.

—No sé qué te habrá contado Kemp, pero por lo visto, desde entonces Janet ha cambiado de identidad, y de color de pelo. Todos sospechaban que ella era la responsable de la muerte de un anciano

que se lo había dejado todo al morir. Al anciano le gustaba apostar a los caballos y cuando Janet estaba a punto de hacerse con la cuenta bancaria del viejo, apareció un representante de algún personaje oscuro a quien el fallecido debía una importante suma de dinero. Janet lo dejó todo y huyó —explicó Curt con una sonrisa en los labios—. Por lo visto, las deudas superaban con creces todo el dinero que le había dejado el pobre viejo. Y hay más —añadió antes de cortar un trozo de jamón y llevárselo a la boca—. La madre de Violet ha accedido a exhumar el cadáver de su esposo. Dice que nunca creyó que su esposo hubiera muerto de un infarto.

—Pobre Violet —dijo Libby con tristeza—. Para ella también va a ser duro. Aún no puedo creer que haya dejado a Kemp y se haya ido a trabajar con Duke Wright.

—Es verdad —dijo Curt—. Estaba loca por Kemp.

—Pero él no paraba de meterse con ella y humillarla —le explicó Libby—. A ver si así reflexiona un poco y se da cuenta de lo mucho que vale Violet.

—No lo creo. Seguramente contratará a otra persona y se olvidará de ella.

Libby se quedó pensativa unos segundos.

—Pero él no sale con nadie, ¿no?

Curt sacudió negativamente la cabeza.

—No, pero no es homosexual.

—No he dicho que lo fuera, pero siento curiosidad. ¿Por qué es un hombre tan reservado?

—Quizá, como tantos otros solteros de Jacobsville, tenga un pasado que no quiere compartir con nadie.

—Hablando de solteros, se nos están casando todos. Ya casi no queda ninguno —rió Libby—. ¿Quién iba a pensar que hasta los hermanos Hart se iban a casar y formar una familia?

—Les perdieron las galletas —observó Curt.

—A Jordan no le gustan —musitó ella—. Se lo pregunté.

Curt soltó una risita.

—Jordan no tiene debilidades, y tampoco le han faltado nunca las mujeres —dijo—, pero puede que esté cansado de eso.

—A mí no me mires —dijo ella, que últimamente dedicaba mucho tiempo a pensar en cuáles eran las intenciones de Jordan con ella—. Puede que yo sea la de esta semana, pero Jordan no se

casará con alguien de clase inferior.

Curt frunció el ceño.

—No pertenecemos a la alta sociedad de Jacobsville, pero nuestra familia lleva muchos años en este condado.

—Eso tampoco nos da acceso a los círculos adinerados —le recordó ella—. Jordan tiene una casa grande y elegante, una mansión, y le gusta relacionarse con la alta sociedad. Por eso se deja ver con la hija del senador Merrill. Su compañía le abre puertas que de otra manera tendría cerradas. Si se casa, necesitará una esposa que dé fiestas, organice actos benéficos y cosas así; una esposa que pueda lucir en sociedad. Puede que a mí me lleve al cine, pero te aseguro que no me llevará al altar.

—Entonces ¿por qué te besa?

—No sé, quizá para dar celos a Julie Merrill —caviló ella—. O para convencerse de que sigue resultando atractivo a las mujeres. Pero conmigo no va en serio. Y tú ya me conoces, yo no tengo líos con nadie, sea o no sea políticamente correcto.

El abogado de Janet nunca se presentó y dos días más tarde Janet desapareció totalmente, dejando un rastro de deudas a nombre de los Collins que iban desde ropa a la factura del motel donde se había hospedado.

—No tenéis que pagar ni un centavo —le dijo Kemp a Libby cuando ella le relató lo sucedido—. Ya he advertido a los comerciantes que no tenía ninguna autoridad para cargaros nada, ni a vosotros ni a la propiedad.

—Gracias —dijo ella, aliviada—. ¿Qué hacemos ahora?

—Tengo a la policía del estado tras ella por asesinato —respondió Kemp, y hundió las manos en los bolsillos del pantalón—. Esto no te va a gustar.

—¿Qué?

—Quiero exhumar a tu padre.

—Me lo temía —dijo Libby en un susurro.

—Sabemos que envenenó al anciano de la residencia, y los asesinos suelen usar los mismos métodos. Aunque tu padre también pudo morir por una embolia de aire.

—Pero ahora Janet se ha ido. ¿Y si descubrimos que ella lo mató pero no podemos localizarla? Ya ha logrado escapar dos veces sin ser descubierta.

—Todos los criminales tarde o temprano cometen un error —dijo Kemp con la mirada ausente—. Ella no será una excepción, créeme.

Libby asintió y miró hacia la mesa vacía de Violet.

—He puesto un anuncio en el periódico para una nueva secretaria —dijo él con frialdad—. Entretanto, Mabel tendrá que ocuparse de ambas funciones.

—Vamos a estar muy solos sin ella —comentó Libby con tristeza, sin pensarlo.

Kemp apretó los dientes, giró en redondo y se metió en su despacho sin decir nada más. Tanto Mabel como Libby se echaron a reír, al ver la actitud de su jefe.

—No durará mucho —dijo Mabel—. Violet ha sido la única secretaria que ha tenido capaz de concertar citas y cancelarlas sin que los clientes se molestaran. Y escribiendo a máquina no la ganaba nadie. No va a encontrar a nadie como ella de la noche a la mañana.

Libby estaba de acuerdo.

Libby no reparó en que tenía un mensaje en el contestador hasta después de cenar. En realidad sólo había comido un sándwich, ya que Curt la había llamado para decirle que iba a comer pizza y echar la partida semanal de cartas en el rancho de Ted Regan.

Curiosa, Libby apretó la tecla y escuchó el mensaje. En un tono de lo más sedoso, la voz masculina se identificaba como un abogado llamado Smith y le informaba de que la señora Collins le había contratado para legalizar el testamento de su esposo. También añadió que los hijos de Riddle Collins tenían dos semanas para desalojar la propiedad.

Libby se puso histérica. Mientras marcaba el número de Blake Kemp le temblaban las manos y las piernas, y como no pudo localizarlo, marcó el de Jordan. Este tardó un largo rato en descolgar el teléfono y, cuando por fin lo hizo, se oía ruido de música y de voces de fondo.

—¿Sí? —preguntó en tono seco. Libby sintió que se le hundía el alma a los pies.

—¿Interrumpo? Te llamaré más tarde...

—¿Libby? —el tono de su voz se suavizó—. Espera un momento.

Libby oyó una conversación apagada, una respuesta irritada y el

ruido de una puerta al cerrarse.

—Bien, ¿qué ocurre? —dijo él volviendo al teléfono.

—No puedo localizar al señor Kemp —empezó, nerviosa—, y ha llamado el abogado de Janet diciendo que tenemos dos semanas para desalojar el rancho antes de legalizar el testamento.

—Libby —dijo él, calmado—, siéntate y piensa un poco. ¿Dónde se ha visto que para legalizar un testamento sea necesario desalojar una propiedad?

Jordan tenía razón. Y ella tenía que haberse dado cuenta. Además de tener formación jurídica, trabajaba en un bufete. Suspiró aliviada.

—Gracias. Cuando he escuchado el mensaje me he puesto tan nerviosa que no podía pensar. Me he asustado mucho.

—¿Está Curt contigo?

—No, ha ido a su partida semanal de cartas al rancho de Ted Regan —dijo ella.

—Siento no poder pasarme un rato por tu casa —dijo él—. Tengo una recaudación de fondos para el senador Merrill.

Merrill. Su hija Julie era la mujer de la alta sociedad. Era guapa, rica y socialmente aceptable. Sin lugar a dudas, ella estaría también en la fiesta.

—¿Libby? —dijo él al ver que ella no decía nada.

—No... no importa, Jordan. No hace falta que vengas, de verdad —dijo de corrido—. Por un momento se me ha quedado la mente en blanco. Siento haberte molestado. Perdona.

—No tienes que disculparte —dijo él.

—Ya cuelgo. Adiós, Jordan.

Jordan aún estaba hablando cuando ella colgó el teléfono y conectó el contestador. Si la volvía a llamar, no pensaba descolgar. Las crueles tácticas de Janet la inquietaban. Seguramente había pedido a alguien que los llamase para asustarlos. Sin duda era su forma de vengarse por lo que los dos hermanos le habían dicho.

Libby se preguntó si habría alguna manera de localizar una llamada hecha a un contestador automático, y de repente tuvo un destello de inspiración. Rápidamente descolgó el auricular y marcó las cuatro teclas necesarias para recuperar el número desde el que se había marcado la última llamada a su teléfono. Sin perder un segundo, apuntó el número en un papel, y comprobó aliviada que al

menos no era una llamada local. Se lo daría a Kemp al día siguiente para que su detective privado se ocupara de investigarlo.

Sintiéndose más tranquila, fue a terminar de recoger la cocina. No podía quitarse de la cabeza el tono grave de Jordan al teléfono, ni la voz irritada de una mujer discutiendo a su lado cuando él fue a otra sala para poder hablar con ella en privado. Probablemente sería la hija del senador, celosa de una posible rival. Pero ella no era rival para Julie Merrill, se dijo. Jordan sólo la había besado. Nada más. La hija del senador tenía veintiséis años, recordó, y estaba licenciada en Ciencias Políticas. Era evidente que sabía muy bien lo que quería, y en ese momento quería a Jordan. Aquella noche estaba en su casa, probablemente ejerciendo de anfitriona de la fiesta de recaudación de fondos. Libby se miró los vaqueros desgastados y la blusa descolorida, y después deslizó una mirada por los muebles, útiles pero ya desgastados de su casa. ¿Qué demonios podía querer Jordan con ella?, se dijo. Había estado soñando y más valía que se despertara antes de que le destrozara el corazón.

Ni ella volvió a llamar a Jordan ni Jordan a ella. Al día siguiente, Libby le dio el número de teléfono a Blake Kemp, y éste no tardó en obtener resultados.

—No era un abogado —le dijo Kemp unos días después en su despacho—. Era un camarero de un restaurante de lujo de San Antonio que pensó que Janet sería su billete para vivir de las rentas. Tengo entendido que ha dejado su trabajo y se ha ido de la ciudad para que no lo involucren en ninguno de los delitos de Janet.

Libby rió suavemente.

—Menos mal. Así Curt y yo no nos tenemos que ir de casa. Gracias, jefe.

Aquel día estaban los dos solos en el despacho. Kemp aún no había encontrado una sustituta para Violet y Mabel estaba enferma, por lo que le dijo a Libby que llamara a la agencia de trabajo temporal para que les mandaran a alguien para unos días.

—La culpa es de Violet —musitó él entre dientes—. Seguro que nos ha echado el mal de ojo.

—No lo creo —dijo Libby—. Violet nunca haría una cosa así. Es una buena persona.

En ese momento la puerta se abrió. Una joven guapa y elegante,

con una larga melena rubia, entró con una cartera en la mano y se presentó:

—Soy Julie Merrill —dijo anunciándose con una sonrisa de superioridad—. La hija del senador Merrill. Según su anuncio, necesitan una secretaria.

Libby no se lo podía creer. ¡Aquella mujer era la última conquista de Jordan y estaba allí pidiendo trabajo! ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

Kemp observaba a la recién llegada en silencio.

—Oh, no, no es para mí —rió Julie, carraspeando ligeramente—. Cielos, yo no necesito trabajo. No, es para mi amiga Lydia. Acaba de terminar sus estudios de secretaria y no encuentra nada que le convenga.

—¿Sabe escribir a máquina? —preguntó Kemp.

—Sí. Sesenta palabras por minuto. Y taquigrafía, si no le dictan muy deprisa.

—¿Sabe hablar?

—¿Perdón? —balbuceó Julie, pestañeando.

Los ojos azules de Kemp se tornaron de hielo, y entonces fue cuando Libby empezó a preocuparse, ya que sabía muy bien lo que aquello significaba.

—No doy trabajo a nadie a través de terceras personas, señorita Merrill, y me importa un carajo quién sea su padre —le informó con una sonrisa heladora. La joven se puso roja de ira y de vergüenza.

—Yo sólo... pensé que podría...

—Dígale a su amiga que si quiere el puesto, que venga y rellene una solicitud —le informó Kemp—. Pero que no espere demasiado. No respeto a nadie que necesita enchufe para conseguir un trabajo. Y no doy trabajo a nadie que no esté cualificado para el puesto —añadió en tono peligroso.

En ese momento Julie dirigió una mirada de desdén a Libby.

—Supongo que cree que ella sí lo está —dijo furiosa.

—Tengo un diploma de asistente de abogado —respondió Libby con frialdad—. Está colgado detrás de mi mesa.

Julie apretó los dientes, furiosa.

—De todos modos, no creo que a mi amiga Lydia le guste trabajar aquí.

—¿Deseaba algo más, señorita Merrill? —preguntó Kemp. Ella se

volvió en redondo y abrió la puerta de la calle bruscamente.

—A mi padre no le hará ninguna gracia saber cómo me ha tratado —dijo ella.

—Cuénteselo —dijo él—. Uno de sus peores defectos es la falta de disciplina con sus hijos. Y tengo entendido que últimamente usted ha mostrado mucho interés en presentarse a algún cargo público en este condado, señorita Merrill. Permítame que le dé un consejo: no lo haga.

Julie Merrill abrió la boca, perpleja.

—¿Cómo se atreve...?

—Claro que es el dinero de su padre. Si él quiere tirarlo así, es cosa suya.

—Soy muy capaz de ganar unas elecciones.

Kemp sonrió.

—Puede, pero no en este condado —observó Kemp—. En las campañas electorales siempre salen a relucir los trapos sucios. Y aquí nadie ha olvidado lo ocurrido en el baile de su graduación. Y mucho menos los Culbertson.

Julie palideció y apretó los dedos con fuerza.

—Eso fue... un terrible accidente.

—Shannon Culbertson sigue muerta.

A Julie le temblaba el labio inferior visiblemente. Se volvió y salió del despacho tan deprisa que ni siquiera cerró la puerta. Kemp lo hizo por ella y Libby se preguntó qué había ocurrido, pero no se atrevió a preguntar.

Más tarde, en casa, cuando Curt volvió de trabajar, no se pudo resistir a preguntárselo.

—¿Qué demonios quería Julie en el despacho de Kemp? —preguntó extrañado—. Lydia ya tiene trabajo, un buen trabajo en los juzgados de Bexar. Está muy claro. Ella quiere a Jordan y tú le estorbas.

—Seguro —murmuró ella—. Dime, ¿qué pasó con Shannon Culbertson?

—Alguien le puso algo en la bebida, un tipo de droga para dejarla inconsciente. Por lo visto, la pobre Shannon tenía problemas cardiovasculares y falleció.

—¿Quién se la puso?

—Nadie lo sabe, pero Julie intentó taparlo para evitar que

afectara a la elección de su padre como senador. Kemp descubrió la verdad y lo sacó a la luz. No olvides que Kemp es un hombre vengativo.

—¿Por qué?

—Dicen que estaba enamorado de Shannon. Creo que nunca lo ha superado.

—Pero el padre de Julie ganó las elecciones —observó ella.

—Sólo porque tuvo el apoyo de las fuerzas vivas del condado, que además contribuyeron con mucho dinero a su campaña de reelección. Pero ahora la mayoría de ellos están muertos o en residencias de la tercera edad, y en la ciudad se rumorea que el senador Merrill está endeudado hasta las cejas. Además, por primera vez en muchos años tiene un rival formidable: Calhoun Ballenger.

Capítulo 5

Así que aquél era el secreto de Kemp, pensó Libby. Un amor perdido.

—Sí, lo sé —dijo ella—. Calhoun Ballenger ha revolucionado el distrito políticamente hablando. Mucha gente cree que este año va a ganar la nominación.

—Yo estoy casi seguro —dijo Curt—. La estructura de poder en el condado ya no está en manos de la vieja élite. Y al senador Merrill lo arrestaron hace poco por conducir borracho.

—Pero la noticia no se publicó en el periódico local —observó Libby.

—El editor es un amigo suyo y se negó a hacerlo. También está intentando que el alcalde despida a los dos agentes que lo detuvieron.

—Pobres policías —murmuró Libby.

Libby cambió de conversación y le contó a su hermano que el investigador de Kemp había localizado la llamada de Janet en San Antonio.

—¿Por qué estará tan interesada en echarnos de casa? —se preguntó en voz alta.

—No sé —dijo Curt—. Debe de querer algo que cree que está aquí. A lo mejor la colección de monedas de papá.

—Hace meses que no la he visto —dijo Libby.

—Yo tampoco. Seguro que ya la ha vendido —respondió Curt, y miró a su hermana con tristeza—. Siento lo de la exhumación de papá. Pero tenemos que saber la verdad sobre su muerte.

—Lo sé —dijo ella reprimiendo las lágrimas a duras penas—. A papá no le importaría.

—No, no lo creo.

Aquella tarde, después de cenar, mientras los dos hermanos veían la televisión, un todoterreno llegó por el camino del rancho a toda velocidad y aparcó junto a la casa. Un minuto más tarde sonaron unos golpes secos en la puerta.

—Yo iré —dijo Curt.

Hubo un ruido de voces apagadas en la entrada y unos pasos que entraron en el salón. Jordan se quedó mirando a Libby con curiosidad.

—Hoy Julie ha ido a tu oficina —dijo.

—Buscaba trabajo para su amiga Lydia —respondió Libby sin más explicaciones.

—No es eso lo que dice ella —respondió Jordan, tenso—. Me ha dicho que has estado tan grosera con ella que Kemp le ha pedido que se fuera.

Libby arqueó las dos cejas.

—Vaya, qué imaginación.

—No bromeo, Libby —dijo Jordan—. Ha sido muy mezquino por tu parte.

—Lo sería de ser cierto —contestó ella—. Julie ha entrado en la oficina con muchos humos, ha hecho unos cuantos comentarios muy groseros al señor Kemp y éste le ha pedido que se fuera.

—No es eso lo que ella me ha contado —repitió él. Libby se puso en pie e hizo una señal a su hermano, que iba a decir algo para que se callara.

—No necesito ayuda, Curt. Puedo defenderme sola. No te metas en esto.

Libby se acercó a Jordan con expresión muy seria.

—La señorita Merrill ha insinuado al señor Kemp que más le valía ofrecerle un puesto de trabajo a su amiga Lydia por el lugar que ocupa su padre en el condado. Y él le ha recordado su baile de graduación del instituto en el que murió una chica.

—¿Qué? —explotó Jordan.

—Al señor Kemp no le gustan las amenazas —continuó ella, incómoda por la clara hostilidad de Jordan—. La señorita Merrill ha sido muy grosera y muy arrogante, y ninguno de los dos entendemos para qué quería un trabajo para Lydia, si Lydia ya tiene un buen trabajo en Bexar.

Jordan no dijo nada. Permaneció allí de pie, en silencio,

mirándola.

—Supongo que el otro día cuando te llamé estaba en tu casa y pensó que quiero cazarte —continuó ella animada por el repentino parpadeo en los ojos grises de Jordan—. Puedes decirle de mi parte que no te quiero ni envuelto en papel de regalo. Si cree que soy la competencia, no tiene más que venir a ver donde vivo —la cara de Libby se tensó de rabia—. Fíjate bien, Jordan. Ni siquiera soy de tu clase. Eres un vecino amable a quien he pedido consejo y nada más —mintió ella, en un intento por poner su autoestima y su dignidad a buen recaudo.

Jordan seguía sin moverse y sin hablar, pero en sus ojos había un destello peligroso y tenía los nudillos blancos de tanto apretar los puños.

—¿Nada más? —preguntó él, en un tono que insinuaba muchas cosas. Libby sabía a qué se refería. Tragó saliva, tratando de no recordar la fuerza y la pasión de los besos compartidos. Era evidente que para él no significaban nada.

—Nada más —repitió ella—. No era mi intención cazarte, Jordan. Ni siquiera estoy segura de querer pasar el resto de mi vida en Jacobsville trabajando en un pequeño bufete de abogados —añadió pero sin mirarlo—. He pensado mucho en lo que me dijiste, y quizá tengas razón. Quizá tenga otras ambiciones.

Jordan continuaba en silencio con los ojos entrecerrados clavados en ella.

—Si quieres demostrarle a Julie que no soy su rival, tráela y enséñale cómo vivimos —continuó Libby con una sonrisa—. Eso le abrirá los ojos.

—Libby —dijo Curt—, por favor, no hables así.

—¿Cómo quieres que hable? —quiso saber ella, con un nudo en la garganta que apenas le permitía hablar. Pero hizo un esfuerzo para continuar—. Nuestro padre está muerto y parece que nuestra madrastra lo mató delante de nuestras narices. Ahora quiere quitarnos todo lo que tenemos y no para de amenazarnos, y encima la novia de Jordan, que se las da de angelito, quiere hacerle creer que soy una robahombres o algo así. ¿Cómo demonios quieres que hable?

Jordan soltó un largo suspiro.

—Creía que sabías lo que querías —dijo tras otro largo silencio.

—Soy joven —dijo ella—. Tú mismo lo dijiste. Siento haberte pedido ayuda y enfadado a tu novia de paso. No volveré a cometer el mismo error.

Libby dio media vuelta y se metió en la cocina, dando un sonoro portazo. «Estoy aprendiendo costumbres muy malas del señor Kemp», pensó mientras se secaba las lágrimas con una servilleta de papel.

Oyó el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse a su espalda pero no se volvió. Estaba segura de que era Curt, que iba a ver qué tal estaba.

—Supongo que lo he hecho fatal —dijo sin volverse—. ¿Ya se ha ido?

Un par de manos grandes la sujetaron por los hombros y la hicieron girar.

—No, no se ha ido —mascullió Jordan.

Por la dura expresión de su rostro, Libby pensó que debía sentirse intimidada, pero no era así. Era muy atractivo, aunque estuviera a punto de estallar de cólera.

—He dicho todo lo que tenía que decir —empezó ella.

—Yo no —respondió él—. Nunca te he mirado por encima del hombro por lo que tienes o dejas de tener, y lo sabes.

—Julie Merrill, sí.

Jordan tensó las manos y las relajó. Parecía un poco cohibido.

—Tú sabes qué infancia tuve —continuó él—. No teníamos nada. Nunca me invitaban a ninguna fiesta y mis padres no eran más que criados para la alta sociedad del Condado.

—Y ahora Julie te está abriendo las puertas de esa sociedad, y te gusta.

Él pareció escandalizado por la afirmación. Bajó los ojos hasta ella.

—Puede.

—¿No ves por qué te quieren tanto ahora? Eres rico, tienes mucho dinero, y los Merrill necesitan apoyo financiero. Sus amigos ya no son tan ricos como antes, y ahora es Calhoun Ballenger quien goza del apoyo de las nuevas familias de dinero en Jacobsville.

—O sea, que Julie sólo me quiere por mi dinero para la campaña electoral de su padre.

—Sabes perfectamente que sólo por eso no —respondió ella

estudiando ávidamente la expresión de su cara—. Eres un hombre muy atractivo y las mujeres te adoran.

Jordan arqueó una ceja.

—¿Tú también?

Libby habría deseado negarlo pero no pudo.

—Yo también —admitió—. Pero no pertenezco a tu clase, como tú tampoco perteneces a la de Julie. Su dinero se remonta a muchas generaciones atrás, y por muy rico que seas, ellos nunca te considerarán uno de ellos.

Jordan la miró furioso.

—¡Me relaciono con la alta sociedad neoyorquina, con criadores de pura sangre de Kentucky, con altos miembros de la administración, incluso con estrellas de Hollywood!

—Eso puedes hacerlo solo —dijo ella—. No necesitas a los Merrill. Mira los Dunn; hace más de un año que se relacionan con estrellas de Hollywood. Y no son tan ricos.

Libby lo estaba dejando sin argumentos, y eso a Jordan no le gustaba nada.

—Julie quiere casarse conmigo —dijo él presentando la información como si fuera una daga.

Libby trató de disimular su reacción. El corazón se le hundía en el pecho, pesado, como si fuera de plomo, e imaginó a Julie con un traje de novia de diseño y cubierta de diamantes mientras se dirigía al altar.

—Ella no quiere trabajar —añadió él sonriendo fríamente.

En realidad, Libby tampoco. Le gustaba trabajar en Jacobsville, pero también le gustaba hacer cosas en el rancho. De hecho, lo que más le gustaría por encima de todo sería ser la esposa de Jordan. Pero eso no iba a pasar. El no la quería. Libby trató de zafarse de las fuertes manos masculinas que la sujetaban por los hombros.

—Déjame —musitó ella—. Seguro que a Julie no le gustaría.

—¿El qué? —preguntó él—. ¿Estar en mis brazos o que yo te abrace?

—Estás disfrutando ¿no? —lo retó ella.

—Aún no —murmuró él dejando caer la mirada hasta sus ojos —. Pero pienso hacerlo muy pronto…

—¡No puedes…!

Pero podía y lo hizo. Y Libby, al notar la suave presión de la

boca de Jordan en la suya, cerró los ojos. Era consciente de su fuerza, del calor de su cuerpo, de los latidos de su corazón. Jordan la pegó aún más a él y trazó la boca femenina con los labios, con la punta de la lengua. Notó cómo Libby se tensaba y la abrazó aún más, olvidándose de Julie, de la discusión, de todo. Libby sintió cómo el repentino ardor de su abrazo los envolvía en cuestión de segundos y les hacía perder la noción de la realidad. Jordan le acariciaba las caderas, la presionaba contra la súbita rigidez de su cuerpo fuerte y musculoso, deslizaba la mano bajo la blusa buscando la delicada curva de sus senos.

Ella lo apartó bruscamente.

—¡No!

Jordan quiso abrazarla de nuevo.

—¿Por qué no? —murmuró él, sin dejar de mirar la boca hinchada que acababa de saborear.

—Curt —susurró ella.

—Curt —repitió él como si no reconociera el nombre. De repente parpadeó y se dio cuenta de dónde estaban y qué estaban haciendo.

—Tienes que irte —dijo ella con voz ronca.

—Si no paras de echarte encima de mí. ¿Qué esperabas? —gruñó él.

—Yo no...

—Ahora no te hagas la inocente —continuó él—. Y no empieces a desabrocharte la blusa, no te servirá de nada.

—¿Cómo...?

—Y tampoco se te ocurra seguirme. Por la noche cierro todas las puertas con llave.

Libby quería reaccionar con el mismo tipo de bromas que solía compartir con Jordan antes y que tanto le habían gustado hasta ese momento, pero no podía olvidar que él se había puesto de parte de Julie y en su contra. Por eso lo miró con frialdad.

—Tranquilo, no te seguiré. Al menos, mientras sigas defendiendo a Julie Merrill, cuando ha sido ella la que me ha insultado a mí.

Jordan quedó quieto, como paralizado.

—A juzgar por lo que cuenta ella, empezaste tú.

—Y tú la crees, claro. Ella es guapa, rica y sofisticada.

—Algo de lo que a ti nadie en su sano juicio podría acusarte jamás —le espetó él. Y dando media vuelta, se fue.

De repente todo el mundo pareció percatarse de la tensión entre Libby y Jordan. El no volvió al rancho de los Collins, y cuando organizó una barbacoa para los mozos del rancho en abril para celebrar una impresionante venta de terneros, Curt no fue invitado. Cuando Libby celebró con una pequeña fiesta su cumpleaños, Jordan tampoco estaba en la lista de invitados. En Jacobsville, una ciudad pequeña, la gente se dio cuenta.

—¿Has roto con Jordan? —le preguntó un día el señor Kemp a Libby, mientras su nueva secretaria, una joven castaña recién salida del instituto llamada Jessie, había salido a comer.

Libby lo miró con expresión de inocencia.

—¿Roto?

—Julie Merrill anda diciendo por ahí que se va a casar con él —dijo él—. Yo no lo creo. Su padre tiene dificultades financieras y a Jordan le sobra el dinero. El senador Merrill necesitará muchos apoyos si quiere ganar las elecciones en este distrito.

—Dicen que Calhoun Ballenger ya va por delante en las encuestas —dijo Libby.

—Así es. Las tácticas del viejo Merrill ya están obsoletas. Quiere que Cash Grier despida a los agentes que lo detuvieron conduciendo borracho y declare que sus hombres mintieron, pero Grier no lo hará. El senador y su hija se niegan a ver la realidad y aceptar la derrota.

—Tengo entendido que su hija va de vez en cuando a casa de Jordan —dijo ella—. Es muy guapa.

—Es una tarántula —aseguró Blake Kemp fríamente—. Está metida en asuntos turbios que no tardarán en llegar a los periódicos. Y cuando eso ocurra, su padre puede despedirse de su carrera política. ¿Puedes guardar un secreto? —preguntó mirando hacia la puerta para asegurarse de que no lo oía nadie.

—Si no pudiera, no trabajaría para usted —dijo ella.

—Los dos agentes de policía que detuvieron al senador también están investigando una casa donde se compran y venden drogas. Por eso quieren echarlos. El alcalde es sobrino de Merrill.

—Y supongo que está metido en eso hasta el cuello —sugirió ella. Kemp asintió.

—El alcalde y la señorita Merrill. ¿De dónde crees que ha salido el Porsche nuevo que conduce la hija del senador?

Libby silbó.

—Pero si relacionan a Jordan con ella —dijo preocupada—, Jordan puede tener problemas.

—Así es —respondió él—. Puede meterse en un buen lío aunque no haya hecho nada.

—Y supongo que usted no puede avisarlo —dijo Libby a modo de sugerencia.

—No nos hablamos.

—Pero son amigos —insistió Libby.

—Ya no —dijo Kemp—. Cree que me puse de tu parte y en contra de la señorita Merrill.

—Lo siento —dijo ella con el ceño fruncido.

—En unas semanas estará todo olvidado, ya lo verás.

Libby no estaba tan segura, y odiaba la idea de ver a Jordan metido en un asunto tan turbio.

A su hora de comer, Libby fue al Café de Barbara y se encontró con Julie y Jordan, que estaban haciendo la cola para pedir.

—Oh, mira, si es la secretaria —dijo Julie al ver a Libby detrás de ellos—. ¿Aún va por ahí contando mentiras sobre mí, señorita Collins? —preguntó con una sonrisa. Jordan miraba a Libby con una expresión difícil de descifrar.

Libby los ignoró y empezó a hablar con una de las chicas que trabajaba en los juzgados de la ciudad y que estaba en la cola detrás de ella.

—No me des la espalda, mosquita muerta —exclamó Julie acercándose a Libby furiosa—. Tú le dijiste a Jordan que intenté imponerme en el bufete de Kemp y es mentira. Sólo querías hacerte la buenecita, ¿verdad?

Libby sintió náuseas. No le gustaban nada las discusiones ni las peleas. No temía a la otra mujer, pero era consciente de sus diferencias en la escala social. Julie era rica, guapa, conocida y sofisticada. Libby era poco más que la hija de un ranchero convertida en pasante de abogacía con mucho estudio y esfuerzo.

—Jordan no te soporta, así que deja de llamarlo continuamente para pedirle ayuda y de ir a su casa a seducirlo —continuó Julie con altivez—. No se rebajará saliendo con una mosquita muerta como

tú.

Libby se irguió y miró a la mujer, consciente de las miradas de curiosidad de muchos de los presentes en el local.

—Jordan es nuestro vecino, señorita Merrill —dijo conteniendo su rabia. Le temblaban las piernas pero no se le notaba—. Nada más.

—Bien. Me alegro de que te des cuenta de que Jordan sólo es un vecino porque eres un incordio. Ningún hombre en su sano juicio te miraría dos veces a la cara.

—Oh, de eso no estoy tan seguro —dijo Harvey Fowler de súbito, acercándose a Julie Merrill y mirándola con dureza—. Yo diría que la señorita Libby le da mil vueltas, y que a usted esa boca no le permitiría entrar en la casa de ningún hombre decente en esta ciudad.

Julie estaba boquiabierta. Nadie en Jacobsville, ni en ningún otro sitio, la había tratado nunca así.

—Yo no la quiero ni en tostada con mermelada —dijo uno de los vaqueros de los Tremayne, refiriéndose a Julie. El grupo de hombres jóvenes que estaba con él se echó a reír.

—Eh, Julie, pásame una bolsita —se oyó de repente una voz anónima entre las risas y los comentarios—. Necesito una raya.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó ella, temblando de rabia, mirando a los grupos sentados en las mesas.

—Julie, vámonos —dijo Jordan cogiéndola del brazo.

—Tengo hambre —protestó ella tratando de zafarse de él.

Libby no miró a Jordan cuando éste pasó a su lado sujetando a Julie firmemente con el brazo. Él tampoco la miró. Estaba blanco de rabia.

A Libby no se le ocurrió pensar que a Jordan le habían molestado las cosas que Julie le dijo en la cafetería, sobre todo porque entonces Jordan no había hecho ningún comentario para defenderla. Por eso, cuando al día siguiente él se presentó en el bufete de Kemp, sombrero en mano, para pedirle disculpas por el comportamiento de Julie, Libby casi no podía dar crédito a sus ojos.

Jordan pareció contrariado al ver a Kemp sentado en una esquina de la mesa de Libby, como si hubiera esperado encontrarla sola, pero rápidamente se recuperó.

—Quiero pedirte disculpas por Julie —dijo él en tono cortante

—. Siente haber hecho una escena. Está muy preocupada con las acusaciones contra su padre por conducir bebido.

—No acepto disculpas en ausencia —dijo Libby con frialdad—. Y nunca podrás convencerme de que ella quiere disculparse.

Kemp frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Julie me hizo unos cuantos comentarios muy desagradables ayer en el Café de Barbara —le explicó Libby—, delante de todo el mundo.

—¿Por qué no viniste a decírmelo? —preguntó Kemp—. La habría puesto en su sitio sin dudarlo.

—Harley Fowler salió en mi defensa —dijo Libby con un esbozo de sonrisa—. Él y otros caballeros allí presentes —añadió.

—No es tan mala como crees —afirmó Jordan, sombrío.

—Es mucho peor —contestó Kemp suavemente—. Sé cosas acerca de ella que te harían cambiar de opinión. Libby, no te entretengas mucho. Necesito esas notas —añadió señalando la pantalla del ordenador con la cabeza. Después se fue a su despacho y cerró la puerta.

—¿A qué se refería? —preguntó Jordan a Libby.

—Podría decírtelo pero no me creerías —respondió Libby, recordando lo cálida que había sido su relación hasta que apareció Julie y ensombreció el horizonte.

—Escucha —dijo él—, no quiero enemistarme contigo. Julie me gusta. Su padre es un buen hombre, pero últimamente la suerte le ha dado la espalda. Libby, necesitan mi ayuda. No tienen a nadie más.

Libby podía imaginarse a Julie perfectamente, llorando o alabando a Jordan por ser tan bueno, tan generoso, vestida con su ropa más vieja, que sin duda era mucho mejor que la mejor blusa de Libby, e interpretando su papel para él a la perfección. Julie Merrill era una seductora nata y sabía cómo conseguir que los hombres hicieran lo que ella quería. Era joven, guapa, culta y rica. Y conocía trucos a los que muchos hombres, incluido Jordan, no se podían resistir.

—¿Por qué te atrae tanto? —se preguntó Libby en voz alta. Jordan le dirigió una mirada de lo más enigmática.

—Es madura —dijo él sin pensar—. Sabe exactamente lo que

quiere y va por ello con todas sus fuerzas. Además, es una mujer que puede tener a quien quiera.

—Y ahora te quiere a ti —terminó ella por él. Jordan se encogió de hombros.

—Así es.

—Supongo que te halaga —murmuró ella.

—Cuando entra en una sala, todos los hombres vuelven la cabeza para mirarla —dijo él, despacio—. Toca el piano como una profesional. Habla tres idiomas. Ha viajado por todo el mundo. Ha salido con algunos de los actores más famosos de Hollywood, e incluso la han presentado a la reina de Inglaterra —Jordan suspiró con admiración—. A cualquier hombre le costaría decir que no a una mujer así.

—En otras palabras —dijo Libby—, que es un trofeo.

Jordan estudió a Libby con arrogancia.

—Si te gusta llamarlo así... Pero hay algo más: me necesita. Me ha dicho que toda la ciudad les ha dado la espalda, a ella y a su padre. Calhoun Ballenger ha conseguido el apoyo financiero de algunas de las familias más ricas de Jacobsville después de habérselo prometido al senador Merrill. Hasta que aparecí yo, estaba pensando en retirar su candidatura.

«Y los cerdos vuelan», pensó Libby. Los Merrill estaban aprovechándose de Jordan, un hombre a quien la alta sociedad del condado le había cerrado las puertas a pesar de todo su dinero. Lo que le ofrecían ahora era el acceso a la cerrada élite a la que pertenecían. Eso y a la hermosa Julie, claro.

—¿Oíste lo que me dijo en la cafetería? —preguntó Libby—. ¿No oíste cómo me acusó de querer cazarte? ¿Y cómo me advirtió que no me acercara a ti?

—Sí —admitió él—. Julie es muy posesiva y muy celosa, pero no me gustó que te insultara. Más tarde se lo dije, y ella afirmó que se disculparía, pero yo pensé que sería más fácil hacerlo yo en persona. Debes entenderlo, Libby, es una mujer insegura. No lo creerás, pero se toma las cosas muy a pecho.

«Una revelación por minuto», estaba pensando Libby. «Jordan se ha tragado todo lo que le ha contado». Era evidente que Julie sabía lo que hacía.

—Dijo que tú no perderías el tiempo con una mujer

insignificante como yo.

—Las mujeres dicen eso continuamente —contestó él restándole importancia—. Tú también te tomas las cosas muy a pecho. Aún eres muy joven.

—Eso me lo dices siempre —dijo ella exasperada—. ¿Qué años tengo que tener para que pienses en mí como una mujer?

Jordan se acercó a ella y le puso una mano en la esbelta garganta, acariciándola.

—Hace mucho tiempo que pienso en ti como mujer —dijo—. Pero eres una adicción que no me puedo permitir. Tú misma lo dijiste, eres ambiciosa. No tendrías suficiente con vivir en una ciudad pequeña. Tú quieres volar, ver mundo.

Pero mientras hablaba, Jordan se acercaba cada vez más y se inclinaba sobre ella, incluso contra su voluntad. Qué estupidez, pensó él. No podía caer en la trampa femenina. Libby era joven y ambiciosa. Aunque él pusiera toda la carne en el asador, ella lo dejaría en busca de horizontes más amplios, como había hecho la joven esposa de Duke Wright. Libby estaba enamorada del amor, no de él, y era demasiado joven para saber distinguirlo. Él no. El se había asido a Julie como un náufrago a una tabla de salvación. Libby no lo sabía y él no podía reconocerlo. Mientras pensaba en todo eso, le separó los labios con los suyos. Olvidó dónde estaban, y olvidó todas las razones por las que no debía hacer lo que estaba haciendo.

—Libby —murmuró sobre los labios femeninos. Ella apenas lo oyó. La sangre le corría en las venas con desesperación. Ella rodeó el cuello masculino con los brazos y se pegó a él, entregándole la boca sin vacilar.

Los brazos de Jordan se la tragaron entera. El beso fue lento, profundo, ávido. Invasor. El cuerpo femenino empezó a latir de deseo. Los besos anteriores casi habían sido castos. Estos eran eróticos. Eran... narcóticos. Un suave gemido de placer escapó de los labios femeninos y logró penetrar la densa niebla de deseo en que Jordan se estaba hundiendo irremisiblemente. Se apartó de ella como si lo hubieran pinchado con una navaja. La sujetó con las manos por la cintura y la despegó de su cuerpo.

—Ya lo sé —dijo ella con la respiración entrecortada—. Has pensado que me había mordido una serpiente venenosa y sólo

pretendías succionar el veneno.

Jordan soltó una carcajada que fue incapaz de reprimir. Libby tragó saliva.

—Imagina si Julie te ve besándome así.

—Eso no ha sido un beso —respondió él, poniéndose serio de súbito.

—¿No me digas? —bromeó ella—. Seguro que Julie podría darte lecciones.

—No hables así de ella.

—Piensas que ella es sincera porque tú lo eres —dijo Libby recobrando poco a poco el aliento—. Jordan, por favor. Su padre y ella se atrevieron a acusar a Calhoun Ballenger de acoso sexual.

—Eso era verdad —aseguró Jordan—. La mujer lo juró.

—La mujer era prima de Julie —dijo Libby asqueada. Jordan la miró como si no conociera ese detalle. Frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Julie piensa que mi hermano y yo somos unos desgraciados que no nos merecemos ni los buenos días —continuó Libby.

—Eso lo dices para ponerme en su contra —le espetó Jordan, furioso. Y más calmado, añadió—: Eso ya me lo advirtió ella. Y también me dijo que tienes un lío con Harvey Fowler.

Libby hizo un esfuerzo para no reaccionar ante esa acusación infundada.

—Harley es encantador. Él me defendió cuando Julie me insultó.

—Harley es un don nadie.

—Igual que yo —replicó Libby—. Y entre él y tú, Jordan, lo prefiero a él mil veces. Será un currito, pero tiene más clase que tú, aunque te acuestes con los Merrill todas las noches de los próximos cincuenta años.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Jordan la miró furioso, se dio media vuelta y salió de la oficina dando un portazo.

—¡Y no vuelvas! —le gritó ella, más furiosa todavía.

Libby estaba destrozada. Habían exhumado el cadáver de su padre y lo habían llevado a Austin, la capital del estado, para someterlo a nuevas pruebas.

Curt se puso furioso cuando su hermana le dijo que Jordan había pasado por su trabajo para disculparse por la actitud de Julie.

—Como si ella se disculpara alguna vez ante gente como

nosotros —gruñó—. Y Jordan se quedó de brazos cruzados sin decir nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Harley Fowler —dijo Curt, dejándose caer en una silla—. No voy a trabajar más con Jordan —añadió—. Dentro de quince días empiezo con Duke Wright y además con mejor sueldo.

—Estupendo —dijo ella.

—Todo irá bien, no te preocupes —le aseguró su hermano.

—No estoy preocupada, Curt. En absoluto.

Pero lo estaba. No le hacía ninguna gracia haberse enemistado con Jordan por culpa de los Merrill, que sólo lo querían por su dinero y que se olvidarían de él en cuanto terminara la campaña electoral. Libby sabía que a ese tipo de gente sólo le interesaba el dinero para poder darse aires delante de los demás. Ella no era así, en absoluto, y sabía que la gente la apreciaba por ella misma, por nada más.

Como Harley Fowler, que pasó a verla al día siguiente para ver qué tal estaba y para invitarla a salir a cenar y bailar el siguiente sábado.

—Sólo a Shea's —dijo él—. Acabo de pagar una nueva transmisión para la camioneta y estoy sin blanca.

—Perfecto —sonrió ella—. Así ya somos dos. Gracias, Harley.

—Oye, ¿sabes bailar?

Libby parpadeó.

—Me defiendo —dijo—. Ya me he enterado de que el año pasado Janie Brewster y tú dejasteis boquiabierto a todo el mundo en el Baile del Vaquero.

Harley sonrió.

—Un poco sí —dijo—. Llevo un tiempo tomando clases de bailes de salón —le explicó.

—Me encantará bailar contigo, Harley.

La expresión de Harley era casi de incredulidad.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Está bien. Entonces el sábado a las seis. Y podemos cenar allí.

—Por mí perfecto —dijo ella—. Dejaré la cena de Curt preparada en la nevera.

Más tarde, cuando le contó a Curt que tenía una cita con Harley para el sábado, su hermano sonrió complacido.

—Ya es hora de que salgas y te diviertas un poco.

—Harley me gusta mucho —le aseguró ella. Curt la miró a los ojos, sabedor de la auténtica verdad que se escondía tras esas palabras.

—Pero no es Jordan.

Libby le dio la espalda.

—Jordan ha elegido, y yo estoy haciendo lo mismo.

Capítulo 6

Libby y Harley acapararon todas las miradas del local cuando bailaron juntos en el centro de la pista del Shea's. Era sábado por la noche y el local estaba a rebosar. Entre la clientela estaban los hermanos Tremayne con sus esposas y, no lejos de ellos, Calhoun y Abby Ballenger estaban sentados en una mesa acompañados de Leo Hart y su esposa, Janie.

—Estoy convencido de que este año Calhoun va a hacerse con el puesto de senador —le dijo Harley a Libby al oído, mientras se tomaban unas hamburguesas y un té helado—. El senador Merrill se ha dormido en los laureles y ya no responde a las demandas de los votantes.

—Dicen que su hija quiere presentarse a algún cargo público en Jacobsville —empezó Libby.

—Aquí nadie votará por ella. Será mejor que no malgaste el dinero —dijo Harley mirando hacia la puerta que acababa de abrirse—. Y hablando del rey de Roma, adivina quién acaba de entrar a estropearnos la velada.

Y efectivamente, allí estaba Jordan Powell con un carísimo abrigo de corte informal, con sombrero vaquero y botas, acompañando a una bellísima Julie Merrill, que lucía un vestido azul de seda de corte sencillo, pero que seguramente costaba una fortuna.

—¿A que tiene pinta de cara? —musitó Harley.

—Seguramente lo es —respondió Libby tratando de ocultar lo dolida que estaba. Le rompía el corazón ver a Jordan acompañando a aquella horrible mujer que en ese momento pasaba al lado de los Ballenger y les dedicaba una rápida mirada de desprecio.

Jordan ayudó a sentarse a Julie y lanzó una fría mirada hacia la

mesa donde estaban Harley y Libby. Después dejó el sombrero en una silla, se sentó y llamó al camarero. Éste lo ignoró y se acercó a la mesa de Harley, que acababa de levantar el brazo para pedir otros dos vasos de té helado.

—Gracias por darnos preferencia —le dijo Harley al camarero.

—Sé muy bien lo que se merece cada uno —contestó el joven con arrogancia mirando de soslayo a la mesa de Jordan. Después el joven camarero volvió al mostrador sin hacer ademán de atender a Jordan y a su acompañante. Al cabo de un minuto, Jordan se levantó y se acercó a pedir a la barra.

—¿No es increíble que un hombre con tanto sentido común como Jordan Powell sea incapaz de adivinar las intenciones de semejante arpía? —se preguntó Harley en voz alta mirando a los recién llegados con infinito desprecio.

—¿Y tú puedes? —preguntó Libby. Harley se encogió de hombros.

—Conozco muy bien a los políticos —respondió, y por un momento su rostro adoptó una expresión distante—. Últimamente el viejo Merrill está empinando mucho el codo, y a la gente no le hará ninguna gracia saber que fue detenido por la policía por conducir borracho.

—¿Crees que lo condenarán?

—Puedes estar segura —respondió Harley—. Los políticos locales ya no hacen política reunidos clandestinamente en coches aparcados en caminos polvorientos. Ahora los medios de comunicación los obligan a actuar más abiertamente, y el senador tendrá un brusco despertar el día después de las primarias, cuando Calhoun Ballenger se haga con la nominación del Partido Demócrata.

El camarero volvió con sus dos vasos altos de té helado mientras Jordan seguía esperando a ser atendido en la barra y Julie lanzaba miradas fulminantes a Libby.

—No es muy normal ¿verdad? —preguntó Libby refiriéndose a la hija del senador—. No sé, el arranque que tuvo en el Café de Barbara fue tan violento...

—Normalmente las personas que toman drogas son muy agresivas —respondió Harley—. E irracionales —Harley miró a Libby directamente a los ojos—. Está metida en un asunto muy feo,

Libby. No puedo decirte más, pero Jordan se está haciendo mucho daño sólo dejándose ver con ella.

Libby lo miró preocupada.

—Jordan es un buen hombre —dijo, sin poder evitar que sus ojos se desviaran hacia la barra, y hacia el rostro masculino. Jordan la pilló mirándolo y le lanzó una mirada furiosa. Julie, que se acababa de percatar de todo, miró a Libby con furia.

—Ten cuidado —le dijo Harley a Libby—. Ella te considera un peligro para sus planes con Jordan, y es capaz de cualquier cosa.

Libby suspiró.

—Primero mi madrastra, ahora Julie —murmuró—. Me siento como si tuviera una diana dibujada en la frente.

—Todos pasamos por malos momentos —le aseguró Harley, y le cubrió la mano que Libby tenía apoyada encima de la mesa con la suya—. Y los superamos.

—¿Tú también? —preguntó ella.

—Sí, yo también —respondió él con una sonrisa en los labios.

Ninguno de los dos vio la furiosa mirada que Jordan Powell les lanzó, ni el destello calculador que brilló por un momento en los ojos de Julie.

A la semana siguiente, cuando Libby iba a comer al Café de Barbara, se dio de bruces con Jordan en la acera. Los dos estaban solos, y la expresión del rostro masculino hizo que a ella se le helara la sangre en las venas.

—¿Qué es eso de que fuiste a pasar la noche del miércoles con Harley a San Antonio?

Libby ni siquiera fue capaz de musitar una respuesta. El miércoles había llevado primero a Curt al rancho de Duke Wright y después había ido a San Antonio a buscar unos documentos legales para Kemp, pero ni siquiera había visto a Harley.

—Creía que eras pura como la nieve —continuó él en tono helador—. Sabes disimular muy bien, ¿eh? No hay que ser muy listo para darse cuenta. Yo soy rico y tu hermano y tú estáis a punto de perder el rancho.

—Janet aún no ha legalizado el testamento —logró balbucear ella.

—No es eso lo que me han contado.

—Me importa poco lo que te hayan contado —dijo ella

reponiéndose de la primera impresión—. Ni a Curt ni a mí nos interesa tu opinión. Pero tú te vas a meter en un buen lío si sigues viéndote con Julie Merrill hasta que su padre pierda las elecciones.

—No las va a perder —le aseguró él. Libby detestaba verlo tan testarudo, y más ahora que empezaba a saber algo más de Julie. Se acercó a él, mirándolo suplicante con sus ojos verdes.

—Jordan, eres un hombre inteligente —empezó despacio—. Por fuerza tienes que ver las intenciones de Julie contigo...

—Julie me quiere a mí —la interrumpió él—, y tú estás celosa por todo el tiempo que paso con ella.

Libby no se atrevió a decir lo que sentía y se obligó a sonreír con indiferencia.

—¿Yo? ¿Crees que no sé cuándo un hombre me está provocando?

—Sabes mucho más de lo que yo imaginaba, ésa es la verdad —le aseguró él en tono cortante—. Harley Fowler y tú.

El nombre de Harley Fowler sonó como un insulto en sus labios.

—Harley es un buen hombre —lo defendió ella.

—Evidentemente eso te parece a ti, si no, no te estarías acostando con él —la acusó él—. ¿Lo sabe tu hermano?

—Ya soy mayorcita —dijo ella furiosa ante la insinuación.

—Será mejor que no olvidéis que soy un mal enemigo —dijo él —. Pase lo que pase con el rancho, no quiero una urbanización llena de gente junto a mis tierras.

Jordan no estaba enterado de que Libby y Curt no sabían cómo iban a pagar la letra de la hipoteca a fin de mes sin el seguro de su padre. Riddle había pedido una hipoteca para comprar el Mercedes de Janet, Janet se había largado con el dinero y el detective privado contratado por el señor Kemp no había conseguido averiguar nada sobre el pasado de su madrastra. Tampoco habían legalizado el testamento, así que los hijos de Riddle Collins no podían reclamar ninguna herencia ni pagar la hipoteca. Incluso habían tenido que despedir al único mozo que los ayudaba en el rancho por falta de fondos para pagarle. Sólo les quedaba un caballo, después de haber vendido todas las cabezas de ganado. El único dinero que ingresaban era el de sus dos trabajos, que no era mucho.

Libby no pensaba compartir esa información con un hostil Jordan Powell. La situación estaba tan mal que los dos hermanos

tendrían que abandonar el rancho a final de mes si no encontraban los ochocientos dólares necesarios para pagar la letra y el banco decidía ejecutar la hipoteca. Además, estaban todas las deudas que Janet había ido acumulando desde antes de la muerte de su marido.

Jordan se daba asco a sí mismo por lo que le estaba diciendo a Libby, pero lo que hablaba por su boca era en realidad los celos que tenía de Harley, que le recomían por dentro. No soportaba la idea de imaginarse a Libby en la cama con otro hombre. La quería para él. Sólo para él. Todas las noches soñaba con ella, pero ahora Libby estaba con Harley, Julie se lo había jurado y él no podía soportarlo.

—¿Crees que Harley te va a prestar el dinero para mantener el rancho hasta que encuentren a Janet? —dijo él—. Tengo entendido que no ha visto dos centavos juntos en su vida.

Libby recordó las letras pendientes de la hipoteca. En otra época hubiera pedido ayuda a Jordan, pero ahora no. No después de lo que le había dicho.

—Eso no es asunto tuyo, Jordan —le dijo, orgullosa.

—No esperes que yo te lo preste.

—Jordan, no te pediría un préstamo ni aunque ardiera la casa hasta los cimientos —le aseguró ella sin pestañear—. Ahora, si me disculpas, quiero aprovechar la hora de comer.

Libby empezó a rodearlo pero Jordan la sujetó por el brazo y la llevó hacia el estrecho callejón que había entre las oficinas de Kemp y la plaza principal. Era una calle cerrada al tráfico, lejos de miradas curiosas. Mientras ella se preguntaba qué querría, él la pegó de espaldas a la pared de ladrillo rojo y la besó.

Libby trató de zafarse de él, empujándolo con las manos, pero sólo logró que él moviera ligeramente las caderas fuertes y duras y las pegara contra las suyas. Libby se estremeció al sentir las manos masculinas acariciándole lentamente la cintura y el estómago mientras el beso continuaba. No podía respirar. No quería respirar. Su cuerpo ansiaba más del cálido y embriagador tormento. Gimió roncamente bajo la fuerte presión de la boca masculina. Jordan alzó la cabeza unos centímetros y la miró con los ojos cargados de posesión y deseo. ¿Es que Libby no se daba cuenta de que no podía estar cerca de ella sin dejarse llevar por la tentación? No, no tenía ni idea.

—Sigues deseándome —masculló él—. ¿Crees que no lo sé?

—¿Qué? —murmuró ella, incapaz de pensar. Sólo sentía el placer que le producía estar tan cerca de él, notar el torso masculino pegado al suyo. Era una sensación celestial pero no se atrevió a dejárselo ver—. ¿Pretendes demostrar algo? —murmuró ella, obligándose a empujarlo en lugar de abrazarlo.

—Que Harley no es de mi liga —respondió él con voz ronca y arrogante. Y sobre su boca añadió—: De hecho, tú tampoco, monada.

Libby quiso responderle con algo ingenioso, pero las sensaciones que Jordan producía en su cuerpo eran hipnotizantes, narcóticas. Notó cómo Jordan metía una pierna entre las suyas. Estaban a plena luz del día, en medio de la ciudad, él estaba haciéndole el amor contra la pared y a ella no le importaba. Se movió contra él, le ofreció los labios, lo acarició con las manos, con los dedos, como si el mañana no existiera. Lo único que importaba en aquel momento era Jordan y el deseo que se había apoderado de todo su ser. Su cuerpo palpitaba a la vez que su corazón. Estaba ardiendo de pasión, y no podía parar. Quería...

Unas voces que se acercaban les hicieron separarse de repente. Jordan dio un paso atrás, con la cara rígida como una careta. Ella lo miró, con los labios enrojecidos e hinchados, los ojos nublados y la mirada confusa.

El bolso de Libby estaba en el suelo. Jordan se agachó y se lo dio. Ella se lo colgó del hombro. Quería decirle que Harley era mejor amante que él, hacer algún comentario que le doliera, pero no pudo. El estado de Jordan tampoco era mucho mejor. A pesar de los celos que sentía de Harley, se dio cuenta de que la reacción de Libby no era la de una mujer experimentada. Cuando Julie lo besaba lo hacía con todo su cuerpo, ofreciéndose a él, dispuesta a todo. Pero él no podía acostarse con ella porque no la deseaba. No era que no pudiera, como Julie había insinuado sarcásticamente en alguna ocasión, era que no quería. Todo lo contrario que con Libby. Cada vez que la miraba, ardía en deseos de hacerla suya. Hasta ese momento nunca había deseado a ninguna mujer hasta la locura, y era precisamente la mujer que no podía tener.

—Las mujeres y sus malditas ambiciones —masculló él, furioso —. Maldito Harley. Y maldita tú, Libby.

—Maldito seas tú también, Jordan —respondió ella—. Y no

esperes que te meta en más callejones y te haga el amor, si piensas seguir con esa misma actitud.

Sin esperar respuesta, Libby se alejó, antes de que Jordan tuviera tiempo de darse cuenta de lo que le había dicho. Él tuvo que reprimir una carcajada. El asunto no era para reírse.

Tras el inquietante encuentro con Jordan en el callejón, Libby pensó que sería mejor dejar el rancho y vivir en otro lugar, pero Kemp la disuadió, diciéndole que tenían que mantener su presencia en la propiedad para que Janet no pudiera utilizarlo en su contra ante un tribunal.

—Es que Jordan me está volviendo loca —se quejó ella—. Y cada vez que miro por la ventana, allí está el coche de Julie, camino de su casa.

—Lo está engatusando —dijo Kemp—. Esa mujer no es de fiar. Daría cualquier cosa por escucharla admitir lo que le hizo a Shannon Culbertson en aquella fiesta.

—¿Usted cree que fue ella?

—Era la única que tenía motivos —dijo Kemp, encogiéndose de hombros—. Las dos se presentaban a presidenta de clase y Julie quería ganar. No creo que pensara matarla, sino dejarla con uno de sus novios para que arruinara su reputación. Pero le salió el tiro por la culata. Al menos, ésa es mi opinión. Y si esto algún día sale a la luz, será el fin de su padre.

—¿No está ya bastante afectado por las acusaciones de conducir borracho? —preguntó Libby.

—Él y sus amigos en el Ayuntamiento están intentando que se retiren los cargos y que despidan a los policías que lo arrestaron.

—No creo que el jefe Grier lo permita —dijo Libby.

—Ni yo. Grier no es como su predecesor, Chet Blake, que ponía los intereses de los políticos por encima de la ley —continuó Kemp —. Además, hay mucha gente cansada de la gestión local. Hay problemas con los residuos sólidos, con la conservación del agua, con el departamento de bomberos y estamos perdiendo ingresos porque nadie se atreve a hablar de subir los impuestos.

—No lo sabía.

—Grier sí —dijo Kemp y sonrió—. Va a poner esta ciudad patas arriba, ya lo verás. Y falta que le hace.

—¿Cree que se quedará aquí?

Kemp asintió.

—Ya ha echado raíces —dijo—. Aunque aún no sabe lo arraigadas que están.

Como todo Jacobsville, Libby conocía parte de la vida privada de Cash Grier. Había salido en todos los periódicos sensacionalistas del condado, aunque nadie conocía con exactitud cuál era la situación entre él y la mujer que llevaba un tiempo viviendo como invitada en su casa, Tippy Moore. Kemp se puso en pie y vaciló unos momentos antes de preguntar:

—¿Has hablado con Violet últimamente?

—Ha adelgazado y se ha rizado el pelo.

Sin poderlo evitar, Kemp sonrió.

—No pregunto por su aspecto físico —dijo—. Quería saber si le gusta su nuevo trabajo.

—Mucho —respondió Libby—. Y el sábado por la noche tiene una cita con mi hermano.

—¿Tu hermano la conoce?

Libby asintió.

—También está trabajando para Duke Wright.

—¿Desde cuando? —exclamó el abogado—. Era la mano derecha de Jordan.

Libby desvió la mirada.

—Ya no. Jordan dijo unas cosas desagradables sobre mí y Curt se despidió.

Kemp maldijo en voz baja.

—No entiendo cómo un hombre que estaba tan preocupado por vosotros dos hace apenas unas semanas se ha convertido de repente en vuestro enemigo. Supongo —añadió—, que Julie Merrill tiene mucho que ver.

—Tengo entendido que está loco por ella.

—Loco de remate, eso es lo que está —dijo dándose la vuelta para ir a su despacho—. Y si no tiene cuidado, acabará hundiéndose con Julie y su padre.

—He intentado advertirle pero me acusó de estar celosa.

Kemp la miró con curiosidad.

—¿Y no lo estás? —preguntó. Libby no dejó que su cara reflejara sus verdaderos sentimientos.

—¿De qué me serviría, señor Kemp? A la gente le caes bien o no

le caes bien.

Kemp pensó para sus adentros que por parte de Jordan había mucho más que un simple caer bien, pero no hizo ningún comentario.

—Si no te importa, trae tu cuaderno y ven a mi despacho, Libby. Quiero que vayas a ver unas cosas a la biblioteca de los juzgados.

—Sí, señor.

Libby iba caminando hacia los juzgados cuando se encontró con Calhoun Ballenger, que salía en aquel momento.

—Precisamente la mujer que estaba buscando —dijo él—. Contando con que gane la nominación a la candidatura demócrata en las primarias, ¿querrás unirte a mi equipo para la campaña electoral en tu tiempo libre?

Libby contuvo la respiración.

—Señor Ballenger, me sentiré muy halagada.

—Necesito alguien que redacte publicidad, y Duke Wright me ha dicho que tienes un gran dominio de la lengua. ¿Te interesa?

—¡Ya lo creo! —le aseguró ella sin pensárselo.

—Estupendo. Pásate por el rancho el sábado a la una. También he invitado a un grupo de personas.

—¿A los Merrill o a Jordan Powell? —preguntó ella preocupada.

—Jamás invito a mis rivales políticos a reuniones de mi equipo —dijo él—. Además, Jordan y yo no nos hablamos.

—Es un alivio —dijo ella sinceramente.

—¿Así que tú tampoco te llevas bien con él?

—Ni yo ni la mitad del condado —dijo ella.

—Más de la mitad, si no me equivoco —respondió el candidato a senador con un suspiro—. Un puñado de importantes ciudadanos demócratas ha decidido brindarme su apoyo en esta campaña —explicó sonriendo—. Entonces, nos vemos el sábado.

Libby se despidió de él y entró en el vestíbulo de los juzgados. Allí estaba Jordan Powell, mirándola como si quisiera matarla.

—Veo que eres amiga de Calhoun Ballenger —dijo él por todo saludo.

—Voy a trabajar en su campaña electoral —respondió ella con una altiva sonrisa.

—Perderá —aseguró él—. No lo conoce nadie.

Libby le sonrió.

—Pero no lo han arrestado por conducir borracho.

Los ojos de Jordan echaban chispas.

—Fue una trampa —respondió él—. Los policías de Grier se inventaron las pruebas.

—El jefe Grier es un hombre honesto y justo —dijo ella, furiosa —, y jamás pediría a sus hombres que hicieran una cosa así.

—Pronto dejarán de ser sus hombres.

—Te crees todo lo que te dice Julie, ¿verdad, Jordan? —preguntó Libby, en tono sereno—. Todos los concejales del Ayuntamiento son hombres que en el pasado tuvieron los grandes negocios de Jacobsville y todo el poder, pero ya se han quedado atrás. Sus negocios han perdido fuelle y necesitan dinero en metálico. Aunque algunos aún no se han dado cuenta, ya no tienen el poder de antaño, y si crees que el jefe Grier va a permitir que un político pisotee a sus hombres sin razón, estás muy equivocado.

Jordan no respondió enseguida. Se quedó mirando a Libby hasta que ésta se ruborizó.

—Jamás pensé que algún día te pondrías en mi contra, después de lo que he hecho por tu hermano y por ti —dijo él. Ella estaba pensando lo mismo. Pero ahora que estaba bajo la influencia de Julie Merrill, Jordan Powell no era la misma persona que se había ofrecido a ayudarlos tras la muerte de su padre.

—Has hecho mucho por nosotros, Jordan —reconoció ella—. Y siempre te estaremos agradecidos por ello. Pero tú fuiste quien primero se puso contra nosotros cuando te quedaste de brazos cruzados y permitiste que Julie me insultara y me humillara delante de un montón de gente.

En los ojos de Jordan hubo un destello que casi parecía de remordimiento.

—Tuviste bastante apoyo.

—Sí. Harley Fowler. Al menos él me defendió.

—Tú fuiste la primera en tratar mal a Julie en tu oficina —dijo él.

—¿Por qué no le preguntas a Kemp cómo empezó?

—Kemp odia a Julie —dijo él, bruscamente—. Estoy trabajando para el senador Merrill y conseguiré que sea reelegido. Tú ponte de parte de los alborotadores si quieres, pero después no esperes que vaya a verte con el sombrero en la mano a pedirte perdón.

—Nunca lo he esperado, Jordan —dijo ella—. No soy nadie en Jacobsville, soy muy consciente de ello. No soy sofisticada, ni elegante, ni rica, y no tengo modales. Por otro lado, tampoco aspiro a entrar en la alta sociedad.

—Mejor. Nunca encajarías —masculló él. Libby sonrió con tristeza.

—¿Y crees que tú sí? Puede que tengas mejores modales que yo, y más dinero, pero tu padre era pobre, y ninguno de tus nuevos amigos de clase alta lo olvidará jamás. Aunque tú lo hagas.

Jordan hizo un comentario muy desagradable y Libby se ruborizó pero no se dejó amedrentar.

—Tranquilo, sé cuál es mi sitio, señor Powell —respondió ella sólo para irritarlo—. Soy un problema insignificante que tú has tirado a la cuneta. No lo olvidaré —ahora era él quien se estaba sintiendo insignificante. Y no le gustaba nada—. Gracias por apoyarnos cuando más te necesitábamos —añadió sin alzar la voz —. Y no te preocupes, no venderemos el rancho a ningún promotor.

—Si es que os hacéis con el título de propiedad —dijo él, en tono helado. Libby se encogió de hombros.

—Eso no está en nuestras manos.

—Kemp hará lo que pueda por vosotros —dijo él, con remordimientos, sabiendo que ni Curt ni Libby tenían dinero para pagar un abogado.

Sabía que Janet seguía desaparecida y que el detective privado de Kemp no había averiguado nada sobre ella, y estaba seguro de que Curt y Libby no tenían dinero para cubrir los gastos del rancho.

—Supongo que a Curt le gusta trabajar para Wright —preguntó a regañadientes.

—Sí, está muy contento.

—Julie tiene un primo que doma caballos. Está trabajando en el puesto que ha dejado Curt. También se ocupa de los dos pura sangre ingleses que he comprado.

—Qué bien. Ya veo que a Julie le gusta mantenerlo todo en familia —dijo ella.

—¿Mantener qué en familia? —preguntó él, dirigiéndole una mirada fulminante.

—Tu dinero, Jordan —respondió ella.

—Tú tampoco lo habrías rechazado si te hubiera dado la

oportunidad —la acusó él en un tono lleno de sarcasmo—. Sabías bien cómo hacerme la pelota.

—¿Quién besó a quién en el callejón? —le espetó ella con la voz enronquecida. A Jordan no le gustó recordar aquel episodio y se echó el sombrero hacia adelante para que le cubriera los ojos.

—Un momento de debilidad. No debía haber pasado. Ya no soy un hombre libre.

Insinuando que Julie y él eran mucho más que amigos, pensó Julie. En ese momento apareció Julie, tan elegante y fría como de costumbre, y cuando vio a Libby hablando con Jordan, apretó los labios con rabia.

—¡Jordan! ¡Vámonos! —gritó irritada.

—Sólo estaba hablando con él, Julie —dijo Libby a la otra mujer con una sonrisa vacía.

—Ni se te ocurra tocarlo —le espetó ésta—. Jordan es mío.

—Querrás decir que su dinero es tuyo, ¿no? —aventuró Libby. Julie levantó la mano y le dio una sonora bofetada en la cara con todas sus fuerzas.

—¡Maldita seas!

A Libby le sorprendió la inesperada y colérica reacción de la mujer pero no devolvió el golpe. Sólo se quedó muy quieta, sin decir nada, mientras la gente se arremolinaba a su alrededor, escandalizada ante el incidente. Uno de los presentes era la agente Dana Hall, una de las dos policías que habían arrestado al senador Merrill por conducir borracho. La mujer policía se acercó a Libby.

—Eso es una agresión, señorita Collins. Si quiere presentar cargos, puedo arrestar a la señorita Merrill aquí mismo.

—¡Arrestarme a mí! —explotó Julie—. A mí no me puede arrestar.

—Por supuesto que puedo. ¿Desea presentar cargos, señorita Collins? —insistió la policía.

Libby miró a Julie Merrill, preguntándose qué tal quedaría su foto en la portada del periódico de Jacobsville.

—¿No sería añadir otro problema a la campaña electoral de tu padre? —preguntó Libby en tono sereno. Julie miró a Jordan, se echó a sus brazos y rompió a llorar.

—¡Jordan, va a hacer que me arresten!

—No —dijo Jordan mirando furioso a Libby—. No se atreverá.

Libby ladeó la cabeza.

—¿No? Fíjate en mi mejilla, Jordan.

Estaba roja y tenía la marca de una mano.

—Me ha insultado —gimió Julie—. Tenía todo el derecho a defenderme.

—Ella no la ha pegado, señorita Merrill —dijo la agente Hall—. Golpear a otra persona es delito, independientemente de la provocación.

—¡No quería hacerlo! —volvió a gemir Julie. Pero en sus ojos no había ni rastro de humedad—. Por favor, Jordan, no permitas que me metan en la cárcel.

Libby y la agente Hall intercambiaron una mirada.

—Los hombres son tan crédulos… —comentó Libby sin mirar a Jordan—. Está bien, Julie, como quieras, pero más vale que aprendas a derramar lágrimas además de gemidos entrecortados si quieres convencer a otra mujer de que estás llorando.

—Jordan, ¿podemos irnos? Estoy fatal —gimió de nuevo Julie.

—Peor estarás cuando tu padre pierda las elecciones, Julie —dijo Libby, y subió las escaleras con la agente Hall a su lado. Ni siquiera volvió la cabeza para mirar a Jordan.

Capítulo 7

La reunión de Calhoun Ballenger con su equipo de voluntarios fue una agradable sucesión de sorpresas. Libby se vio trabajando codo con codo con mujeres que sólo conocía de nombre, pero que no la miraban por encima del hombro por no pertenecer a su misma clase social. También estaba Violet, que nada más verla le dio un fuerte abrazo.

—¡Esto es fantástico! —exclamó Violet—. Echaba de menos trabajar contigo.

—Y yo contigo, Violet. Estás guapísima.

Violet sonrió. Había adelgazado al menos dos tallas, se había rizado el pelo y llevaba un vestido escotado que marcaba el tamaño de sus pechos, la delgada cintura y generosas caderas, todo ello completado con un par de zapatos de tacón alto.

—He trabajado mucho en el gimnasio —confesó Violet. Aún estaba riendo cuando sus ojos colisionaron con los de Blake Kemp, que la miraba desde el otro extremo de la sala. Violet se puso seria de repente y desvió los ojos.

—Perdona, Libby. He venido con Curt. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no —dijo Libby—. Hacéis una estupenda pareja.

—¿Sigue contenta con Duke Wright, señorita Hardy? —dijo una voz en tono frío a la espalda de Libby.

Era Blake Kemp, que estaba expresando con los ojos lo mucho que le gustaba el cambio en el cuerpo y el estilo de vestir de Violet.

—Muy... contenta, señor Kemp —respondió Violet, juntando las manos, nerviosa—. Si me disculpa...

—Ha adelgazado —dijo Kemp.

—¿Y usted lo ha notado?

Los músculos del rostro masculino se tensaron.

—Está... muy guapa.

Violet se quedó boquiabierta. No sabía qué decir. Alzó los ojos hacia los de Kemp y los dos se quedaron mirándose un largo momento, sin hablar ni moverse.

—¿Cómo está su madre? —preguntó él, moviendo las piernas.

—No muy bien —dijo ella tragando saliva—. ¿Sabe algo de... la exhumación?

—Aún están evaluando los restos del señor Collins —dijo el abogado.

—Oh. No lo sabía, Libby, lo siento.

—Y yo lo siento por ti —dijo Libby.

Tras un silencio, Kemp rozó ligeramente con los dedos los nuevos rizos de Violet.

—Me gusta su pelo —dijo él—. Le hace los ojos más... azules.

—¿Sí? —balbuceó ella sin dejar de mirarle a los ojos, como si hubiera encontrado un tesoro escondido.

Libby se disculpó y se reunió con su hermano Curt, que estaba hablando con el jefe de policía Cash Grier. En ese momento, Calhoun Ballenger se acercó al trío.

—¿Qué tal está Tippy? —preguntó.

—Mejor, gracias, aunque a ratos aún lo pasa mal.

Todos recordaron lo que había sufrido Tippy a manos de sus secuestradores. Había salido en todos los periódicos, aunque ahora nadie mencionó lo que habían publicado: que Tippy había estado embarazada de unas semanas, que el padre de su hijo era Cash y que había sufrido un aborto pocos días antes del secuestro. Diplomáticamente, Libby cambió de tema.

—El señor Kemp me ha dicho que puede colocar pósters de su campaña en las ventanas del bufete —le dijo a Calhoun—, y Barbara asegura que puede poner todos los que quiera. Dice que no perdonará nunca a Julie Merrill que le montara semejante escena en la cafetería.

Calhoun rió.

—Nadie quiere que vuelva a salir elegido el senador Merrill —aseguró—. Todo el mundo quiere que cambien las cosas de una vez por todas.

En las semanas siguientes la campaña electoral en Jacobsville siguió su curso, y también las autopsias de Riddle Collins y el señor Hardy

en Austin. El primero en tener los resultados fue Blake Kemp, que se acercó a la mesa de Libby y esperó impaciente a que ésta terminara de hablar por teléfono.

—No han encontrado pruebas de juego sucio, Libby —dijo sin más preámbulos.

—¿Significa eso que no lo hubo?

—Casi con toda certeza —repuso Kemp—. En el laboratorio han confirmado el informe del forense: infarto de miocardio. Por lo que al menos esta vez Janet se libra.

Libby apoyó la espalda en el respaldo de la silla y dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias a Dios. Jamás me habría perdonado si Janet lo hubiera envenenado delante de nuestros propios ojos.

Kemp asintió.

—Pero en el caso del padre de Violet sí han encontrado veneno.

Libby se irguió en la silla.

—¿Lo sabe ella?

—No, voy a ir a decírselo personalmente. Después la llevaré a casa para hablar con su madre. Necesitará tener a alguien a su lado.

Era cierto, pensó Libby, alegrándose de que ese alguien fuera Blake Kemp. Violet iba a necesitar un hombro sobre el que llorar.

—Llamaré a Curt y se lo diré —dijo Libby.

—Dame media hora antes —le pidió su jefe—. No quiero que se entere por él.

A Libby le extrañó pero no quiso hacer ninguna pregunta.

—Está bien.

—Gracias.

—¿Y Janet? —preguntó Libby—. Aún no la han encontrado.

—La encontrarán. Sólo hace falta un testigo que la sitúe con el señor Hardy la noche que murió, y podremos detenerla por asesinato —le explicó él—. No pierdas la esperanza. No se largará con vuestro dinero, te lo prometo.

—Gracias —dijo Libby con una sonrisa.

Pero en realidad no estaba tan convencida. Además, aún quedaba la legalización del testamento y, mientras no se hiciera, ni ella ni Curt podían hacer nada. Cuando llegó a su casa, encontró un mensaje del banco en el contestador, recordándoles que el pago de la letra de la hipoteca llevaba tres días de retraso y que se pusieran en contacto

con ellos lo antes posible.

Libby se sentó junto al teléfono. Curt ya le había dicho que aquel mes no podrían hacer frente a los ochocientos dólares de la hipoteca. Jordan también le había asegurado que él no iba a prestarles el dinero, y ella no sabía a quién más se lo podía pedir. Se cubrió la cara con las manos y dejó que las lágrimas cayeran lentamente por sus mejillas. Si el banco ejecutaba la hipoteca, los desahuciarían y perderían su hogar.

Fue al establo y empezó a peinar a Bailey, el caballo de su padre y el único animal que les quedaba. El establo tenía goteras. Afuera empezaba a llover y Libby notó las gotas que le caían en el hombro a través de una grieta que un pequeño tornado había producido hacía un mes en el tejado de uralita. La paja que cubría el suelo también necesitaba ser reemplazada, pero la cosecha de heno se había echado a perder con las inundaciones y si querían más tendrían que comprarla.

—Bailey, no sé qué vamos a hacer —suspiró mientras cepillaba al caballo.

El sonido de un vehículo aparcando fuera atrajo su atención. A la entrada del establo estaba el todoterreno de Jordan. Éste bajó del vehículo y caminó hacia ella a grandes zancadas.

—¿Qué quieres? —preguntó ella sin dejar de cepillar a Bailey.

—Mis dos pura sangre ingleses han desaparecido.

Libby se volvió a mirarlo.

—¿Y crees que los hemos robado nosotros? —preguntó ella, incrédula—. ¿De verdad crees que mi hermano y yo somos capaces de robarte algo aunque nos muriéramos de hambre?

Jordan apartó los ojos, como si la pregunta lo hubiera herido.

—Vete, por favor —dijo con los dientes apretados. Jordan hundió las manos en los bolsillos y dio un paso más hacia ella.

—Este caballo no sirve para nada —dijo.

—Es mi caballo —contestó ella—, y no pienso deshacerme de él. Pase lo que pase.

Libby sintió el cuerpo de Jordan, fuerte y enjuto, a su espalda.

—Libby —empezó él—, sobre la hipoteca...

—Curt y yo lo estamos solucionando, gracias —dijo ella, sin volverse. Las manos grandes y sólidas cayeron sobre sus hombros y Libby dio un respingo.

—El presidente del banco es amigo de los Merrill.

Libby se apartó de él y lo miró con todo el temor reflejado en sus grandes ojos verdes.

—Sin Janet no nos pueden hacer nada —dijo ella—. Es la única con poder notarial.

—Ya lo sé, maldita sea —masculló él—, pero eso no impedirá que el banco ejecute la hipoteca, ¿no te das cuenta? No podéis pagar las letras.

—Eso no es asunto tuyo —dijo ella con amargura.

—Puedo hablar con el presidente de otro banco que quizá pueda daros algo por la tierra. Lo mejor es que vendáis el ganado y mantengáis la casa.

Libby apenas podía hablar. Curt y ella no tenían ninguna alternativa, y Jordan tenía que saberlo. En ese momento, habría podido odiarlo.

—No podemos vender nada —explicó ella—, ya te lo he dicho. Ni siquiera una silla. Y vamos a tener que dejar que el banco ejecute la hipoteca, porque Janet nos tiene con las manos atadas. Vamos a perder todo por lo que trabajó mi padre toda su vida...

El labio inferior le temblaba y ni siquiera pudo terminar la frase. Jordan dio un paso hacia ella y la envolvió en sus brazos, sosteniéndola mientras ella lloraba.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gimió ella tras unos minutos, golpeando con el puño el pecho masculino.

—No lo sé, cielo —le susurró él al oído en un tono tranquilizador—. Ojalá lo supiera.

Ella se acurrucó contra su cuerpo, hundiéndose en el placer de estar tan cerca de él. Hacía mucho tiempo que Jordan no la abrazaba. La mano de Jordan le acarició suavemente el pelo.

—Hueles a rosas, Libby —murmuró él.

La presión de sus manos cambió de forma muy sutil. Libby notó la repentina rigidez que tensó el cuerpo masculino y la creciente calidez de su abrazo. Pero Jordan se había puesto de parte de Julie y contra ella, y ella ya no se sentía tan cómoda en sus brazos. Intentó zafarse de él pero Jordan no se lo permitió.

—No me rechaces —masculló él—. Sabes que no quieres hacerlo.

—¿No?

Jordan levantó la cabeza y la miró a los ojos verdes, aún humedecidos por las lágrimas.

—No has dejado de desearme.

—También me gusta el chocolate, Jordan, pero me da dolor de cabeza, así que no lo tomo —dijo ella.

—Muy graciosa —contestó él—. ¿Crees que podrás convencerme?

—Por supuesto —mintió ella.

—Ahora lo veremos —dijo él, riendo.

Jordan se inclinó hacia ella y acarició con los labios, lentamente y con infinita ternura, la boca femenina en algo que quería y no quería ser un beso. Libby hizo un esfuerzo para no reaccionar, pero tras unos segundos su cuerpo la traicionó y se relajó al calor del cuerpo masculino que, al notar el cambio, la envolvió en sus brazos y la besó otra vez, ávidamente, sin la ternura de unos segundos antes.

Libby gimió e intentó protestar, pero casi sin darse cuenta se vio alzada en volandas y tendida sobre una paca de heno, con el cuerpo de Jordan cubriéndola por completo.

—No, Jordan —protestó débilmente.

—Sí —gimió él. Deslizó una pierna entre las de ella a la vez que sus manos grandes y cálidas le acariciaban el vientre, el estómago, el pecho—. No pienses —susurró él sobre sus labios entreabiertos—. Déjate llevar. No te haré daño.

—Lo sé —susurró ella—, pero...

Jordan le mordisqueó el labio inferior para interrumpirla. Con los pulgares buscó y encontró por encima de la tela los pezones endurecidos, que acarició hasta que Libby se estremeció de placer. Jordan levantó la cabeza y siguió acariciándola, sin dejar de mirarla a los ojos. Si Libby estaba acostumbrada a aquel tipo de juego preliminar, no lo parecía. La joven estaba sucumbiendo a él totalmente fascinada por las sensaciones que Jordan despertaba en su cuerpo, y le gustaba.

Seguro que entregarse a algo tan maravilloso no podía estar mal, pensó ella. Las manos de Jordan en su cuerpo estaban despertando sensaciones que no había podido ni imaginar. Eran oleadas de un placer caliente y arrollador que la recorrían de la cabeza a los pies con cada caricia, con cada roce. Él la acariciaba y ella quería más.

Jordan la besó y ella se arqueó hacia él. Después le rodeó una pierna con la suya y gimió cuando él aceptó la callada invitación y buscó un contacto más íntimo con su cuerpo. Libby sintió la excitación de Jordan, notó cuánto la deseaba, y quiso quitarse la ropa e invitar a sus ojos, sus manos, su cuerpo a que se rindiera completamente con ella. Quería sentir el éxtasis que estaba segura de poder sentir con él. Jordan era un amante sensible y experto, y sabía que le proporcionaría todo el placer que ella podía imaginar y más.

Las manos masculinas se deslizaron bajo la blusa, desabrochando botones, invadiendo el encaje de la ropa interior, apoderándose de ella. Libby notó los dedos de Jordan rozándole la piel sensible del pecho, acariciándole los senos desnudos, en una intimidad que no había compartido nunca con nadie. Dejó escapar un gemido de pasión. Jordan le levantó la blusa y el sujetador hasta la garganta y buscó los senos femeninos con la boca. El contacto cálido y húmedo fue estremecedor. Libby se tensó con la oleada de placer que le produjo. Jordan la saboreó en un silencio roto sólo por sus jadeos y los suspiros que sus caricias arrancaban de los labios femeninos.

—Sí —gimió él, abriendo la boca—. Sí, Libby. Sí, aquí. Tú y yo. Yo puedo proporcionarte más placer de lo que jamás soñó ese maldito Harley.

Harley. Harley. El cuerpo de Libby se tornó frío.

—¿Harley? —susurró ella.

—Has sido suya.

—Para nada —exclamó ella con incredulidad.

Jordan frunció el ceño, atrapado entre la insana necesidad de poseerla y los celos de otro hombre. Libby se aprovechó de aquel momento de indecisión para zafarse de su abrazo y cerrarse la blusa. Se puso en pie y salió al pasillo del establo, cerrándose los botones. La cara le ardía de vergüenza al pensar en lo que había estado a punto de hacer. Tenía el pelo y la ropa llenos de paja, los ojos verdes desorbitados, las mejillas encendidas y la boca hinchada.

Jordan se levantó y echó a andar hacia ella. Sin el sombrero, tenía el pelo despeinado y por la camisa medio abierta se adivinaba el pecho musculoso cubierto de vello.

—Vuelve —dijo roncamente.

—¡No! —exclamó ella firmemente, temblando—. No pienso ser la suplente de Julie Merrill.

Aquella frase hizo que Jordan se detuviera en seco.

—¿Te acuerdas de Julie? ¿Tu novia? —insistió Libby temblando —. ¿Qué pensaría si te viera ahora?

Jordan se irguió, no sin esfuerzo. Su cuerpo ardía de deseo. Nunca había deseado a nadie como deseaba a Libby.

—Julie no tiene nada que ver con esto —masculló él—. Te deseo a ti.

—¿Por cuánto tiempo, Jordan? —el tono de Libby era mordaz—. ¿Diez minutos? ¿Veinte?

Jordan parpadeó. No podía pensar.

—Yo no soy la aventura de una noche para nadie —le espetó ella furiosa—. Ni siquiera para ti.

Jordan respiró profundamente un par de veces. La estaba mirando y lo único en que podía pensar era lo maravilloso que era sentir la piel y el cuerpo femenino bajo sus manos.

—Quiero que te vayas —repitió ella cruzando los brazos sobre el sujetador desabrochado. Al notar los contornos de los senos y los pezones hinchados, recordó con vergüenza el placer que Jordan le había proporcionado con la boca.

—Eso no es lo que querías hace cinco minutos —le recordó él. Libby cerró los ojos.

—Soy una cría y una estúpida —dijo ella en tono seco—. No sería la primera joven inocente que se deja seducir por un hombre experimentado.

—No digas tonterías —dijo él, con voz helada—. Tú no eres inocente.

—Piensa lo que quieras de mí, Jordan, ya no importa —lo interrumpió—. Tengo trabajo. ¿Por qué no te vas a casa?

El la miró furioso y frustrado por el deseo. Se maldijo para sus adentros por estropearlo todo mencionando el nombre de Harley Fowler.

—Eres una mujer muy dura, Libby —dijo—. Más dura de lo que pensaba.

—Adiós, Jordan —dijo, y se agachó para recoger el cepillo que se le había caído.

Jordan le lanzó una mirada fulminante y salió del establo. A los pocos segundos, Libby oyó un portazo y el chirriar de las ruedas del coche al dar media vuelta en el camino. Entonces se relajó. Al final había logrado zafarse de la experta seducción de Jordan, pero por los pelos. Tenía que asegurarse de no volver a estar nunca tan cerca de él. No podía confiar en él. Ahora ya no.

Capítulo 8

Janet seguía sin aparecer y el proceso de legalización del testamento aún no había empezado, pero las cosas habían cambiado mucho en Jacobsville. Libby y Curt se habían visto obligados a dejar el rancho que les vio nacer porque el banco había ejecutado la hipoteca ante la falta de pago de la letra de ese mes.

A Jordan no le dijeron nada. Curt se instaló en uno de los barracones del rancho de Wright y Libby se mudó a una pensión donde vivían otras dos mujeres solteras y trabajadoras como ella. Como no tenía dinero para pagar el alojamiento y comida de Bailey, Libby llegó a un acuerdo con el dueño de un rancho dedicado al turismo rural para que los clientes que no tenían mucha experiencia con caballos lo utilizaran para montar. Además, ella ayudaría los fines de semana. No era la solución ideal, pero era la única que tenía, y Libby esperaba que fuera temporal.

Jordan y Julie Merrill estaban prometidos, o eso era lo que pregonaba a los cuatro vientos ella, que lucía un enorme diamante en el dedo anular. Su padre se estaba valiendo de un montón de trucos sucios para hacerse con la nominación de su partido a la candidatura de senador y Julie incluso fue a un programa de televisión a hacer acusaciones contra Calhoun Ballenger.

A la mañana siguiente, Blake Kemp presentó una demanda contra ella por difamación.

—¡No ganarán este caso! —bramó Julie a Jordan—. Quiero que me consigas el mejor abogado de Austin. ¡Vamos a devolver a Calhoun Ballenger a la cloaca de donde salió, junto con esos nuevos ricos que se creen dueños del condado!

Jordan, que era uno de esos nuevos ricos, la miró.

—¿Perdona? —preguntó con frialdad.

—No querrás que me quede de brazos cruzados mientras ese imbécil le roba los votantes a mi padre.

—Tú eres quien ha hecho las alegaciones, Julie.

—A veces se tienen que hacer cosas así para ganar las elecciones.

—No pienso participar en nada ilegal —mascullό Jordan con los dientes apretados. Julie se acurrucó melosa contra él y suspiró.

—Está bien, me controlaré. Lo haré por ti, te lo prometo. Pero no permitirás que Calhoun Ballenger me demande, ¿verdad?

Jordan no sabía qué iba a hacer. No le gustaban ni el genio de Julie ni sus tácticas. Le gustaba ser su acompañante, sí, y el acceso a la élite social que tenía con ella, pero ya no era una novedad y empezaba a pensar que Julie sólo estaba con él por el dinero que él podía aportar a la campaña electoral de su padre. Libby había tratado de advertírselo y él la ignoró. Y eso le causaba remordimientos. Remordimientos y otras muchas cosas.

—Escucha, Julie, debes recapacitar. Calhoun Ballenger es un hombre importante y tiene el apoyo de mucha gente con dinero y poder. Los Hart, por ejemplo. Su hermano es el fiscal del distrito y está investigando el tema de los agentes de policía que el alcalde quiere suspender.

—Mi padre tiene el apoyo de la élite social —respondió ella.

—Sí, pero en los últimos diez años el condado ha cambiado mucho.

—¡Pero mi padre no puede perder las elecciones! —insistió ella negándose a ver la realidad—. Hace años que es senador del distrito. ¿En serio crees que Ballenger puede ganar?

—Sí, estoy convencido —dijo él—. De hecho, ya va por delante en los sondeos. Tu padre y tú os habéis granjeado muchos enemigos por el asunto de los policías, y tu actitud en público con Libby Collins no ha hecho más que empeorar las cosas.

—¿Esa mosquita muerta? —se burló ella.

—Puede que los Collins no tengan dinero, pero llevan en este condado muchas generaciones y aquí se han ganado el respeto de la gente —dijo él—. Libby es una buena persona —añadió desviando la mirada al recordar lo mal que la había tratado, y a Curt también, por culpa de Julie—. Últimamente ha sufrido unos cuantos golpes muy duros.

—Y yo también —lo interrumpió Julie que no quería seguir oyendo una palabra más sobre Libby en boca de Jordan—. Principalmente una demanda por difamación. ¿Vas a buscarme un abogado o tengo que hacerlo yo? —preguntó en tono exigente.

En aquel momento, Jordan decidió cortar por lo sano antes de que fuera demasiado tarde. Se sentía como un imbécil por su comportamiento de las últimas semanas.

—Será mejor que te lo busques tú —respondió él—. No pienso enfrentarme a Calhoun Ballenger.

—Hagas lo que hagas, esa mujer, Collins o como se llame, no volverá a dirigirte la palabra —le espetó ella, encolerizada—. ¿O no sabías que el banco ha ejecutado la hipoteca del rancho de su padre?

Jordan se quedó sin habla.

—¿Qué?

—Nadie les prestó el dinero para la letra, así que el director del banco los desahució. Mi padre tuvo una larga conversación con él.

Jordan estaba furioso. Tenía los puños apretados a los lados y los nudillos blancos.

—Eso es muy rastrero, Julie.

—A veces, si quieres ganar, hay que jugar sucio —dijo ella—. Tú eres mío, y no voy a permitir que una granjera de pacotilla te cace. Te necesitamos.

—Yo no soy tuyo —respondió él asiendo su sombrero—. Si quieres que te diga la verdad, nunca me he sentido más sucio que en este momento —dijo, y echó a andar hacia la puerta.

—¡No voy a llorar por ti, Jordan! —gritó ella encolerizada—. Necesitábamos tu dinero, pero nada más. No eres más que uno de esos nuevos ricos con un pasado que es mejor olvidar. Me arrepiento de haberte invitado a mi casa, y me avergüenzo de haberles dicho a mis amigos que me gustas.

—Entonces ya somos dos —murmuró él con la voz helada, y salió por la puerta sin volver la vista atrás.

Kemp estaba repasando unas notas con Libby cuando Jordan Powell entró en el bufete sin llamar.

—Quisiera hablar con Libby un momento —dijo solemnemente con el sombrero en la mano.

—No sé de qué —dijo ella—. Estoy muy ocupada.

—Es cierto. Tengo que estar en el juzgado dentro de media hora —añadió Kemp.

—Volveré dentro de media hora —respondió Jordan.

—Como quieras, pero yo no estaré aquí. No tengo nada que decirte —le espetó ella sin tapujos—. Me diste la espalda cuando más te necesitaba. Ahora ya no te necesito. Ni ahora ni nunca. ¿Decía, jefe? —preguntó acto seguido a Kemp.

Kemp titubeó un segundo. El abogado pudo ver el dolor reflejado en el rostro de Jordan, y tuvo la sospecha de que éste acababa de descubrir la verdad sobre Julie.

—Déjame tu cuaderno de notas —le dijo a Libby mirando la hora—. Entiendo tu letra, no hace falta que me acompañes. En serio.

Libby lo miró como si la estuviera dejando en manos de su peor enemigo y se mordió el labio inferior.

—Está bien.

—Gracias —le dijo Jordan a Kemp mientras éste recogía sus cosas.

—Me debes una —fue la respuesta del abogado antes de salir por la puerta.

Minutos más tarde Mabel también se las arregló para encontrar algo que hacer fuera de la oficina y se fue a la calle, dejando a Libby y a Jordan solos.

—He cometido muchos errores —empezó él. Odiaba disculparse y normalmente encontraba la forma de no hacerlo, pero esa vez era consciente del daño que le había hecho a Libby y no podía eludirlo —. Tienes que entender cómo ha sido mi vida. Mi familia era pobre, como la tuya. Mi madre tenía dinero, pero su padre la echó de casa cuando se casó con mi padre —tenía los ojos clavados en el suelo—. Yo quería ser alguien, Libby. Eso fue lo que quise siempre. Ganarme el respeto de la gente importante de esta ciudad. Pensé que sí salía con Julie lo conseguiría. Julie era guapa, rica y culta y vino a por mí como un huracán. Y yo me dejé llevar.

Libby, que no era guapa, rica ni culta, sintió que se le partía el corazón. Todo eso lo sabía, pero era muy doloroso escucharlo en boca de Jordan. Porque eso quería decir que los apasionados besos que habían compartido no significaban nada para él. Él quería a Julie.

—He roto con ella —añadió él. Libby no dijo nada—. ¿No me has oído? —preguntó él, impaciente. Libby lo miró con ojos desilusionados.

—La creíste. Dijo que yo me acostaba con Harley Fowler y la creíste. Dijo que yo la ataqué en esta oficina y la creíste a pesar de que me conocías. Y cuando me atacó en el Café de Barbara y en los juzgados, no dijiste nada —el rostro de Jordan se crispó—. Las palabras no significan nada, Powell —continuó ella amargamente—. Puedes pedirme perdón el resto de tu vida pero no te escucharé. Me diste la espalda cuando más te necesitaba.

—Supongo que sí —dijo él.

—Puedo entender que te sintieras halagado por Julie, pero Curt y yo lo hemos perdido todo, nuestro padre ha muerto y ya ni siquiera tenemos casa.

Jordan giró el sombrero entre las manos.

—Podéis venir a mi casa.

—Gracias —dijo ella con una risita cargada de amargura.

Jordan tenía ganas de dar un puñetazo contra algo. Estaba furioso consigo mismo por lo estúpido que había sido, por haberse dejado embaucar por Julie y por su padre, pero aún se sentía peor por haberle dado la espalda a Libby.

—Gracias por el ofrecimiento y la disculpa —dijo ella dando por terminada la conversación—. Ahora si me perdonas, tengo que seguir trabajando.

La vida siguió como siempre. Libby pasaba buena parte de su tiempo libre trabajando en la campaña electoral de Calhoun Ballenger, tratando de convencer a los votantes para que ejercieran su derecho a voto en las elecciones primarias.

—Creo que esta vez gana Calhoun —le dijo Curt a Libby al sábado siguiente, mientras comían juntos un sándwich en un restaurante cerca del bufete de Kemp.

—Sí, yo también —contestó ella—. Tiene muchos apoyos.

Curt cogió una patata frita del plato y la contempló unos segundos antes de hablar.

—¿Has sabido algo de Jordan? —preguntó antes de llevársela a la boca.

—Vino a la oficina a disculparse hace unos días —le informó Libby.

—Dicen que ahora Julie Merrill está cortejando a Duke Wright.

—Pues que tenga suerte —dijo Libby—. Duke sigue enamorado de su mujer y no es tan crédulo como Jordan.

—Jordan no era tan crédulo —dijo Curt defendiendo a su anterior jefe—, pero cuando se te presenta una mujer así, la mayoría de los hombres normales la siguen al fin del mundo.

—¿También tú?

—Yo no soy un hombre normal —respondió Curt—. Soy un vaquero.

Los dos hermanos continuaron hablando sobre lo que iba a ocurrir con el rancho y al cabo de un rato Curt frunció el ceño.

—¿Te acuerdas de cuando papá nos dijo que había hecho un testamento nuevo?

Libby pestañeó.

—No.

—Quizá tú no estuvieras. Fue en el hospital poco antes de morir. Casi no podía hablar, pero dijo algo así como que lo había puesto en un lugar seguro —explicó lentamente a medida que iba recordando la escena—. Y me acuerdo de que dos días antes de sufrir el infarto fue a San Antonio él solo, sin Janet.

Libby se concentró para intentar recordar a qué personas conocía su padre en San Antonio.

—Papá tenía una colección de monedas valorada en medio millón de dólares —continuó Curt—, y aún no ha aparecido.

—¿No crees que Janet ya la habrá vendido? —sugirió Libby.

—Cuando recogimos las cosas de papá, la caja de las monedas no estaba. Eso lo recuerdo bien. Y si Janet la tuviera, ya la habría vendido y no necesitaría el dinero del rancho. ¿Crees que papá pudo haberla llevado a San Antonio y se la dejó a alguien junto con un nuevo testamento?

Libby se levantó de la silla sin terminar de comer. Su hermano tenía razón. Tenían que tratar de encontrar la colección de monedas de Riddle Collins. Quizá con ellas encontraran también otras respuestas.

—Voy ahora mismo a decirle al señor Kemp que intente averiguarlo. Teniendo en cuenta la antigüedad de las monedas y su valor, no creo que sea muy difícil seguirles el rastro, si es que se han vendido —dijo, poniéndose en pie y colgándose el bolso al

hombro.

—Pero termina el sándwich —dijo su hermano—. Últimamente has adelgazado, hermanita.

—Desde que tuvimos que irnos de casa he estado un poco deprimida —contestó ella.

—Sí, yo también.

—Pero por fin empiezo a ver la luz al final del túnel —añadió Libby, sonriendo.

Libby estaba furiosa por no haber pensado antes en la colección de monedas de su padre, y pasó el fin de semana esperando noticias del detective que trabajaba para Kemp. Éstas llegaron el lunes por la tarde al despacho de su jefe.

—La hemos encontrado —anunció éste mientras la invitaba a sentarse en una silla frente a él—. Tu padre dejó la colección y un nuevo testamento a un compraventa con órdenes expresas de que no entregara nada a Janet bajo ninguna circunstancia. Además, el testamento es legal, redactado por un abogado y firmado por dos testigos.

—¡Mi padre lo sabía! —exclamó Libby—. Sabía que Janet quería desheredarnos.

—Y hay más —continuó el abogado—. Hay un seguro de vida a vuestro nombre por valor de medio millón de dólares que dejó con el mismo compraventa.

—No lo entiendo. Cuando el compraventa se enteró de la muerte de mi padre ¿por qué no se puso en contacto con nosotros? —preguntó Libby pensando en la cantidad de problemas que se habrían ahorrado.

—Lo intentó —dijo Kemp—, pero cuando llamó por teléfono fue Janet quien contestó y le dijo que Curt y tú estabais de viaje fuera del país. Por lo visto, ella pensaba ir a verlo, pero cuando supo que la buscaban por la muerte del padre de Violet, puso pies en polvorosa.

—Gracias a Dios —exclamó Libby—. Ahora podremos volver a casa.

—Sí, llama a tu hermano y cuéntaselo —le dijo el abogado—. Y no te preocupes, ahora todo saldrá bien.

—Sí —dijo ella. Y sin pensarlo, preguntó—: ¿Qué tal está Violet?

Kemp se levantó, hundiendo las manos en los bolsillos del

pantalón.

—Su madre y ella están muy afectadas, como te puedes imaginar. Nunca pensaron que el señor Hardy hubiera sido envenenado. De momento, he conseguido que no se publique nada en los periódicos, pero cuando detengan a Janet será difícil mantener el secreto.

—¿Puedo hacer algo?

Kemp sonrió.

—Llévales una pizza y deja que Violet te cuente cómo se siente —sugirió él—. Echa de menos trabajar aquí.

—Yo también la echo de menos a ella.

Kemp desvió la mirada.

—Le he pedido que vuelva a trabajar con nosotros.

—¿En serio? —preguntó Libby encantada.

—Me ha dicho que se lo va a pensar —dijo, y añadió—: Puedes decirle, si quieres, que andamos cortos de personal, y que la mujer que la sustituyó tuvo que dejarlo. A lo mejor siente lástima de nosotros y vuelve.

Libby sonrió.

—Lo intentaré.

—Gracias.

Capítulo 9

Al día siguiente, Kemp entró en la oficina con una caja de cartón en las manos y una sonrisa de oreja a oreja en la cara, e hizo un ademán a Libby para que lo siguiera a su despacho. Además de la colección de monedas y el último testamento de Riddle Collins, cuyos beneficiarios eran únicamente Curt y Libby, en la caja había también unas libretas de banco y varios talonarios de cheques.

—¿Qué es eso? —preguntó Libby.

—Tu padre tenía dos cuentas bancarias en San Antonio —le informó Kemp, sonriendo cálidamente—, y hay dinero más que de sobra para pagar la hipoteca del rancho y mucho más. Tu hermano y tú vais a ser ricos, Libby. Enhorabuena.

Kemp salió de su despacho para ir a los juzgados, pero al llegar a la zona de recepción del bufete se detuvo en seco. Violet estaba sentada en su mesa de siempre.

—Dijiste que podía volver —le dijo a Kemp con su voz suave. Kemp respiró hondo, sin apartar los ojos de ella.

—Desde luego que sí —dijo—. ¿Te vas a quedar?

Violet asintió con la cabeza.

—¿Te importa preparar una cafetera? —preguntó él.

—¿Normal?

—Mitad y mitad —murmuró Kemp desviando la mirada hacia la puerta—. Tanta cafeína no me sienta bien.

Y salió por la puerta dejando a Violet boquiabierta y sin saber qué decir.

—Te dije que te echaba de menos —susurró Libby antes de seguir a Kemp hasta la calle.

Libby y Curt regresaron a su casa al día siguiente, aunque allí les

esperaba una desagradable sorpresa. La casa estaba completamente patas arriba y encontraron prácticamente todos los muebles y objetos de decoración rotos o arrancados de su sitio.

—Tenemos que denunciarlo para que lo cubra el seguro —dijo Curt furioso—. Probablemente fue Janet buscando la colección de monedas. ¡Seguro que ya anda corta de dinero!

Media hora más tarde el ayudante del sheriff Hayes Carson aparcaba delante de la casa, y un minuto después lo hacía el perito, Mack Hughes.

—Gracias por venir tan deprisa —dijo Curt estrechando la mano a ambos hombres.

—Hola, Elizabeth —dijo Hayes con una sonrisa.

Hayes Carson era una de las pocas personas que llamaban a Libby por su nombre completo. Era un hombre de treinta y tantos años, alto, atlético, rubio y de ojos oscuros, y muy atractivo, con quien Libby había salido algunas veces a cenar y a bailar.

—Hola, Hayes —respondió ella con una sonrisa—. Hola, Mack.

Mientras los policías daban una vuelta por la casa comprobando los daños y haciendo preguntas sobre posibles sospechosos, hubo una repentina conmoción en la entrada principal. Era el todoterreno de Jordan, que aparcó entre los coches de los dos policías, levantando una nube de polvo y arenilla a su paso. Un minuto después, un Jordan cansado y cubierto de polvo entraba en la sala de estar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó deteniéndose en seco al ver los destrozos y buscando a Libby con los ojos.

—Alguien ha registrado la casa —dijo Hayes—. ¿Has visto algo sospechoso?

—No, pero preguntaré a mis hombres —respondió Jordan y miró a Libby un largo momento—. ¿Estás bien?

—Curt y yo estamos bien, gracias —respondió ella secamente.

Jordan miró el revoltijo de muebles, lámparas, figuritas rotas, papeles y otros objetos que se amontonaban en el suelo de la sala en total desorden.

—Para robar no hace falta destrozar todo lo que hay en una casa —comentó.

—Sí. Está hecho con mucha malicia —observó Hayes y miró a Libby—. Sé que has tenido dos encontronazos con Julie Merrill,

incluso en uno de ellos te dio una bofetada. Esa mujer también ha estado involucrada en actos de vandalismo. ¿Crees que ha podido tener algo que ver con esto?

Libby miró a Jordan, con aprensión.

—Es una posibilidad —dijo éste—. Julie estaba celosa de Libby, y yo acabo de cortar mi relación con ella y con su padre. No se lo ha tomado muy bien.

—La añadiré a la lista de sospechosos.

En ese momento, Mack llamó desde el porche de atrás.

—¡Jefe! Di a los Collins que salgan un momento, por favor.

Libby salió la primera, seguida de su hermano y los demás. Mack estaba en cuclillas junto al escalón del porche, examinando un bidón de gasolina de color rojo.

—¿Es vuestro? —preguntó a Curt.

—No —repuso éste—. Yo tengo uno para emergencias, pero lo guardo siempre en el taller.

—El seguro de la casa tiene como beneficiaria a nuestra madrastra, Janet —dijo Libby—. Supongo que si la casa se quemara, ella cobraría la indemnización.

—Bien, con ella ya tenemos dos sospechosos —dijo Hayes mientras Mack seguía recogiendo pruebas y buscando huellas—. Veremos si encontramos algo de alguna de las dos, aunque es probable que quien haya hecho esto usara guantes. De todos modos, os tendremos al tanto de lo que vayamos averiguando.

Hayes se caló bien el sombrero de ala ancha y miró a Libby desde su altura, sonriendo.

—¿Tienes algo que hacer el sábado por la noche? —preguntó—. Hay un rally electoral para los partidarios de Calhoun Ballenger en el Shea's.

—Lo sé, yo soy uno de ellos —respondió ella sonriendo a su vez —. ¿Vas a ir?

—Probablemente no me quedará otro remedio —dijo él, encogiéndose de hombros—. Seguro que alguien se toma una cerveza de más y acaba metiéndose en una pelea.

—Estupendo, entonces nos podemos ver allí —dijo ella.

Jordan lo estaba escuchando todo y no le hacía ninguna gracia. Quería decirle a Hayes que se olvidara de Libby, quería decirle a Libby lo que sentía, pero no le salían las palabras.

—Si vais a volver a vivir aquí —dijo Hayes—, será mejor que os mande a alguien por la noche.

—Gracias —contestó Libby—. Tengo una escopeta, pero ni siquiera sé dónde está.

—Podéis quedaros en mi casa hasta que Hayes detenga al responsable —se ofreció Jordan.

—No, gracias —dijo Libby, tratando de no recordar que Jordan ya se lo había propuesto antes. A pesar de sus sentimientos hacia él, no pensaba ocupar el puesto que Julie Merrill había dejado vacío en la casa y la vida de Jordan.

—Esta es nuestra casa —añadió Curt.

—De acuerdo, pero si necesitáis algo...

—Llamaremos a Hayes, gracias —dijo Libby sin mirarlo. Curt acompañó al sheriff y al perito hasta sus coches y dejó a su hermana sola con Jordan.

—Si Janet está empeñada en prender fuego a la casa para cobrar el seguro, ni Curt ni tú estaréis a salvo solos aquí.

—Hayes nos va a mandar protección —respondió ella con frialdad.

—Lo sé, pero hasta los ayudantes del sheriff tienen que ir al baño de vez en cuando —dijo él con rotundidad—. ¿Por qué no vienes a mi casa?

Libby alzó la barbilla, desafiante.

—Ésta es nuestra casa, y Curt y yo nos quedaremos aquí. Y ahora, si no te importa, tengo mucho que hacer. Gracias de todos modos.

Jordan la sujetó por la cintura desde atrás y la acercó a él. Libby sintió su aliento cálido en el pelo.

—Tenía miedo —murmuró él.

—¿De... de qué? —preguntó ella, perpleja.

—Eres muy joven —dijo él—. Y las mujeres jóvenes cambian mucho.

Libby giró dentro de los brazos masculinos y lo miró sin entender.

—¿Y qué tiene eso que ver con nada?

Jordan alzó la mano y recorrió el contorno de la boca femenina con el pulgar.

—No lo sabes, ¿verdad? No importa, algún día lo sabrás —se

inclinó hacia ella y la besó suavemente junto a la oreja, pero se apartó enseguida—. Hasta entonces, prometo cuidar de ti mucho mejor...

—Puedo...

Jordan la interrumpió.

—¡Cómo digas «cuidarme sola» no sé lo que...!

Libby le dirigió una mirada fulminante, pero Jordan no se dejó intimidar.

—No voy a dejar que te pase nada, Libby.

—No te has preocupado mucho por eso antes —musitó ella, con menos fuerza de la que hubiera deseado—. Julie es muy guapa.

—No te llega ni a la altura de los zapatos.

Libby titubeó. Pero no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente, y desde luego no iba a arrojarse a los brazos de Jordan la primera vez que él se los abriera. Lo miró con suspicacia.

—De acuerdo —dijo él, tras exhalar un hondo suspiro—. Lo haremos a tu manera. Nos vemos el sábado en Shea's.

—Pero tú eres el enemigo —le recordó ella.

—Siempre puedo cambiar de bando, ¿o no? —dijo él—. Entretanto, si me necesitas, llama. Estaré en casa. Si llamas, estaré aquí en un segundo.

Libby asintió lentamente.

—Bien.

Jordan sonrió y salió.

El sábado por la noche el Shea's estaba a rebosar. Cash Grier había acudido acompañado de su esposa Tippy, que tenía buen aspecto, pero aún presentaba algunos rasguños y cortes en la cara, fruto de la terrible experiencia que le había tocado vivir. Cuando salieron juntos a la pista de baile, Libby no pudo evitar mirarlos casi con envidia. Tippy se pegaba al cuerpo de su esposo como si estuviera en el cielo, y los dos se movían lánguidamente al ritmo de una antigua balada de amor.

—Hacen una buena pareja —dijo la voz de Jordan a su espalda. Libby alzó la cabeza y la volvió hacia él. Jordan tenía los ojos clavados intensamente en ella.

—Baila conmigo —dijo él, con voz grave, y la rodeó con sus brazos. Libby titubeó, pero sólo unos segundos. Había soñado muchas veces en los besos que habían compartido y estaba segura

de que no habría nada más entre ellos. Pero al sentirse de nuevo en sus brazos, sintió que le flaqueaban las rodillas.

—He sido un idiota —le murmuró él al oído—. Me entró miedo en el peor momento.

—Jordan...

—Perdonad la interrupción —dijo Hayes Carson con una sonrisa. Jordan se detuvo, sin reaccionar.

—Estamos hablando... —empezó a decir.

—Para hablar siempre hay tiempo. ¿Bailas, Libby? —preguntó Hayes plantándose delante de Jordan. Y se llevó a Libby entre sus brazos antes de que ni ella ni Jordan tuvieran tiempo de reaccionar.

—Eso es lo que yo llamo un hombre celoso —murmuró Hayes—. No hace falta que pregunte cómo están las cosas entre vosotros.

—Entre nosotros no hay nada —protestó Libby.

—¿Ah, no?

—Jordan no es de los que se casan —añadió ella.

—Oh —dijo Hayes con una sonrisa entre escéptica y sarcástica.

Libby se ruborizó. Desde el otro extremo del local, Jordan vio el rubor en las mejillas femeninas y tuvo que hacer un esfuerzo para no acercarse a ellos y arrancar a Libby de los brazos de Hayes.

—¿Qué demonios haces tú por aquí?

La voz de Calhoun Ballenger interrumpió momentáneamente el ataque de celos que se estaba comiendo a Jordan por dentro.

—No mucho —murmuró Jordan—. He venido a preguntarte si necesitas otro aliado. He cambiado de bando.

Calhoun arqueó las cejas con incredulidad y una décima de segundo después estalló en carcajadas.

—Bueno, no eres mal diplomático —dijo, tendiéndole la mano —. Bienvenido a bordo.

Al final de la velada, Jordan se las arregló para que Curt y Libby accedieran a que los llevara a casa, pero cuando llegaron al rancho de los Collins esperó a que Curt se bajara del coche y entrara para apagar el motor y volverse hacia Libby.

—Uno de los ayudantes de Grier ha visto a Julie con un traficante de drogas —le dijo.

—Ella se droga, ¿verdad?

—Eso explicaría su errático comportamiento.

—Lo siento —dijo Libby—. Te gustaba.

Jordan se inclinó hacia ella y la besó ávidamente, atrayéndola hacia su regazo y rodeándola con sus fuertes brazos.

—Tú me gustas —susurró él en su boca—. Más de lo que jamás pensé.

Libby tenía mil preguntas, pero no podía hablar y besar al mismo tiempo, y optó por lo segundo. Le rodeó el cuello con los brazos, se relajó contra él y lo besó hasta sentir los labios ligeramente hinchados y doloridos.

—Libby, creo que debemos empezar a salir juntos.

Libby parpadeó.

—¿Tú y yo?

—Tú y yo —dijo él. Se separó un poco y la miró posesivo—. Puedo renunciar a lo que sea, pero nunca a ti.

—Escucha, yo no tengo aventuras...

El la acalló con un beso.

—Yo tampoco. Así que supongo que, de momento, no nos acostaremos juntos.

—Pero si salimos...

Jordan sonrió.

—Tú tienes bastante autocontrol por los dos, estoy seguro —dijo —. Me ayudarás a comportarme como un caballero.

Libby se retiró un poco y bajó la mirada hasta las manos que Jordan había deslizado por debajo de su blusa. Después fijó de nuevo los ojos en él. Jordan se aclaró la garganta y retiró las manos.

—Todos tenemos derecho a algún desliz, ¿no? —dijo él con un pícaro destello en los ojos.

—Vale —rió ella.

—En ese caso —dijo él rozándole la boca con los labios por última vez—, mejor te metes en casa antes de que se me olvide ser un caballero. Cierra bien las puertas y llámame si me necesitas. A mí, no a Hayes Carson, ¿entendido?

—¿Desde cuándo me he convertido en tu propiedad personal? —preguntó ella.

—Desde el momento en que me has dejado meter las manos debajo de tu blusa —le espetó él, riendo.

Libby bajó del todoterreno medio mareada, sintiendo que todo le daba vueltas. Las cosas habían cambiado mucho en una sola noche.

Capítulo 10

En los días que siguieron Jordan pasó más tiempo en casa de Libby que en la suya. Libby y Curt pagaron la hipoteca y empezaron a comprar cabezas de ganado para el pequeño rancho que habían heredado de su padre y que pensaban mantener contra viento y marea. Janet fue detenida un par de días después en un motel de San Antonio con un hombre que resultó ser el falso abogado que había llamado a Libby para decirles que desalojaran la casa. La mujer fue acusada del asesinato del padre de Violet, pero negó rotundamente tener nada que ver con la lata de gasolina hallada en el rancho de los Collins.

Julie Merrill, por su parte, continuaba haciendo de las suyas, empeñada en lograr de nuevo el apoyo de Jordan para la carrera electoral de su padre. No era de las que se rendían fácilmente, y ahora tenía un plan. Dos días antes de la vista en la que se decidiría el destino de los dos agentes de policía que habían detenido a su padre por conducir bajo los efectos del alcohol, Julie decidió poner en marcha su plan.

Era el sábado por la mañana cuando Julie llamó a Libby al trabajo para deshacerse en disculpas por el daño que le había causado.

—No era mi intención —le aseguró Julie desde el otro lado del teléfono—. Oye, hoy sales de trabajar a la una, ¿no? ¿Por qué no vienes a comer a mi casa?

—¿A tu casa?

—Le he dicho a la cocinera que prepare algo especial, y así tendré la oportunidad de contarte mi versión de los hechos. ¿Vendrás?

Libby no lo tenía muy claro.

—No me tendrás miedo, ¿verdad? —dijo la hija del senador que no estaba dispuesta a aceptar una negativa.

—No —respondió Libby. Y tras vacilar unos segundos accedió—. Está bien. Estaré allí a la una.

—Gracias —dijo Julie con voz ronca—. No sabes cuánto te lo agradezco. Oye, ¿por qué no invitas también a tu hermano? —añadió de repente. Libby frunció el ceño.

—Curt ha ido a llevar un camión de ganado a San Antonio.

—Oh. Entonces otro día. Hasta la una —dijo Julie en un tono más alegre, y colgó.

Libby frunció el ceño. ¿Era una estúpida por aceptar aquella invitación tan inesperada? Aunque, ¿qué podía hacerle la hija del senador? Sólo faltaban tres días para las primarias, y Julie ya no tenía ningún motivo para hacerle nada. De todos modos, Libby llamó a Jordan para contárselo.

—Adivina qué ha pasado —empezó ella.

—¿Que te has dado cuenta de lo irresistible que soy y vas a venir ahora mismo a seducirme? —bromeó él—. ¿Preparo la cama?

—Hablo en serio —dijo ella.

—¡Yo también!

—Jordan —rió ella—. Me ha llamado Julie para disculparse por su comportamiento e invitarme a comer.

—¿Y vas a ir?

—¿Por qué no? —dijo ella no muy segura—. ¿No crees que estaría bien arreglar un poco las cosas?

—No lo sé. La verdad es que prefiero que no vayas. Cuando corté con ella no le gustó nada, y no me fío de lo que pueda hacer.

—¿Qué me va a hacer? —exclamó Libby—. ¿Dispararme a plena luz del día?

—Claro que no —dijo él—, pero ten cuidado. Y llámame cuando vuelvas a casa, ¿vale?

—Vale.

Sin embargo, Libby no pudo evitar sentir cierta aprensión mientras conducía a la mansión que el senador Merrill poseía junto al río Jacobs. Podía entender que Julie la invitara para disculparse por su comportamiento, pero ¿a Curt? Si ni siquiera lo conocía. De repente levantó el pie del acelerador. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? El rancho de los Collins estaba al lado del de Jordan. Julie estaba

furiosa porque Jordan había roto su relación con ella. Si la casa de Libby desaparecía, Curt y ella tendrían que mudarse de nuevo, lejos de Jordan, y Julie quizá hubiera pensando que así podría recuperar de nuevo a su ex.

Libby dio la vuelta en mitad de la carretera y enfiló hacia su casa. Apretó el acelerador a fondo, y deseó tener un teléfono móvil para poder avisar a alguien. No podía llamar a nadie, pero ahora estaba segura de lo que iba a ocurrir. También supo con total certeza que su madrastra había dicho la verdad al asegurar que no tenía nada que ver con la lata de gasolina que la policía encontró en el porche de atrás del rancho.

La pregunta era: ¿a quién había convencido Julie para prender fuego a su casa? ¿O estaría tan loca como para intentarlo ella misma?

La camioneta de Libby corría por la carretera a mucha más velocidad de la permitida. Si al menos se encontrara con un coche patrulla, del sheriff o de la policía, podría dar aviso para que alguien fuera a su casa. Aquélla fue seguramente la única vez que deseó que la detuvieran por exceso de velocidad.

Pero cuando por fin se adentró por el sendero que conducía hasta el rancho, no vio nada. Ni incendio, ni bomberos, ni sirenas. Por primera vez se dio cuenta de que todo podía ser fruto de su imaginación. ¿Por qué había pensando que Julie Merrill quería quemar su casa?

Libby se detuvo delante del rancho y decidió que de todos modos era mejor tomar ciertas precauciones. Bajó de la camioneta y rodeó el vehículo para hacerse con una barra de hierro que llevaba en la parte de atrás. Le sudaban las manos y tuvo que secárselas en los pantalones para poder sujetar bien la improvisada arma.

Rodeó la casa con pasos silenciosos pero seguros, y cuando llegó al lugar donde estaba la chimenea y se asomó, se detuvo en seco.

Allí había un hombre. Un hombre joven, de pelo moreno, con una lata de gasolina en la mano con la que iba rociando los escalones del porche de atrás mientras mascullaba algo en voz baja.

Libby cerró los ojos y pidió ayuda al cielo en silencio. En ese momento nadie más podía ayudarla. Rodeó la esquina blandiendo la barra de hierro.

—¡Ya basta, canalla! Estás en propiedad privada y vas a ir a la

cárcel. ¡La policía viene hacia aquí!

Asustado, el hombre tiró la lata y miró a Libby con los ojos desorbitados. Libby aprovechó el desconcierto para echar a correr hacia él, gritando como una loca. Casi sin poder creérselo, vio que el hombre echaba a correr a su vez y se alejaba de la casa. En ese momento, oyó un motor a su espalda. Un cómplice, sin duda, pensó ella, presa de pánico.

Jordan Powell detuvo el coche a su lado y abrió la puerta del copiloto.

—¡Sube! —gritó. Libby saltó a su lado y cerró la puerta.

—Estaba rociando con gasolina el porche de atrás —jadeó ella —. No lo dejes escapar.

Jordan siguió al hombre que corría hacia un coche destartalado aparcado no lejos de allí, y poco antes de llegar a su altura, gritó a Libby:

—¡Sujeta el volante!

En el momento exacto abrió la puerta del coche y saltó fuera, abalanzándose sobre el joven pirómano y arrojándolo contra el suelo. Cuando Libby detuvo el coche, Jordan ya lo tenía sujeto por el cuello de la camisa.

—Ahí está mi móvil. Llama a Hayes —gritó Jordan. Y zarandeando al hombre le preguntó—: ¿Quién te ha mandado hacer esto?

—Ha sido la señorita Julie —sollozó el joven—. Mi padre trabaja en su casa y robó algunas cosas. La señorita Julie me dijo que si no lo hacía lo entregaría a la policía. Me dijo que sólo tenía que quemar un poco el porche de atrás y que se olvidaría de lo de mi padre. Me aseguró que sólo quería asustarla, no quemar toda la casa.

Poco después oyeron la sirena de un coche patrulla. Era el ayudante del sheriff, Sammy Tibbs, que había estudiado con Libby en el instituto.

—¿Qué tienes ahí, Jordan? —preguntó.

—Quería prender fuego a la casa —le informó Jordan—. Libby lo ha sorprendido rociándolo todo con gasolina. Léele sus derechos y después haz lo mismo con Julie Merrill. Es quien está detrás de todo esto.

Después de leerle sus derechos, Sammy Tibbs esposó al asustado

joven, lo metió en el coche patrulla y se fue.

Jordan sujetó a Libby con fuerza y la apretó contra él.

—Cuando te he visto correr detrás de él con la barra de hierro no me lo podía creer. ¿Y si hubiera estado armado?

—Te aseguro que el tipo tenía más miedo que yo —dijo Libby.

—Libby, creo que será mejor que nos prometamos —dijo él de repente. Libby pensó que estaba teniendo alucinaciones, y así se lo hizo saber—. No estás alucinando —le aseguró él, mirándola a los ojos—. Cuando Julie se dé cuenta de que lo nuestro va en serio, te dejará en paz.

—No le tengo miedo —dijo Libby, aunque sin mucho convencimiento.

—Dame ese gusto, por favor —insistió él, inclinando la cabeza para besarla. Libby sonrió bajo los cálidos y firmes labios que rozaban los suyos.

—Te compraré un anillo —prometió él en un susurro.

—¿De qué? —preguntó ella.

—¿De qué lo quieres?

—Me gustan las esmeraldas —susurró ella, poniéndose de puntillas para rodearle el cuello con los brazos.

—Con una esmeralda, entonces.

—¿Y nadie lo sabrá?

Jordan soltó una risita y volvió a besarla.

—A lo mejor lo tenemos que contar por ahí, para que sea creíble. Y puede que incluso tengamos que casarnos, pero no te importa, ¿verdad?

Libby parpadeó.

—¿Casarnos?

—Para eso es el anillo, Libby —dijo él—. Una notificación por adelantado.

—Pero tú siempre has dicho que no querías casarte.

—Y siempre he dicho que para todo hombre hay una mujer sin la que no puede vivir —dijo él—. Y para mí esa mujer eres tú. Te he echado mucho de menos. Estas últimas semanas han sido un infierno.

—Tú querías a Julie —lo acusó ella.

—Yo quería que pensaras en lo que estaba sucediendo. Siempre has estado muy protegida y no quería que me pasara lo mismo que

a Duke Wright, cuya mujer se dio cuenta de que ya no quería seguir siendo madre y ama de casa, que quería tener una profesión y hacer carrera, y ahora el pobre hombre anda más que perdido.

—¿Eso crees que quiero yo?

—No lo sé, Libby —masculló él, angustiado—. Para mí, las cosas son o todo o nada. No puedo meter el pie en el agua para comprobar si está fría o no. Yo tengo que lanzarme de cabeza.

Libby estaba sin habla. Jordan la quería y ella no se había dado cuenta. Su hermano Curt, sí. Lo había visto hacía tiempo e intentó decírselo. Pero ella jamás imaginó que un hombre como Jordan pudiera pensar en serio en una mujer como ella. Libby abrió los labios en un ronco suspiro. Su cuerpo ardía. Nunca pensó que la vida pudiera ser tan maravillosa.

—Yo no quiero una carrera profesional —dijo ella.

—¿Y si cambias de idea?

Libby se alzó hacia él y trazó el perfil del firme mentón masculino con los dedos.

—Tengo veinticuatro años, Jordan —le aseguró—. Si ahora no sé lo que quiero, nunca lo sabré.

Capítulo 11

Jordan condujo a Libby a su casa en silencio, la hizo entrar al elegante salón y cerró la puerta a su espalda.

—¿Quieres beber algo? —preguntó yendo hacia una jarra de té frío que probablemente Amie había dejado allí, junto con una fuente con bizcocho recién hecho cubierto con un papel de aluminio —. ¿Y un poco de bizcocho?

—Sí —dijo ella.

Jordan sirvió té en dos vasos y se los dio a Libby. Después sirvió bizcocho en dos platos y los llevó a la mesa de café que había junto al sofá. Cuando Libby se sentó, vio en su plato un anillo de oro con una esmeralda.

—¡Vaya, mira esto! —exclamó Jordan—. Pero si es un anillo de compromiso. ¿Quién lo habrá dejado ahí?

Libby lo cogió, casi sin respiración.

—Es precioso.

—¿A que sí? —musitó él—. ¿Por qué no te lo pruebas? Si te sirve, a lo mejor te conviertes en una princesa de cuento de hadas y consigues un príncipe.

Libby sonrió.

—¿Tú crees?

—Cariño, casi te lo puedo garantizar —respondió él, con ternura infinita—. ¿Quieres probártelo?

Jordan contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta. Libby tuvo que contener las lágrimas. Casi no podía hablar.

—¿Por qué no me lo pones tú?

Jordan cogió el anillo y lo deslizó en el dedo anular, casi con alivio.

—Perfecto —murmuró él—. Casi como si te lo hubieran hecho a

medida.

Libby lo miró y todo el humor desapareció de su rostro.

—Te encantan las esmeraldas, lo sé —dijo él—. Lo encargué hace meses y lo metí en un cajón mientras decidía si sería un suicidio o no pedirte que te casaras conmigo. Temía que no hubieras visto suficiente del mundo o de la vida, y no estuvieras dispuesta a quedarte para siempre en Jacobsville.

—Al final te decidiste —dijo ella. Jordan le enmarcó la cara con las manos y la miró profundamente a los ojos.

—Sí. Cuando me di cuenta de que estaba saliendo con Julie para alejarte de mí. Al principio sus atenciones me halagaron, pero me sentí como un traidor cuando empezó a insultarte en público. Tenía demasiadas dudas para hacer lo que tenía que haber hecho.

—¿El qué? —preguntó ella. El se inclinó sobre los suaves labios femeninos.

—Tenía que haberme dado cuenta de que cuando amas a alguien, las cosas se arreglan —dijo él y la besó—. Tenía que haberte dicho lo que sentía y darte la oportunidad de abrir las alas si querías. Tenía que haber esperado a que decidieras qué clase de futuro querías.

Libby no podía creer que Jordan no se hubiera dado cuenta.

—Yo estaba loca por ti —susurró ella contra su boca—. Lo sabía todo el mundo menos tú.

Jordan la tumbó cuan larga era en el sofá y se tendió sobre ella, aplastándola totalmente con su cuerpo cálido y duro.

—Jordan —jadeó ella en un susurro cuando él se hizo un sitio entre sus piernas.

—No tengas miedo —dijo él—. Grita y Amie estará aquí en medio segundo. Levanta un poco.

Libby así lo hizo, y Jordan le desabrochó el sujetador y lo apartó de en medio por debajo de la blusa. El beso fue haciéndose más lento y seductor, mientras sus manos descubrían el calor de los senos desnudos y la suavidad de la piel.

A Libby se le agolpaban los pensamientos. Jordan iba a ser su esposo; ella podría pasar la noche entera en sus brazos; tendrían hijos juntos. Tras la tragedia de los últimos meses, era como un viaje al paraíso. Gimió y rodeó con sus largas piernas la cintura masculina, pegándolo aún más a ella. Sintió el poder y el calor del

cuerpo de Jordan aún más íntimamente, y abrió la boca, invitándolo a tomar posesión de ella.

—Oh, sí —gimió ella. Alzó las caderas y las movió rítmicamente con él, colgada de su cuello, jadeando y gimiendo de placer junto a su oreja—. Sí, así.

Sus gemidos arrancaron un ronco jadeo de la garganta masculina, y las manos de Jordan buscaron desesperadas la cremallera del pantalón de Libby, que ya no podía pensar en nada más.

El ruido de pasos en el pasillo penetró por fin la bruma de pasión que los envolvía. Jordan alzó la cabeza. Libby lo miró, aturdida y apenas consciente del sonido.

—Es Amie —refunfuñó Jordan—. Tenemos que parar.

—Dile que se vaya —susurró ella riendo casi sin aliento.

—Díselo tú —bromeó él, poniéndose en pie. Le dio la mano y la ayudó a incorporarse—. Luego se venga de mí en la cocina. Es capaz de preparar una sopa de calabacín que parece un estofado de ternera.

—¿La venganza de Amie?

Jordan asintió.

—La venganza de Amie —repitió él. Hizo una pausa—. Quiero casarme contigo. Lo quiero con todo mi corazón.

Libby tuvo que contener las lágrimas para responder.

—Yo también quiero casarme contigo.

Jordan la besó con tanta ternura que Libby sintió que se le estaban llenando los ojos de lágrimas otra vez. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con pasión pero él la separó.

—¿No quieres seducirme? —exclamó ella—. Una vez dijiste que podías dejarme satisfecha en quince minutos.

—Mentí —dijo él—. Necesitaría al menos un par de horas. Y Amie está impaciente esperando en el pasillo a darnos la enhorabuena. No podemos escandalizarla tan pocos días antes de la boda.

—¿Pocos días?

—Quiero que nos casemos lo antes posible —dijo él—. Sólo necesitamos los análisis de sangre, la licencia y ya tengo al reverendo. A menos que quieras una boda normal en una iglesia con cientos de invitados.

—No hace falta —dijo ella—. Si ya tienes al reverendo…

Unos impacientes golpes en la puerta la interrumpieron.

—¿Y bien? —dijo Amie desde el otro lado.

—¡Ha aceptado! —gritó Jordan. La puerta se abrió de par y par y Amie entró corriendo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Libby aborrece el calabacín —dijo él burlón.

—No volveré a prepararlo —prometió Amie. Jordan abrazó a su tía y ama de llaves. Un minuto después, Libby hizo lo mismo.

—Bienvenida a la familia —dijo la mujer.

Los días siguientes estuvieron inmersos en una gran actividad. El senador Merrill perdió la nominación a senador por el Partido Demócrata por una gran diferencia. El concejal Culver y el alcalde fueron acusados, junto con Julie Merrill, de tráfico de drogas. Julie además también había sido acusada de intentar provocar un incendio, pero estaba en libertad condicional bajo fianza hasta la celebración del juicio. El senador Merrill hizo un discurso ante las cámaras y los medios de comunicación en el que reconoció su derrota y felicitó sinceramente a Calhoun Ballenger. Todo el mundo se dio cuenta de que el senador estaba mejor desde que los escarceos delictivos de su hija habían salido a la luz. Su amor de padre lo había obligado a protegerla, y los remordimientos que lo carcomían por dentro lo habían llevado a beber en exceso, lo que a su vez provocó su detención, sus intentos de que la policía retirara las acusaciones y, finalmente, la pérdida de su escaño de senador.

Una irresponsabilidad le había costado su carrera, pero, como dijo a Calhoun Ballenger, aún tenía dinero y su casa y haría todo lo que pudiera por su hija.

Jordan por fin entendió por qué Libby trató tantas veces de alejarlo de Julie Merrill y le pidió disculpas por haber estado tan ciego. Libby las aceptó y durante la campaña electoral de Ballenger, dedicó todas sus energías a escribir los discursos del candidato demócrata a senador, un trabajo que le encantaba, pero que pensaba dejar en cuanto terminara la campaña electoral. Ella era feliz trabajando para Blake Kemp y criando una familia en Jacobsville.

La mañana de su boda, Libby casi no se lo creía.

—No puedo creer todo lo que ha pasado en dos semanas —le

dijo a su hermano Curt a la puerta de la iglesia, mientras esperaba la música del piano para dirigirse al altar—. Es alucinante.

—Para una pequeña ciudad como ésta, desde luego —dijo él—. ¿Contenta?

—Mucho —dijo con un suspiro—. Me alegro de que él también prefiera una boda pequeña —murmuró.

Curt no dijo nada, pero sus ojos brillaron divertidos al abrir la puerta principal de la iglesia. En el interior, todo Jacobsville estaba esperando a la novia con sus mejores galas. Cash Grier y Tippy. Calhoun Ballenger y su esposa Abby, junto con sus hermanos Justin Ballenger y Shelby Jacobs Ballenger. Los cinco hermanos Hart, incluido el fiscal del distrito, con sus respectivas esposas. Los Tremayne, Blake Kemp y Violet. Los doctores Coltrain, Morris y Steele con sus esposas. Eb Scott y su esposa. Cy Parks y su esposa. Todos los ciudadanos más prominentes de Jacobsville estaban allí.

—Sorpresa —le susurró Curt al oído, llevándola hacia el altar.

Libby llevaba un sencillo vestido blanco de satén con bordados de pedrería en el corpiño y mangas de gasa, acompañado de un delicado velo que le cubría la cara y los hombros. En las manos, llevaba un ramo de lirios blancos y rosas rosas. Jordan, con un esmoquin gris claro, la esperaba en el altar junto al reverendo, mirándola y sonriendo de oreja a oreja.

Después de la boda hubo una recepción en el salón de reuniones de la iglesia. Jordan y Libby se fotografiaron cortando la tarta nupcial y junto a todos sus invitados. El único momento peliagudo del día fue cuando Hayes Carson se inclinó para felicitar y besar a Libby.

—Cuidado, Hayes —dijo Jordan de pie a su lado—. Te estoy vigilando.

—Buena idea —respondió Hayes, imperturbable—. Te hacen falta unas cuantas lecciones.

Y besó a Libby con gran entusiasmo, sin importarle la fulminante mirada que le estaba dirigiendo Jordan.

Cuando por fin se quedaron solos, horas más tarde en Galveston, Jordan todavía estaba echando chispas por aquel beso.

—Hayes sólo bromeaba —dijo Libby—. Pero yo no. Llevo veinticuatro años esperando este momento y mis expectativas son muy altas.

Jordan la apretó contra él.

—Y yo pienso satisfacerlas plenamente.

—No creo que se me dé muy bien al principio —dijo ella sin aliento, cuando él empezó a desnudarla—. ¿No te importa?

Él sonrió con ternura.

—El único requisito es amor —le aseguró él—. Y eso nos sobra.

Libby se relajó un poco. Los ojos de Jordan brillaban de pasión mientras iba descubriendo la suave piel rosada bajo la tela. Nadie la había visto desnuda desde que era una niña. Jordan se dio cuenta y fue aún más delicado. Nunca había estado con una mujer virgen, pero conocía bastante a las mujeres para saber que no iba a ser ningún problema. Libby lo amaba. Y él lo que más quería era complacerla. Cuando le quitó toda la ropa menos las bragas, Jordan se inclinó y acarició con la boca la curva de sus senos. Olía a rosas. Él alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Las mujeres llevan haciendo esto desde el alba de los tiempos —le aseguró él, al ver la expresión de duda e incertidumbre en sus ojos—. Si no fuera placentero, nadie lo haría, ¿no crees?

Libby rió nerviosa.

—Sí.

Jordan sonrió con gran ternura.

—Relájate y déjame conducir. Será un viaje que no olvidarás jamás.

Libby alzó la mano hacia la corbata.

—Vale, pero puedo hacer sugerencias —dijo, y le quitó primero la corbata y después desabrochó la camisa blanca. La abrió y acarició el torso cubierto de vello oscuro bajo el que se adivinaban los músculos fuertes y duros.

Jordan la besó tiernamente y le bajó las manos al cinturón. Libby titubeó.

—No te rompas la cabeza —bromeó él. Le apartó las manos y lo desabrochó él mismo—. Iremos despacio.

—No es que sea cobarde —susurró ella, insegura—. Es que para mí es territorio desconocido. Ni siquiera he visto fotos...

Jordan se imaginó a qué clase de fotos se refería y sonrió.

—La próxima vez serás una veterana y no te intimidará.

—¿Estás seguro?

Jordan se inclinó sobre su boca otra vez.

—Lo estoy.

Los labios cálidos descendieron por la garganta femenina hasta los senos, pero esta vez no fueron tan delicados como antes, sino invasores e insistentes al abrirse sobre los pezones, que sus caricias ya habían endurecido. Cuando las manos de Jordan apretaron las caderas femeninas contra la potente fuerza de su cuerpo, Libby empezó a sentirse como drogada.

Había pensando que hacer el amor con la luz encendida sería embarazoso e incómodo, pero Jordan iba despacio, llevándola hacia una intimidad que ella jamás había imaginado. La abrazó contra él sobre la enorme cama, despertando en ella tal excitación que cuando por fin le quitó la última prenda de ropa que llevaba, fue un alivio sentir el frescor del aire en la piel ardiente. Y cuando terminó de desnudarse, ella estaba demasiado excitada para sentir vergüenza. De hecho, era tan agresiva como él, deseándolo con todas sus fuerzas en los tempestuosos minutos que siguieron.

Libby recordó los primeros besos compartidos junto a la valla del rancho. Ya entonces supo que haría todo lo que él quisiera. Pero esto superaba con creces los vagos sueños de placer que había imaginado alguna vez cuando estaba sola, cuando no sabía que la pasión era como una fiebre que nada podía apagar, un deseo que provocaba una intensa desesperación. Cuando no sabía que hacer el amor era ser ciega, sorda, muda, esclava de las caricias de un hombre.

—Moriría por ti —susurró Jordan roncamente a su oído, mientras se movía lentamente en total posesión del tembloroso cuerpo femenino.

—¿Va a... doler? —preguntó ella, en un momento en que fue consciente de la enormidad de lo que le estaba pasando. Jordan rió sensualmente mientras empezó a moverse lentamente contra ella.

—¿Bromeas? —murmuró. Y con un movimiento certero, produjo en ella una sensación que la incorporó de la cama y contra su cuerpo con un gemido de placer.

A partir de ahí, fue un descenso a la locura. Libby se estremeció con cada potente movimiento del cuerpo masculino. Se colgó de él con los brazos, con las piernas, con el alma. Gimió incontrolablemente mientras cada nueva sensación intensificaba la anterior, hasta que estaba casi gritando por la urgente necesidad de

satisfacción.

Libby oyó su propia voz suplicante, pero no entendía las palabras. Su cuerpo se movía con ardor, exigente, con el de él mientras los dos escalaban juntos la espiral de la pasión. De repente sintió como si la hubieran lanzado desde una gran altura hacia el interior de una enorme oleada de placer que tenía comienzo, pero parecía no tener fin. Se abrazó a él, aterrada ante la posibilidad de que él se detuviera, se retirara y la dejara.

—Shh —susurró él con gran ternura—. No voy a parar. Tranquila, cielo. ¡Te quiero... tanto!

—¡Yo también te quiero! —gimió ella.

Entonces él empezó a estremecerse, a la vez que ella se sentía pasar de un plano de éxtasis a otro, y a otro, y a otro, cada uno más profundo y más satisfactorio que el anterior. En un momento incluso pensó que podía morir de lo fuerte que era. Cerró los ojos y dejó que las oleadas de pasión la recorrieran una detrás de otra. Encima de ella, Jordan estaba alcanzando su propio clímax. Gimió roncamente y se estremeció una vez más antes de desplomarse entre los brazos sudorosos y el cuerpo húmedo y empapado de Libby.

—Y tú tenías miedo —dijo él en un susurro, besándole los ojos, las mejillas, la garganta. Libby se echó a reír.

—Así que esto es lo que se siente —dijo ella, medio adormecida —. Y ahora tengo sueño.

—Yo también —rió él.

—¿Estarás aquí cuando me despierte? —preguntó ella en broma. Jordan le besó la boca hinchada.

—El resto de mi vida, cariño. Hasta el último día.

Libby cruzó los brazos sobre el potente cuerpo masculino y se acurrucó contra él, sintiéndose más cerca de él de lo que jamás se había sentido de cualquier otro ser humano. Y le gustaba. Ahora era una mujer completa. Era una mujer amada.

—Hasta el último día, cariño —repitió ella, ya casi sin voz.

Libby durmió en sus brazos. Fue la mejor noche de su vida. Pero era sólo el principio para los dos.



DIANA PALMER (E.E.U.U., 1946) - Nacida Susan Spaethfue Kyle, es periodista y tiene más de 16 años de experiencia en publicaciones tanto diarias como semanales. En 1979 comenzó a publicar novelas románticas y ahora trabaja para tres editoriales de Nueva York: MIRA, Silhouette Books (historias contemporáneas) y Fawcett Books (narraciones históricas). Ha escrito más de 95 libros que han sido traducidos y publicados por todo el mundo. Entre los galardones que ha recibido destacan siete premios Waldenbooks, cuatro premios B. Dalton, dos Bookrak, todos ellos por sus ventas nacionales, un Lifetime Achievement Award de la revista Romantic Times Magazine, varios premios Affaire de Coeur y dos premios RWA.